



FRANCISCO
UMBRAI

LOS METALES NOCTURNOS



En una noche de agosto cualquiera, en un Madrid decadente y neonazi, socialista y fascista, un escritor sale a las calles en busca de sí mismo o quizá sólo en busca de la propia noche. A su alrededor, el mundo va tejiendo una trama, que le envolverá entre putas viejas y jóvenes, camellos y narcos, muertos y suicidas, juego, sexo y droga, amigos y enemigos, gitanos y payos, policía, cárcel. Así, y mientras dura la eterna noche en que la luna se ha parado como un reloj, el escritor ve cómo su nombre pasa de los suplementos literarios a las páginas de sucesos para terminar encontrando su propio yo.



Francisco Umbral

Los metales nocturnos

ePub r1.0
Titivillus 03.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Los metales nocturnos*
Francisco Umbral, 2003
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

COMO un barco sumergido con los camareros y el reloj en su sitio, como un ámbito del pasado, como un café soñado por el gato del café, las losas blancas y negras del suelo, la grieta o pasillo hacia los servicios, las cocinas, algo, la noche en los espejos, el tiempo en el salón vacío, pero un tiempo cansado, usado, remoto, como algo dejado por alguien en algún sitio, abandonado, acodado yo en el mostrador, miraba el lugar como un acantilado de azogue que esperaba no sin cierto horror la próxima ola de mar, de agua, de tiempo, de gente, la ola que no llegaba, ah cuando el mar se para y ya no hay más, era como si una generación de clientes se hubiese muerto de golpe, o extinguido a su caer, de una manera natural y correcta, y la otra generación, la siguiente, no hubiese llegado aún, se estuviese retardando, y allí los camareros, los relojes y el gato sumergidos en seco, petrificados por el interludio; ¿a qué he venido yo esta noche aquí, por qué he salido esta noche a la noche, qué voy buscando, qué vengo buscando, qué espero ahora, con el whisky en el mostrador, con el whisky en la mano, vuelto hacia el paisaje corto y falso de los espejos, las nobles maderas y el pasado? ¿Para eso he salido a la noche, después de tanto tiempo, para saber lo que busco en la noche, lo que busco en mí, para reencontrar la vida o reencontrarme, para encontrar a alguien?, todo alguien sólo puedo ser yo, pero la aventura ha fracasado antes de empezar y aquí no hay nadie, nada. Ya digo, es como si esta noche hubiese muerto toda una generación de tomadores de café y tardase en llegar la siguiente ¿pero es que hay una generación siguiente, pero es que después de uno viene alguien, algo?

Tomás Tomás viene desde el pasillo/grieta de sombra, le he adivinado a distancia, Tomás Tomás, más viejo en su vejez, más delgado en su delgadez, más loco en su locura, más confidencial en la confidencia vacía de su vida, el pelo como un humo negro, manecitas de ladrón que nunca ha robado nada, rostro de pájaro que fuese zorrito, que fuese serpiente, que fuese especie, pero todas muy caducas, y la boca sin labios, y la dentadura toda de colmillos, y la amistad nocturna, antigua y jamás cierta:

—Bueno, puedo pedir un whisky ¿no? Yo tampoco vengo nunca por aquí, ahora he entrado a cagar, nosotros estamos ya en otra cosa, tú y yo hemos estado siempre en otra cosa, sí, el whisky doble, que invita el señor ¿no recuerdan al señor?, lo que te decía, en otra cosa, en el apartamento he dejado a una noruega muerta, la sobredosis, lo de siempre, Nesle, se llama Nesle, algo así como el chocolate, me recuerda el chocolate, qué asco el chocolate, después del polvo, ya sabes, la sobredosis, no quiero saber nada, tía, ahí te quedas, me voy a la calle, que es agosto, por mí como si te mueres, tengo coartada, los amigos de agosto, ahora debe de estar agonizando, tú eres mi coartada, yo estaba contigo, ahora, si te parece, nos acercamos un poco a ver a la muerta, es en la autopista, ya sabes, mi casa, podemos ver a la tía retorcerse en bolas, es gigantesca y tiene nombre de tableta, Nesle, no te jode, Nesle, la cosa tiene morbo, la conocí esta mañana en el museo, ya sabes que en el Prado siempre sale algo, la noruega inmensa echando los ovarios por la boca, en mi cama de castañas y periódicos, retorciéndose como aquellas mujeronas de Miguel Angel, la miramos un rato y nos abrimos, otro whisky, por favor, ¿me has invitado a otro whisky?, o si quieres le echas uno rápido, antes de que se muera, o mejor después, ¿te vienes a ver a Nesle? Pobre Nesle, tan grande y con su nombre de merienda...

—No. Mejor luego. Vamos a dar una vuelta a la manzana.

—¿Aretino?

—Eso, Aretino.

El café, sin nosotros, se queda otra vez sumergido, es como si un rato hubiese estado a flote, es un submarino que se sumerge de nuevo en las aguas de la memoria, con los camareros en su sitio, graves, y el reloj dando una hora absurda que es la verdadera, pero nadie queremos enterarnos. La noche de agosto tiene brisa de beso y boscosidades de sombra. Lejos, en su propia luz, están las terrazas pululantes. He ahí

la ola marina, brillante de sol, que no llega nunca al acantilado de espejos. La noche son muchas noches. Huele a muchedumbres que no hay, por los balcones abiertos sale un olor a campo, huele a música que no suena y Tomás Tomás se lía un pito corto, de colillas, fino y apretadito, durito, muy durito. Ahora la ciudad huele a colilla alegre y noruega muerta.

Tomás Tomás fuma echando chispas. Siempre ha fumado echando muchas chispas. No sé cómo lo hace. En Aretino, en el primer pequeño palco de la derecha, como siempre, está Defoe con Ada y Juarecito. Aretino es lo que fue, pero no es lo que fue, sino el paisaje después de la batalla de los días y las noches, un exceso inútil de oros y terciopelos, una complicación de cortinajes que enigmatisa la nada, una larguísima barra donde las altas banquetas vacías y rojas son como muescas, como almenas abandonadas por los hombres de la noche, que alguien (quizá el enemigo que nunca tuvieron) ha asesinado por la espalda. Del piso de abajo sube una sombra de música como de un infierno venial, melancólico, más rojo y más triste que este primer círculo.

—Me voy abajo, que tengo un ligue con una guarreta del teatro de al lado —me dice Tomás Tomás—. ¿Vais luego al Gran Fontalba? Pues allí nos vemos.

Tomás Tomás ya se ha olvidado de su sueca o noruega, Nesle o Neslé, que quizá duerme o muere sobre un lecho de castañas y periódicos, soñando con un Oslo provinciano y de niebla. En cualquier momento de la noche, Tomás Tomás se sentirá solo (se siente siempre solo, no es más que su soledad) y volverá a casa a ver qué ha sido de la muerta, una muerta acompaña mucho. Defoe ya me ha pedido un whisky. Defoe tiene tanta cara de gángster de película que de ninguna manera puede ser un gángster, sino un hombre bueno que ya me ha pedido un whisky. Defoe, con ojos de chino y manos de boxeador que hubiese sido ferroviario, antes o después, se está en silencio, bebiendo y fumando, pero es el suyo un silencio que comunica amistad, calidez, camaradería, conocimiento, un largo, profundo y cansado conocimiento de la noche.

Juarecito, el mejicano tímido y bueno, después de humedecerme mucho la cara con sus besos y su sudor, se va a camellar, que es la hora, entre los escasos clientes de la barra y las arruinadas o ruinosas parejas de abajo.

—Adiosito, Jonás.

Mira Jonás, tú sabes que Defoe es bueno, tú sabes vos que yo a Defoe lo quiero, cómo decirte, ché, mira, Jonás, pero está viejo el viejo, se nos ha puesto viejo, ahora sale celoso, no lo aguanto, Jonás, un demasié, vos decís que no, pero Defoe se me ha vuelto celoso y rencoroso, que él me sacó de la nada, que yo llegué acá, no más, como puta por rastrojo, que decís vos, que todo se lo debo y que le pongo cuernos, vos sabés, a una los hombres nunca se le han despegado, cómo decirte, mon cheri, ni siquiera con vos hemos tenido lo nuestro, pero ya lo tendremos, no creés vos, así que menos con otros ¿un bailecito abajo? Defoe consiente, de ti se fía, claro que no debiera fiarse, ¿un beso? le veo ya como un padre, el padre de la serrería que dejé allá, siempre con virutas en el pelo, casto como san José, oliendo asquerosamente a castidad, bailás bien esta pieza.

Ada era como una actriz italiana de hace veinte o treinta años, una belleza, sí, un bellezón, pero como en papel de estraza, y como si todo ese cine viejo, que ella no ha podido conocer, salvo por la tele, le empolvase la melena negra y violenta, la melena bruja, los párpados cargados y bellos que entornan unos ojos bellos y transparentes como un caramelo muy chupado, y todo el cuerpo de Ada está en mi cuerpo, mientras bailamos, los hombros poderosos y frágiles, los pechos como dos niños que llevo en brazos, el vientre como el de las matronas de las fuentes, pero cálido, las caderas que empujan, que invaden, los muslos lentos, anchos, de hembra antigua, sacramental y agrícola, la vieja música de Aretino, música de las viejas películas, lo que bailamos los últimos legitimistas de la noche, no puedo más, te prometo, pero le quiero, le quiero,

Defoe me ha hecho lo que soy, que no soy nada, y besa en mi cara sus propias lágrimas calientes, estoy borracha, sí, un poco borracha, pero yo no me pico, como ellos, Defoe dice que los hombres me meten coca por el coño ¿habéis probado?

—No tengo coño.

—Es verdad, qué locura.

Y ríe contenta de haber hecho un chiste y variado un poco la milonga filosófica de sus amores con Defoe, el hombre que allá arriba se envenena lentamente, mi camarada de suicidio, ya veremos.

Los rostros iban saliendo de la sombra como creaciones de la noche, las caras iban apareciendo en las tinieblas rojas de Aretino como recién creadas, como un maquillaje que uno se ha dado antes de entrar. Mi viejo pasado reciente volvía a mí como en una dispersa y casual expresión y reunión, para nada, porque todo pierde sentido cien noches más tarde, o revela que nunca lo tuvo. Rodin es alto, juvenil (de siglos), con algo de señorito pampeano, de uruguayo de París, como un Gardel que nunca oyó hablar de Gardel, el pelo apaisado, la belleza macho, el talle ligero y firme, la ropa como una primera o segunda personalidad, y una difusa insolencia de sonrisa y tabaco en todo él. Rodin nos saluda al entrar con un vago y brusco gesto de cabeza, como espantando nuestra presencia, como espantando algo, se acoda en la barra y tiene ya su whisky, está de medio lado, mirando sin mirarnos (mirando a Ada), se le acerca Juarecito con el trapicheo, el material, la cosa, en Aretino ya se trafica a ojos vistas, por Aretino ya no pasa nunca la policía, porque se duermen.

Defoe está un poco ladeado, con las manos en el vientre y los ojos cerrados. Tiene un vaso cogido por arriba, por la boca. Defoe sueña, despierto o dormido, que está tendido sobre Ada, que es una miliciana, en la guerra, disparando su metralleta contra los fascistas, y Ada ríe mucho, abiertamente, porque el traqueteo de la metralleta va haciendo por sí solo el trabajo de la cópula. Pero Ada no está, ni en la guerra ni aquí (Rodin tampoco), Defoe es una roca de sueño y Juarecito me cuenta, y cómo están los chaperos, Jonás, antes, con una mijita de coca tenías un chaperero, un chico majo y amable, y un caballo era un encule, pero quieren dinero, Jonás, quieren dinero, y yo no tengo dinero, tú ya sabes, Juarecito habla suave y correcto, le suda la cara, está sentado a mi lado y se pisa un pie con otro, como siempre, ya no quedan chaperitos buenos, ahora es que lo quieren todo, Jonás, no sabes lo que me hacen pasar, ya no sé qué darles, Defoe me lo tiene advertido, me fío de ti, Juarecito, pero cuidado con los chaperos, y claro que puede fiarse, pero estos chicos ya no se pican, quieren plata para gastar con sus novias, el sida, debe ser mismo del sida, el sida lo ha cambiado todo, Jonás, tú te has retirado a tiempo, aunque tú no te vas a retirar nunca, viejo, y Juarecito sonrío como una lagartija simpática, como un mendigo alabancioso e inteligente, como un sarasate educado, sociable, bueno, acabado.

Como un baile de espejos, como un ritual que huele a chanel y a orina, Rodin tiene a Ada en brazos, en vilo, y otros dos hombres se mueven en torno, lentísimamente, oficio de tinieblas, lo veo por los espejos del servicio, mientras orino, Ada penetrada por todos los penetrales, Ada fornifollada por tres hombres, Ada en el aire, como un vuelo de carne blanquísima, de brillos y flecos (Ada viste siempre de brillos y flecos), y el clima es azul azulejo, como azul esmóking, azul bragas azules, atmósfera de cópula múltiple, Ada, la mujer árbol, entre el suelo y la tierra, el gemido apagado sobre un rumor pedregoso de voces masculinas, de susurros, como lluvia ligera sobre una grava con viento, los giros de la cópula, yo no les importo, pero tampoco voy a esperar demasiado, Rodin hace su trabajo despacio, con sonrisa dulce, como de galán de anuncio, Ada invadida de hombres, entregada y sollozante, con los sollozos del placer que va o que vuelve, una cosa como de teatro, un juego silencioso y armónico, cuádruple y brutal ¿cocaína en el coño? todo viste de gala a los actores, a los actuantes, hay momentos en que Ada, mal desnuda y soñante, me mira bocabajo en

cien espejos, pero sus ojos claros, de caramelo y vicio, seguro que no me ven, y la gran boca, obscena como un sexo que fuese una flor que fuese un esfínter le cuelga hasta la delicadísima barbilla triangular, invertida, blanca, pura, qué ballet o qué polvo, los espejos se entornan y no sé.

FLAUBERT estaba en su sempiterno despacho, abrumado de piorreas y cacofonías, con un loro disecado sobre la mesa, y se lo dijo a sí mismo a gritos (quizá también se lo escribió a Louise en una carta):

—La vida, la vida... ¡Fornicaciones! (O erecciones.)

En noches como ésta, sale uno a la calle buscando la vida, como una torcaz lista en nido de sombras, pero la vida, ese resplandor inventado, no es sino la sucesión infinita de las fornicaciones, donde cada cuerpo de mujer y de hombre es un eslabón más en la cadena infinita. En noches como ésta, digo, se tiene la sensación, la videncia de que media ciudad ha follado ya con la otra media, eternamente, y no queda sino repetir esa escena afanosa y circense que es la cópula. Ada lleva el volante de su coche con mano suave y segura. De reojo miro su perfil ávido y bello. Defoe duerme en el asiento de atrás y Juarecito, a su lado, el indito zapoteca del valle de Oaxaca, sigue con su roneo de chaperos, camellos y macarras:

—Esta noche el cuerpo me pide comisaría.

En Gran Fontalba, entre luces negras y oros obscenos, entre espejos de esmóking y música espesa y distante, el Papa Julián se mueve de un lado a otro, saluda a la gente, arrastra lentamente, con penosa circunstancia, su túnica negra, papalicia, sus collares de un oro vagamente daliniano, sus llaves de plata pesada, su sonrisa de campesino y de payaso, su calva que viene a redondearse con la cara de luna (corticosteroides), y sus manos de labriego, efectivamente como las de un Papa. Gran Fontalba es un escenario de todas las noches para este hombre mundano y solitario que luego sale en las revistas de moda, estupefacto de flashes, y que los habitués nunca saben si adorarle o llamarle payaso. A la salida, de madrugada, el Papa Julián se irá hacia su rolls arcaico y papalicio arrastrando la túnica y seguido de una adolescente silenciosa, bella, secundaria, que quizá es una distinta cada noche o quizá sólo cambia de peluca. Los dos besos del Papa Julián nos certifican a la llegada, nos marcan dulcemente como elegidos, bajo un estruendo de música que se precipita y muere, en un clima de whisky y mujer muerta, en un cansancio callado y elegantísimo que es el gran secreto áureo del lugar.

Un anciano pulcro y esbelto, un poco rilado, de pelo blanco y gafas financieras, conspira apenas con una mujer joven, siempre la misma, semidesnuda en oro, con un latigazo de belleza india en el rostro tan perfecto. Un pelirrojo de expresión rosa y ojos azul/blanco se aburre junto a una belleza exótica, polinésica, distinguida, que fuma largo y habla en suave murmullo con otras mujeres en torno. Los homosexuales franceses, en nube de moscas francesas, lucen los esmóking más antiguos de la noche, una ropa hilada y deshilada, como de cabaret de entreguerras, que se ha quedado vieja y sin chance como casi toda la cultura y la vida francesa, que va de Voltaire a Cocteau y punto, como dirían ellos, pequeños cocteaus de chisme venenosillo y cortesía deliciosa, cierta, excesiva.

Las caras de siempre, en fin. Jacobo Jacob me ha invitado a un whisky y me tiene sentado delante de él. Jacobo Jacob es un guapo maduro, un guapo oficial, hombre de una belleza macho, con una apostura tirando a cuadrada (en esta ciudad hay mucho dandy de secano), que habla con acento raro y ya directamente me interpela, a medida que la conversación avanza:

—Ha entrado una veta de caballo averiado, Jonás.

—No gasto caballo, tú lo sabes.

—Estamos buscando al hijo de puta.

—¿Por qué no probáis con los camellos?

—Siempre ingenioso. Pero vamos más arriba. Tiempísimo que no se te veía por aquí.

—Tiempísimo.

—Viniste con Juarecito.

—Vine con la noche al hombro.

—Esto es serio, Jonás, coño. Háblame de Juarecito.
—Que ya no encuentra chaperos.
—Ese mariconcete camellea.
—Pregúntale a ver.
—Estoy siguiendo una pista. O mejor varias.
—¿Habéis formado una partida?
—¿Cómo lo sabes?
—No te imagino sin una partida detrás, Jacob.
—La noche se ha llenado de maricones, de negros, de camellos raros, de mejicanitos, de gente nueva y sucia, de intelectuales.
—¿En qué stock estoy yo, Jacob? Imagino que no entre los intelectuales, please. Defoe y Ada se emborrachan al fondo. Juarecito ha desaparecido. Lo veo todo por encima del hombro cuadrado de Jacobo Jacob.
—Esta vez vamos hasta el final, Jonás.
—Ya lo veré por los periódicos.
—A lo mejor no necesitas periódicos.
—Siempre hay que dejarte en el tercer whisky, Jacob, que es cuando empiezas a ponerte imposible.

La provinciana está en uno de los palcos, con un grupo de hombres que apenas conozco. La provinciana vino a conquistar Madrid y cree que está conquistando Madrid. La provinciana, entre veinticinco y treinta, tiene nariz de pájaro, los ojos un poco juntos, la mirada plana, la cultura redicha, como de profesorcilla, los pechos sin pezones y los muslos con una dulce herrumbre de oro, de cobre femenino, cosa que, cuando yo descubrí, hace ya no sé cuánto tiempo, me estimuló mucho. La provinciana se lo hace bien en la cama y en las galerías de pintura, en la trastienda. Se emborracha de mojitos y le van, como a tantas, los homosexuales, los del *Hola* y los estudiantes que juegan al baloncesto, porque la provinciana tiene un erotismo preuniversitario y su piel todavía huele a colegio mayor. La provinciana, esta noche, veo que va camino del desastre, de la borrachera, de los mojitos, de la cópula múltiple. Cree, noche a noche, que está conquistando Madrid. La provinciana habla con frases hechas de su madre y de sus tías, con dichos de la provincia, que entrevera con algún latinajo. La provinciana, ahora que me acuerdo, se pegaba de vez en cuando unas sonadas abundantes y ruidosas. La provinciana debe de tener sinusitis. A través de su lujo de provincias, luto transparente con alamares, adivino su cuerpo rubio y fuerte.

Tomás Tomás me lleva en un taxi a su apartamento. Vamos a ver qué ha sido de Nesle, la noruega grande, sobredosificada y muerta. A la luz de los faros del taxi veo una ciudad que hace gestos, unas extensiones que no había, irregulares y vacías, unos edificios grandes y negros, unas fachadas sin ventanas, una ventana sin fachada, una mujer solitaria en una esquina que no existe, un automóvil lentísimo por una autopista de sombra, una ciudad inventada, realísima en los detalles y los contenedores, pero movable, portátil en las grandes superficies y las repentinas invasiones de cielo raso, de un azul negro y caliente, que va recontando sus estrellas a medida que nos alejamos del centro, como una mendiga. Tomás Tomás fuma echando chispas:

—¿Qué te dice ese fascista de Jacob?
—Que han formado una partida.
—¿Otra?
—Parece que hay caballo averiado por ahí.
—Tú sabes de dónde viene.
—No.
—No hay quien te pille, Jonás. Pero a esos fascistas les vale cualquier disculpa para empezar a hostias.
—¿A hostias?

—O a tiros. A ti te tiene marcado, Jonás.

—No será como camello.

—Tú ya me entiendes.

—No.

Nesle, la noruega inmensa, está desnuda y dormida en un lecho de castañas y periódicos, que es la cama de Tomás Tomás. Parece apacible y yo creo que la sobredosis la ha superado. No hay sobredosis suficiente para tanta humanidad. Su desnudo, joven y excesivo, es como un Leonardo monumentalizado luego por Miguel Ángel, estropeado, y monstruizado finalmente por Bacon, ya sé que tanta referencia culta es kitsch, según Susan Sontag, pero en fin, también Susan Sontag es bollacón y tiene cáncer y le falta una teta o las dos. ¿Hay algo más kitsch que el cáncer?

Una enfermedad con nombre de signo astral. Un poco cursi. La habitación está en penumbra, pero conozco mucho el sitio, con sus recortes pegados por las paredes y su olor a sexo, tinta impresa, soledad y noches aquí adunadas como mujeres muertas. Tomás Tomás ha desaparecido, por alguna razón quiere que yo me folie a la noruega, de momento tengo cansancio, demasiado whisky en el cuerpo, sueño y miedo, de modo que me quito la corbata y los zapatos, me tiendo junto a Nesle y cierro los ojos para pensar en Jacob, que no me asusta, pero me incomoda. Mi miedo viene de mucho más atrás y va mucho más lejos. Es el miedo que me ha echado a la calle, esta noche, en busca de más miedo. Nesle, dormida, se vuelve y apoya su cuerpo en mí, como un animal caliente, enorme y bueno. Sudamos y quizá dormimos. La gigante huele a niña que se hubiese meado.

Luego Nesle se había despertado, asustada, casi escandalizada de encontrar un desconocido en su cama, se cubrió un poco con la ropa que tenía tirada en el suelo, me pidió tabaco y, como yo no tenía, empezó a fumar has. Poco a poco iba cambiando la ropa por periódicos viejos, que también cogía del suelo, y con los que se hizo una especie de colcha dura y crujiente, pero, como le daban calor, se los fue quitando de encima mientras conversábamos, nos presentábamos mutuamente, yo, un amigo de Tomás Tomás, me ha traído aquí esta noche para que nos conociéramos, pero tú dormías y él ha desaparecido, yo he descansado un poco porque tengo sueño, estoy algo borracho, en la casa no hay otra cama, me han pasado cosas, me han amenazado, bueno, eso, que encantado. Nos sentamos en la cama, con la espalda apoyada en la pared, y a Nesle, como estaba desnuda, de vez en cuando se le pegaba un recorte de periódico en la espalda, con el calor y el sudor, y yo se lo despegaba, el juego al principio fue divertido, Nesle se levantó a buscar whisky y no se lo impedí, aunque conozco mejor la casa, porque comprendía que lo que ella deseaba era pasearse un poco desnuda y que yo la viese.

Nesle tenía una cabeza de pavo real inteligente, una cabeza un poco pequeña para aquellos dos metros de mujer. Nesle era profesora de español en Oslo y hablaba nuestro idioma no sólo con perfección, sino con intención y sentido, porque, en efecto, era una mujer muy inteligente, irónica (qué difícil ser irónico en un idioma extranjero), lo cual a mí, por no sé qué prejuicios o atavismos simplistas, me parecía raro en una persona tan descomunal. El gran cuerpo de Nesle me despertaba más curiosidad que deseo. Su inteligencia, en lo alto de aquel cuerpo, era como la flor del edelweiss en la cumbre de una montaña. Parece que toda la montaña se ha elaborado pacientemente, durante siglos y eras, para dar finalmente esa flor alta y sola, que le gustaba a Nietzsche (y a Hitler).

De modo que la mujer/montaña quiso hacer el amor conmigo, cuando hubimos bebido tres cuartos de botella entre los dos, y cogí el edelweiss interior y secreto de aquel cuerpo geológico, aunque al principio se perdía uno un poco en aquella vagina de gigante o de camella.

Luego, tendidos paralelos, ella volvió a fumar has y charlamos relajadamente, yo

estaba a gusto como si jamás hubiese hablado con una persona lúcida, pero a Nesle se le notaba de pronto alguna impaciencia, como si quisiera volver a picarse o a hacer el amor. Nesle estaba casada en Oslo y vivían en el campo, en una sólida casa de troncos, en el bosque, «nosotros somos la Andalucía del Norte», y no sé si lo dijo por la pobreza o por la alegría.

Hablamos de Tomás Tomás y del Prado. Tomás Tomás la divertía, por eso había ligado con él, le parecía un tipo de la picaresca española, que ella explicaba siempre en sus lluviosas clases de Oslo, la identidad literaria de mi amigo le parecía a Nesle un hallazgo, pero era una obviedad. La gente hace turismo para vivir la nostalgia de su casa, la gente se distancia un poco de su verdadera vida para verla de lejos como una película sentimental. La gente hace turismo para, luego de vuelta, estimular la nostalgia improvisada del país lejano y entrevisto, y con estas cosas van poniendo argumento a su vida, a una vida que no lo tiene. Sin duda, Tomás Tomás y yo entrábamos en todas estas previsiones del tour operator, de modo que me despedí, fui al baño a refrescarme la cara con agua fría y volví a la calle no sin miedo, ansiedad, cansancio y ganas. La noche de agosto era inmensa, el aire era opulento como una gran amante dormida. El tiempo no corría. La luna se había parado como un reloj. Pero era yo, caminando solitario, buscando un taxi y sin ganas de encontrarlo, quien introducía un elemento de desasosiego y peligro en la bondad enorme del universo. Un coche me seguía, lentísimo y apagado, silencioso, por la distante autopista de sombra.

EL Papa Julián me llevaba algunas veces a pasear en su rolls por el filo de la noche, invierno o verano. El Papa Julián conducía lento y seguro, como meditando mucho ese acto casi inercial en un conductor. El Papa Julián tenía fincas en Talavera, en Cuenca, en las afueras de Madrid, y un día, allá en los sesenta, se instaló en la capital, aún muy joven, para ser una figura más entre la jet del franquismo. Era famoso por sus amigos famosos, y a su vez hacía famosos a otros. Casi todas las tardes le hacían una entrevista en *Pueblo*, con o sin motivo (generalmente sin).

Luego, el Papa Julián se fue haciendo un hombre solitario, a medida que sus toreros se retiraban, sus marqueses envejecían, sus actrices se suicidaban y su mundo se iba disipando en algo nuevo que venía, y que ya no era lo suyo. El Papa Julián quizá no era muy inteligente, pero suplía la inteligencia con la intuición, como se suple la tiniebla con una cerilla. El Papa Julián había llegado a ser el mondain perfecto, el parásito de sí mismo en una clase parásita, el parásito de oro que ahora, con el cáncer y la visita primera, delicada, de la muerte, decidió volver a conquistar la noche y hacer de su vida un espectáculo con fiesta final, con fin de fiesta.

Me fascinaba en el Papa Julián la gratuidad de lo mundano por sí mismo, que es la consecuencia última del juego social, el equilibrio inestable de los refinamientos y las culturas de la nada, la noche y el ocio.

—Sólo leo revistas científicas. Los escritores no hacéis más que repetir la vida, hincharla de historias, cuando historias sobran por todas partes, en la calle.

Y yo comprendía que aquel analfabeto genial y enfermo tenía razón. Inviernos, veranos, noches de cellisca y tornados de la sierra, lunas ligeras como embarcaciones, como juncos orientales, y lunas gordas como la encargada de la casa de putas del cielo: todo iba pasando por el parabrisas del rolls, en nuestros paseos nocturnos, en nuestras charlas. Había una suntuosidad profunda, casta y de tono bajo en aquel deslizarse del rolls por las carreteras purísimas de la luna. No sabía yo bien (lo comprendí más tarde) por qué se pasaba el Papa Julián las noches paseando en el coche, solo o acompañado, sin prisa, confortable y preocupado (triste no estaba nunca), interior y sufriente, esnob siempre.

Era el hombre atroz que se iba alguna noche a comprar una puta pardala en la plaza de Jacinto Benavente, pináculo de un Madrid que ya se despeñaba hacia la España profunda, que empieza más allá de Lavapiés. Las putas pardalas del Papa Julián olían a pajar y ropa remudada, a impaciencia de ganado joven. Las putas pardalas y casi niñas, prohibidas y nuevas, le duraban al Papa Julián una noche, con sus manos escamosas, su cuerpo de lija gratísima, su sexualidad brutal, recental, ignorante y urgente.

—Sólo creo en el cosmos, en la bandeja cósmica, Jonás, y en lo que me dice aquí dentro mi corazón herido.

(Estaba hablando como Kant, sin saber quién era Kant, pero yo le dejaba seguir.)

—No creo en las mujeres, Jonás. Tú has creído demasiado en las mujeres, eres un sabio y no sabes lo que es una mujer. En cuanto se pinta la boca por primera vez, cualquier mujer se ha convertido en una puta, aunque siga virgen hasta la muerte. En cuanto se pintan las uñas de morado o de verde les sale la puta que todas llevan dentro, y una puta es una mujer frígida que sólo ve en el hombre un beneficio, que sólo quiere dinero, oro y todo lo que halague su narcisismo. Ay el narcisismo femenino, Jonás. Tú has creído demasiado en ellas y eso te va a perder. Ahora mismo andas con Ada, esa puta internacional, que fuera de España andaría por las esquinas, y engañas con ella a un amigo como Defoe, pero Defoe y Ada, a su vez, te engañan a ti. No hay más que las pardalas, Jonás, la adolescente de una noche, recién llegada a Vallecas, que toma el Metro hasta la plaza de Benavente y se alquila por un dinero que ni ella sabe si es mucho o poco. Llega una edad en que un hombre, si ha tenido mujeres, ya sólo puede creer en eso, Jonás. La mujer es egoísta, frígida, peligrosa y estúpida. Mis

pardalas todavía me llegan con calor de establo, oliendo a leche de cabra, que es a lo que les huelen las tetas. Soy un hombre enfermo, voy a morirme pronto y miro todos los amaneceres, antes de acostarme, la bandeja cósmica que nadie ha creado. Tengo una foto de Einstein, de una revista, y le rezo a Einstein todas las noches.

El Papa Julián desaparece a temporadas en sus fincas, en sus pinares, y allí estudia la estrategia de la araña, sigue el rastro del zorrito intelectual, con su cara de Voltaire, asiste al concilio de los gatos, se queda adorando una nube de mosquitos, inmóvil y zumbante, en el último rayo de sol. El Papa Julián a lo mejor es un poeta y no lo sabe.

Viene de una dinastía de labriegos y por eso en sus manos rudas trabajan generaciones de artesanos, de obreros que arreglan una rueda, una escopeta, el motor del coche. El Papa Julián duerme con una escopeta al lado de la cama, solo o junto al rebujo cálido, dulce, animal, de la pardala. Yo pensaba a veces que el Papa Julián iba a resolver lo de la enfermedad metiéndose la escopeta en la boca, pegándose un tiro como Hemingway, a quien había conocido.

Como un gusano, como una boca, como una flor cálida o un sexo vivo, algo se movía allá al fondo, dentro de mí, fuera de mí. Me desperté por abajo y no por arriba, como es costumbre. Luego abrí los ojos (más bien uno solo) y vi un cielo quemado, igual y distinto, una luna como puesta allí por el Ayuntamiento y el arco hermoso y enorme del Viaducto, bóveda de leve hormigón en la catedral de la noche. Después bajé la cabeza, no sin torsión del cuello, torsión muy dolorosa, como si yo funcionase a tuercas y me hubiese olvidado de engrasarlas:

—Ada ¿acostumbras a hacer felaciones a todos tus amigos fallecidos?

—Sólo antes de que les entierren.

Y me miró desde abajo, encogida entre mis piernas con sus ojos de caramelo. Luego, con un clínex, se limpió el semen y la pintura de la boca.

—¿Me han tirado desde ahí arriba? —dije señalando el Viaducto.

«Que esto no es una película, amog. Sólo te han dado una paliza y te han tirado por esa cuesta.» Yo había rodado, al parecer, por la hierba vertical de Las Vistillas. Ada me ayudó a ponerme en pie y miré en torno. Veía un mundo borroso, un paisaje conocido, pero un paisaje a través de un río, con un automóvil en el fondo, una Ada lejanísima, toda flecos y brillos, más bella sin pintar, y un Viaducto cercanísimo, inmediato, que parecía a punto de desplomarse sobre mi cuerpo dolorido, por cómo se desplazaba aquella gran arquitectura aérea y sin fundamento, como algunos arcos de Dalí.

—Ada, no tengo las gafas.

Naturalmente, me habrían partido las gafas a la primera hostia.

—Toma las de Defoe.

Y sacó de su pequeño bolsero, también brillos y flecos, unas gafas pequeñas y como de alambre.

—Se las guardo siempre. A él se le olvidan y se le pierden.

—Jacob, el hijoputa, pega muy dulce, Ada.

—Hay cosas peores.

—¿Peores?

—Juarecito.

—¿Juarecito?

Lo que ahora se interponía entre Ada y yo, entre el inundo y yo, entre yo y yo, era un mundo distinto, pero tampoco solvente. Veía las cosas con minuciosidad falsa, veía distancias como eriales en la cara de Ada, veía el coche sumergido, pero ahora lejanísimo y como dibujado cuidadosamente por un niño. Las gafas de Defoe eran peor que la ceguera surrealista del miope. Las galas de Defoe me dejaban impotente, perdido en el mundo, en un mundo que no era el mío, pero lo recordaba, me volvían las cosas cómicas y rotas, y lo que yo veía en las cosas eran mis roturas interiores, mi cuerpo castigado, mi alma desestructurada, un yo malformado. Las gafas de Defoe

eran unas gafas para verse por dentro, y yo me veía como un galpón interior lleno de herrumbre y herramientas inútiles, vacío de memoria, poblado de cosas ausentes y dolorosas, mi biografía como un coche desmontado, viejo, volcado, sin ruedas y con restos de una pintura alegre y penosa en la brillante y arrugada carrocería.

—Te llevaré a ver a Juarecito.

—¿Le han hecho algo?

Íbamos por una autopista en el coche de Ada y creo que me dormí un poco mirando su perfil ávido y un poco viejo, viejo de una noche, de mil noches. Una autopista con esquinas, unas estrellas cercanísimas, todos los coches estrellándose de frente contra nosotros. Me quité las gafas y cerré los ojos. Dentro de mí era de día.

La voz de Ada, ronca, oscura, dulcemente monótona, narrativa, sonaba cálidamente en el interior del coche, mientras ella conducía con urgencia y cierta volubilidad femenina en las curvas. Me estaba poniendo al corriente. Y yo, a mi vez, traté de ponerme al corriente a mí mismo. Quizá la noruega de Tomás Tomás había sido un cebo para llevarme a un sitio aislado y peligroso. Quizá. Quizá la provinciana me había calumniado en Gran Fontalba, a propósito del caballo. En cualquier caso, Rodin había muerto aquella noche, esta noche, a causa del caballo adulterado. Lo encontraron en los servicios de un salón de videojuegos, en Sol, con su traje claro y gentil lleno de mierda. Antes de morir había escrito en la pared una palabra, «Juarecito». Todavía tenía en la mano el bolígrafo de oro. Defoe y Juarecito desaparecieron, cada uno por su lado, en cuanto se supo la noticia. «Rodin ha muerto y están desatados. Es el tercero en unos meses. Defoe le coloca ya una dosis adulterada al primero que me saca a bailar. Esto tiene que terminar mal. Defoe se ha vuelto loco.»

—Prueba a dejar de bailar —le dije.

Defoe, en estos casos, desaparece no se sabe dónde. «Ni siquiera lo sé yo.» A Juarecito lo siguieron hasta su refugio, su escondite, su nido negro de intemperie y miedo. Hacia allá vamos ahora.

—¿Y a ti por qué te persiguen, Jonás?

Ada fuma y conduce. El tabaco de Ada siempre huele a miel.

—Por todo.

—No te veo camelleando.

—Lo del camelleo, las sobredosis, la adulteración y todo eso es una disculpa para ellos. Jacobo Jacob quería formar una partida y la ha formado.

—¿Contra quién?

—Contra todos los Juarecitos que llegan a Madrid diariamente.

—Pero tú no eres un Juarecito.

—Suponen que les postulo.

—No te entiendo.

—Como dijo el poeta, Ada, soy de la raza de los acusados.

—Me gustan muchas cosas en ti, pero no el intelectual, porque además no le entiendo.

—Lo mismo le pasa a Jacobo Jacob, sólo que él tiene una pistola.

En Madrid, como en Berlín, como en tantos sitios, canta un neonazismo liberal, progresista, asesino. Yo no soy su objetivo, pero ya de paso, si pueden, me llevan por delante. Dicen que hay que limpiar fondos a esta ciudad. Y en esa limpieza parece que entramos unos cuantos de esos que ellos llaman «intelectuales», con un asco que les viene todavía de la guerra civil, de sus padres. En el fondo no son malos. Son antiguos. No he elegido una buena noche para salir a la busca del tiempo perdido, aunque a lo mejor sí.

Juarecito vino a España hace vinos años a matar el hambre, como tantos latinochés. Juarecito explica muy bien lo de Chiapas, aunque él es de Oaxaca, como ya he contado, quizá. Juarecito se puso de camello con Defoe y de vez en cuando se gastaba las comisiones en un chaperito educado. Juarecito no sabía, ni quería saber, si la

mercancía que él iba vendiendo era buena o mala. Juarecito tenía el pelo rubio y triste, el rostro sudado, los pies pequeños (con tendencia a pisárselos), la parla lista, irónica, humilde, graciosa, llena de una bondad resignada y tardía. Cerca de Juarecito siempre parecía que estaba lloviendo. Era una lluvia antigua, dulce, dolorida, una lluvia de palabras, recuerdos, noches, indigenismo, nativismo, amor imposible, soledad y sed, sobre todo sed, hasta que le invitabas a un whisky. Juarecito era un ángel de bondades tristes, de alas canosas, de sabidurías indias y pecados ingenuos. Juarecito era un malvado naif. Ahora está tendido en algún sitio, adonde me lleva Ada, con dos tiros en la cabeza.

Juarecito era revolucionario de Zapata, de Villa, un revolucionario romántico y sepia. Pero sobre todo era un indito zapoteca que había venido al mundo a que le matasen. Igual le habrían matado en su país, o de otra forma. A España no vino a cambiar de vida, sino a cambiar de muerte.

Ciudad Latina había nacido de acuerdo con el gusto pontifical de lo suntuario y lo mundano que tuvieron los años treinta, y que luego cultivó tanto el franquismo. Ciudad Latina, nortes elegantes de la ciudad, era un cruce de villa italiana y chalet de nuevo rico, adonde iban los caballeros invictos de la posguerra, con sus mujeres, aquellas mujeres llenas de numerosidad y visones, con la máscara de la belleza barroca pintada sobre la máscara de la guerra.

Ciudad Latina tuvo una segunda época, que fue la que yo alcancé, donde se cambió, se «democratizó» el tono y tocaron hasta los Platters, dieciséis toneladas, cómo olvidar a aquellos negros fuertes y melodiosos, aquella música que sonaba como un río oscuro o una dulce migración de serpientes. Ciudad Latina, ahora, es una gran sombra en ruinas, donde jamás entra el sol ni el mejor lucero del día o de la noche, ya está, es aquí, hemos llegado.

—Ya está, Jonás, es aquí, hemos llegado.

Subí detrás de Ada la escalinata en curva, un artificio de piedra que parecía venirse abajo. Era como entrar en una iglesia mejicana, con arboledas de sombra muerta, pérgolas y murciélagos, alcobas de la lluvia y un olor a agosto fermentado, que se maleaba con el perfume religioso de las velas, muchas velas, sencillas y modestas velas encendidas para el muerto. Allí había dominicanas, negros, paisanos de Juarecito, moros, marroquíes blancos. Unos vivían entre las piedras, habían hecho de ellas su casa, y otros llegaban poco a poco, llamados por los tamtanes silenciosos de la pobreza y la soledad.

Miré sobre todo a las mujeres dominicanas, que me recordaban urgentemente Santo Domingo, adolescentes morenas folladas contra el malecón por los marines americanos, en el paseo elegante, tras una franja de sombra, bajo el crepúsculo derramado y fatal, hasta el que parecía ascender el mar como un músculo solitario e inmenso que se tensase dorado por el último sol. Veíamos aquello todas las tardes, al salir de cenar del Sheraton.

Hay junto a mí una argelina arrodillada que reza por el muerto, no sé en qué religión. Una pululación de religiones, realmente, zumba en el silencio, en torno del cadáver, bajo el cielo inmediato, humilde y parroquial de las velas. Ciudad Latina, mansión de tanta vida, templo y ruina del tiempo, es ahora la parroquia improvisada y espontánea de varias religiones que pronuncian su soledad, con labios abultados y silbantes, por la última víctima de un odio errante y eficaz.

—Vinieron tres hombres en un mercedes de acero. Uno de ellos era ese Jacobo Jacob, el que más nos persigue. Primero venía a comprar la mercancía. Luego vino a amenazarnos. Esta noche venían buscando a Juarecito directamente. Preguntaron por él, le encontraron en seguida. Los tres dispararon contra él, un tiro cada uno. Dos disparos le dieron en la cabeza.

Repiten el relato en varias lenguas. Traían sombreros bajados sobre los ojos, o quizá

gorras de visera, traían gafas negras, los cuellos subidos, traían guantes negros y las pistolas en la mano. Tenían prisa por disparar. «Juarecito, maricón, indio de mierda, vete a envenenar a tu país.»

—Juarecito había llegado aquí tembloroso y asustado. Se tiró de un autobús. Estábamos cenando y él no quiso cenar. Esta noche me matan, dijo, esta noche me buscan.

Ada se ha acercado antes que yo al cuerpo, me lo oculta con el suyo. No sé si reza o llora.

—«Esta noche me matan. Esta noche me buscan.» Juarecito había venido así otras noches, un poco borracho y un poco perseguido. Se puso en su rincón y ahí le encontraron. Sudaba, cantaba cosas indias, parecía que hubiese citado aquí a los asesinos. No quería irse ni esconderse más. Habló de Defoe, de Jonás, de Ada, les bendijo a todos. Un blanco ha muerto esta noche, decía, y vendrán a por mí.

Me acerqué al cadáver. No estaba en postura de duelo, sino de lado, encogido, como durmiendo en un banco del parque, como tantas madrugadas. Tenía el pelo mojado de sudor, una cara muy india, de pronto, tenía el pelo negro de sangre y su sonrisa social, como saludando a la gente del duelo. Tenía las manos entre las piernas, y Juarecito, en la muerte, se pisaba un pie con el otro. Me incliné, le dejé un beso en la frente, donde sin duda había besado Ada, por el olor, le contemplé sobre su larga losa, como una tumba del revés, y sentía sobre mí el ritual de las velas, el enjambre de las razas, el olor de la noche, la magia negra del crimen.

CULO Rosa es grande y rizado. Culo Rosa tiene la piel rosácea en vetas, la carne caída o flotante, como separada de los huesos, en la cara y todo el cuerpo. Culo Rosa tiene unos ojos verdes y mezquinos tras unas gafas también verdes, y tanta acumulación de verdes le hace una mirada de lejía. Culo Rosa sonríe con media boca, como los animales sin labios, como una rana que sonriese, y tiene las manos pesadas, más que gordas, tórpidas más que torpes, feas y lentas. Un anillo de oro contribuye a cierta cualidad clerical de esas manos, y las uñas también se diría que se le separan de la carne, como la carne de los huesos. Culo Rosa se viste de cheviots viejos, desplanchados, y todo él tiene una presencia tardía de académico que ha fumado mucho sobre los libros, hasta tener una erudición nicotinada. Culo Rosa es de esos sabios que dejan en el libro el redondel doméstico y desolador del café, o la postilla infamante, tristísima, insolente, de una quemadura de tabaco.

Culo Rosa es académico antes que hombre, o es hombre porque es académico, y lleva como un culo pegado al culo. En su conversación hay como una ironía floja, sin filo, un humor que a él mismo le aburre, y su persona en general intenta continuamente eso, ser una persona, reunirse consigo misma, consigo mismo, pero Culo Rosa tiene una cualidad dispersa, errática y pesada al mismo tiempo.

Culo Rosa, tan laico, tiene algo de hermano de las Escuelas Pías, algo de fraile ignorante y enseñante. Tarda en llegar cuando ya ha llegado, duda siempre entre el insulto o el elogio, tiene la malignidad de la cobardía y una euforia triste de enfermo, porque Culo Rosa huele a enfermedad y parece que se va a desintegrar ante su interlocutor, a ojos vistas. A Culo Rosa le cuesta ser él o le cuesta ser alguien, y su vientre llega antes que él a todas partes, uno de esos vientres de gran bragueta, banquete académico, pantalón hasta debajo de los sobacos y ese rastro de colilla de puro que Culo Rosa, sin fumar puros, va dejando siempre por la vida, por su mundo de ateneos, gloria provinciana y periódicos viejos.

Ada, de vuelta de Ciudad Latina, conducía por la autopista, camino de Madrid, en una noche sin hora, en una hora de seda, en una seda que era el tiempo o la velocidad o el delicadísimo virar de la noche hacia su centro, de agosto hacia su hoguera celeste, negra y bendita.

—Necesito un whisky en Súper, Ada.

—Naturalmente, amog.

Allá quedaba el cadáver de Juarecito, allá quedaba la capilla más íntima, triste y dulce de la noche. En Súper, el cubismo años veinte, de un deliberado retro, y las caras de siempre a través de mis gafas, las gafas de Defoe, que volvían a estrellarme contra la vida, que me despedazaban el mundo en quiebras y distancias y brillos inesperados como el incendio en plata de las cosas.

Íbamos Ada y yo por el segundo chivas silencioso, en la barra, cuando se acercó Culo Rosa:

—Eres el hombre de la noche, Jonás.

—No te voy a pedir que te quedes con nosotros, Culo Rosa.

—Se habla de ti más que nunca, y peor que nunca.

—¿En la Academia?

—Tu nombre anda de por medio en dos muertes y en una comisaría.

—La noche no ha hecho más que empezar.

—Te siguen los reporteros y los policías.

—Forma parte de su oficio.

—Se habla más de tu vida que de tus libros, Jonás, y ya sabes que eso no es bueno.

—¿Cuánto vas a tardar en decirme eso de que estoy acabado?

—No sé si estás acabado, pero tu prosa no perdura.

—Por esta noche, me contento con que perduren mis dientes.

—Mañana sales en los periódicos, y eso te gusta.

—Me encanta haber pasado de los suplementos literarios a las páginas de sucesos. Se leen más.

—Tenías que acabar así.

—Tu destino natural era la Academia esa, Culo Rosa, y el mío la comisaría. Ya estamos cada uno en nuestro sitio, porque vamos teniendo edad.

—Pídele otro whisky, Ada, porque tiene mala cara. Yo invito al genio.

—Cuando tú invitás, Culo Rosa, el whisky sabe a mierda.

—Todo Madrid sabe ya que últimamente trapicheas, Jonás.

—Todo Madrid sabe ya que últimamente mariconeas, Culo Rosa.

El whisky de Culo Rosa en mi rostro, como una bofetada líquida. Un tatuaje piel roja en la mejilla de Culo Rosa, un tatuaje de sangre urgente, las cinco uñas malva de Ada en la cara del escritor. A través de mis gafas deformantes, barroquizadas por el whisky que las ha salpicado, veo un ballet de maitres, un tumulto de lámparas, una prisa de camareros, y la untuosidad secretamente policial del encargado:

—Usted sabe, caballero, que no es la noche más adecuada para que aparezca usted por aquí.

—Pero yo soy de la casa, soy habitual, usted me conoce, usted sabe quién soy...

La violencia en la puerta y el regreso tan conocido a la noche caliente, amistosa y vacía.

El rolls del Papa Julián se desliza por un Madrid vacío donde sólo viven unas luces municipales y poéticas entre las copas intensas y extensas de los árboles. Eso es la ciudad. Eso y algún revoque barroco en la luz de una esquina, como referencia de la ciudad que se ha ausentado. El Papa Julián estaba en Súper y me ha metido en su coche, que nos trajo el portero. Ahora no sé adónde me lleva. Ada se despidió en la puerta de Súper, con las uñas llenas de sangre. «Tengo que ir a reunirme con Defoe. Cuidate mucho. Es mala noche para ti.»

Culo Rosa, su mirada de lejía, me acompañó un rato, con su sonrisa de dientes separados, porque tampoco los dientes se le reconciliaban entre sí, como nada en su cuerpo. El tatuaje piel roja se lo empezó a tapar con el pañuelo.

—Toma. Te puede hacer falta esta noche.

Yo miraba el perfil del Papa Julián, un perfil duro, campesino y un poco mussoliniano, mientras conducía. Su mano me deslizaba sobre el asiento un revólver que parecía muy usado y muy efectivo. «Es mi revólver de monte. Ayuda más que un cuchillo.» Todos me veían en peligro y yo no experimentaba peligro alguno. El rolls, ahora, pasaba del Madrid elegante y alfonsino al Madrid viejo. «No debes ir a tu casa esta noche, Jonás. Jacob es muy empeñoso. Están buscando gente. El crimen es como la copa. Han matado a Juarecito y ahora el cuerpo les pide más.» Pero yo no me iba a defender a tiros. Me gustaba el arma por su bello diseño y por su edad. Era hermosa y exacta como una herramienta, pero yo no iba a aprender a usarla jamás. Ni quería. «Creo que lo que más te conviene, Jonás, es no parar en ningún sitio, moverte toda la noche de acá para allá. En cuanto te quedés quieto, eres un blanco seguro.» El Papa Julián había echado hacia atrás su ligera capa negra y conducía el rolls como un canónigo vaticano.

—Pero esto no es una película de tiros, Julián.

—Hay mucha gente que te odia, Jonás. En Súper, todo el mundo se ha puesto de parte de Culo Rosa.

—¿Y qué tienen contra mí?

El Papa Julián se encogió de hombros e hizo un gesto vago con su mano labriega.

—Dicen que estás acabado.

—¿Y al hombre acabado hay que rematarle a tiros?

Pero el Papa Julián, mi amigo —¿mi amigo?—, había encendido uno de sus hermosos davidoff y se concentraba en el placer del tabaco. Yo también disfruté el olor del

cigarro, que se mezclaba en la noche con el perfume intenso de la nada y una alegoría de jardines regados. En aquel humo, en aquel olor se estaba comfortable. Seguro. Esto es lo que he salido a buscar, me dije. Esto es lo que sabía ya, lo que intuía. Estoy acabado —qué frase, qué palabra, qué mierda— como escritor y como hombre. Y he salido esta noche a confirmarlo, a toparme con la verdad. No sólo estoy acabado, como ellos dicen, sino que además me odian. Por eso o porque no estoy tan acabado. Al hombre acabado, en este país se le venera, se le halaga, se le mimas. Qué asco. Lo mío es la gloria negra que otorga el odio, y eso me gusta. Jacobo Jacob no es mi asesino. Jacobo Jacob no es más que el instrumento, la mano armada de una ciudad que ya no me tolera. Ahora sé lo que necesitaba saber. Lo que he salido a buscar. Lo que elucubraba a solas, durante meses de lluvia interior, en mi cuarto de trabajo, o en mi cama de lenocinio, entre los muslos vellosos de la provinciana. ¿Y este revólver? Me lo guardé por deferencia hacia Julián, como uno acepta un regalo no deseado, una corbata regalada que no le gusta.

El coche se ha detenido. Estamos en la plaza de Benavente. El mundo de las pardalas es como un friso etrusco de bellezas rudas, o deterioradas dulcemente por el tiempo. Veo un teatro, un parking, un anuncio luminoso de algo. Las pardalas se acercan al coche por la ventanilla de Julián. Sin duda le conocen, le recuerdan, no es un cliente cualquiera. Pero las gafas y el whisky me distancian incluso de la electricidad de la mujer. Julián baja del coche y se va con una de las chicas. Las otras se dispersan. Yo me quedo en la oscuridad interior del rolls, en la oscuridad interior del lujo, que es seguridad; de la riqueza, que es paz de conciencia. No hay otra buena conciencia que el dinero, el mucho dinero. Yo tengo poco dinero y por eso no disfruto de una conciencia tranquila. Me paso al asiento de atrás, me relajo en una oscuridad de maderas nobles y pieles antiguas, y no pienso ni espero, aunque Julián volverá en algún momento. Estoy, como si dijéramos, en el útero del rolls. Las grandes y hermosas máquinas son femeninas y también tienen útero. Este rolls se lo ganó Hitler a los ingleses, no sé cómo, cuando la guerra mundial. Hitler se lo regaló a Franco, me parece, y la familia Franco se lo vendió de segunda mano al Papa Julián. Es un rolls histórico, un rolls con historia, y ahora me huele a las dinastías, las tiranías, las guerras y las fiestas de todo un siglo. A lo mejor está tapizado de judíos. Qué buen escondrijo, en mitad de la calle, para un hombre perseguido, con un revólver que no sabe usar. Escondrijo, escondite. De pequeños decíamos escondite, que me gusta más. Incluso «esconderite», con esa tendencia natural de la infancia al barroquismo. El esconderite inglés. Qué palabra, esconderite. Este coche es un esconderite. La pardala llama con los nudillos en mi ventanilla. Bajo el cristal:

—¿Quiere usted un servicio, señorito?

—No, gracias, estoy servido.

—Es barato, señorito.

—Sólo estoy esperando a mi amigo, que se ha ido con una compañera tuya.

—Eso ya lo sé. Pero nos lo podríamos montar aquí en el coche.

—¿En el coche?

—Es muy maravilloso. Déjeme entrar. Sólo estar un rato dentro del coche, a ver cómo se está.

—Bueno, vale. Pero sólo eso.

Y la pardala solitaria se subió al rolls. Estaba sentada al borde del asiento trasero, respirando aquel clima interior de palacio y lujo, de poderío y Gran Bretaña.

—Es como el de la reina de Inglaterra —dijo.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Por el *Hola* mayormente.

Ella respiraba la magnificencia luctuosa del coche y yo respiraba el olor brutal, sucio, alegre, triste, delicioso, de la pardala, como si hubiera metido una cabra salvaje en el

rolls. El lujo existe, me dije. El lujo está en el corazón del hombre. El lujo, de donde viene lujuria, no es una invención cultural, sino un instinto natural de la especie.

—¿Le hago una mamada?

—No, gracias, ya me han hecho muchas esta noche.

Y recordé la felación de Ada en Las Vistillas, cuando yo estaba herido e inconsciente. «Es la mejor manera de despertar a un hombre, amog», me dijo, como si fuese una enfermera. De modo que me abandoné a las artes y aperos de la pardala, que se llamaba Onésima, a sus manos de estraza, a su piel rubia y dura, a la dulce estopa de su pelo, a su boca de niña sabia y buena y mala. ¿Por qué hoy todas las mujeres me quieren hacer una felación y todos los hombres quieren matarme? Y fue cuando unos nudillos sonaron en el cristal. Era la policía. A la pardala Onésima se la llevaron por un lado y a mí por otro, por corrupción de menores. Onésima era menor. El Papa Julián aún no había vuelto.

—¿Y este revólver?

—Se lo puede quedar. No es recuerdo de familia.

—Tenencia ilícita de armas y corrupción de menores.

La comisaría era como en las películas. Unos policías que aún parecían franquistas. Unas putas viejas en un banquillo. Unos gritos borrachos que venían de las celdas. Con las gafas distorsionantes de Defoe lo vi todo como en una película vieja, como en un film malo, primitivo y brutal. A veces, el guardia, o lo que fuese, parecía conocerme, y a veces no. Yo no tenía ningún interés en conocer los bajos fondos de la vida, como otros novelistas. Lo que quería era volver al rolls. El interrogatorio no me lo pude tomar en serio porque era como los de la tele.

Me metieron provisionalmente en un calabozo donde no vi personas, sino unos rostros borrados y pintados y vueltos a borrar por Goya, o por Solana (otra vez el kitsch, cabrón, qué va a decir la Sontang), y pregunté en vano por Onésima la pardala, lleno de ternura hacia la niña cereal que se había ido presa con la boca amarga de semen.

LO cual que fui y la dije eres más puta que las gallinas, hija, qué le vamos a hacer, no veas cómo se puso, ahora que yo tenía que soltárselo, como te digo una cosa te digo otra, y todo el día en este plan, lo que yo te diga, de modo que acabé por irme de aquella suite de mierda, que ni era suite ni era nada, el que quiera peces que se moje el culo, por allí no me vuelven a ver a mí ni muerta, que no le faltan a una ni oportunidades ni chances, ya lo ve, eso tú misma, todo menos aguantar, yo todo menos aguantar, que una no ha nacido para aguantar y está una en el oficio para ser libre, hoy aquí mañana allí, pero a mí que no me vengán con el roneo de la suite, como te digo una cosa te digo otra, de verdad de la verité, que tú ya me conoces, Emérita, mejor aquí en la comisaría, aguantando a estos chulillos, a estos machitos, que ya son de confianza, que allí hecha una remolona y comida de espiroquetas, comidita de espiroquetas es lo que estaba yo, oyes, te digo mi verdad, ya ves.

La señorita meretriz estaba a mi lado en el banquillo de la comisaría y no me volví a mirarla, pero tenía la voz fea, y por el mal carácter yo hubiera dicho que padecía de lombrices, y por el olor hubiera dicho que fumaba celtas. Estuve pensando en lo que me había dicho Onésima, la pardala, o inventándomelo, Onésima era del Campo de Montiel y toda la familia se había venido a Madrid, o mejor a La Celsa, a una chabola, no sé si al menudeo del trapiche o al trabajo honrado, aunque trabajo hay poco, y Onésima cogía el Metro en Vallecas puente y se venía hasta el centro, a la plaza de Benavente, que la primera vez la trajo una amiga, a esto de la prostitución, Onésima tenía dieciséis años, a la familia le decía que había encontrado empleo en una fábrica de cartonajes, para barrer los talleres y eso, lo de tantas, y me iba hundiendo yo en la nostalgia rubia y niña de la pardala y en la parla de la meretriz incesante, de la puta respetuosa y su largue perpetuo, y otra vez la pardala si cierro los ojos, algún día tengo que volver a buscarla, éstas salen pronto, me parece que a éstas las sueltan pronto, sus manos de estraza, la estopa dulcísima de su pelo, etc., tengo sueño ¿aquí los señores guardias no darán una copa?

El rolls sale ahora de Madrid en dirección Este, como si fuéramos al encuentro del amanecer. Julián sigue fumando su largo puro. O quizá sea otro puro. Rodamos gratamente en la hora que no sé ¿en qué momento he perdido el reloj? Quizá se lo quedaron en la comisaría, o me lo robaron, para sacar a un hombre del calabozo sirve mejor un rico que un intelectual, un hombre con un davidoff consigue de la ley lo que quiere, un hombre al que han visto en los periódicos es de la raza de los acusados.

El Papa Julián se pasa las noches rodando de acá para allá, porque si se mete en la cama con el cáncer empieza a pensarlo, quizá el Papa Julián ha salido a buscar la muerte, como yo, ahora me doy cuenta, sólo que él sale todas las noches.

—Nos vamos a pasar por el vino de los muertos, Jonás.

—El vino de los muertos. Qué título para una novela.

Julián es hombre de teorías fijas y sigue en la idea de que yo, esta noche, debo ser un blanco movible, porque en cuanto me esté quieto me dan. Yo creo que exagera, pero no digo nada. Así rondamos los desmontes y caballones del gran cementerio, del inmenso cementerio. Hasta que vimos una luz allá a lo lejos, entre las tumbas, una hoguera pequeña o grande, no se sabía con la distancia. Jonás arrimó el coche a unos caballones y nos bajamos, caminamos entre espártales de tiniebla y luego entre las tumbas, que tenían como un blancor de luna sobre su piedra muerta, como un mármol errante entre los árboles y los cadáveres. Al Papa Julián sin duda ya lo conocían en aquella tertulia nocturna, en torno de una pequeña hoguera, que combatía el relente de la hora. Lo recibieron con familiaridad y alegría cuando sacó dos botellas de debajo de la túnica. Dos botellas negras de vino tinto. ¿Dónde las había traído escondidas? Nos hicieron sitio en el corro, me senté en el suelo (otros estaban en cuclillas), y me pasaron una botella mediada, de la que estaban bebiendo todos, aunque había otra en danza. Sin limpiar el gollete, por educación (la educación, a veces, vuelve del revés sus

formas), bebí largo de un vino áspero, ingrato, amistoso, negro en el paladar, el vino de los muertos.

La hoguera de las conversaciones, la luz quemante, el palabreo de las llamas. Estuve bebiendo vino negro y callando, escuchando. Los deudos de los grandes y pequeños muertos se acercan por aquí algunas mañanas, algunas tardes, a ver a los sepultureros, a los guardas, a pedirles que cuiden y vigilen las grandes tumbas, los mausoleos, o las tumbas pequeñas y gratas, íntimas como una cuna, como una cocina doméstica para los guisos de la muerte. A esta gente, los pudientes la sobornan con dinero y con vino (los ricos siempre piensan que los pobres beben vino, que no han descubierto la cultura del whisky), y los lumpen de la muerte llegaron a tener tanta acumulación de botellas que empezaron a vender el vino en casa, muy barato, y así es como los clientes, los borrachines, las viñetas de la noche, acabaron, algunos, formando aquí una pequeña tertulia, cada vez más grande, para beberse en compañía el vino de los muertos. Veo las manos cortas e infantiles de Onésima, su cara de Virgen gótica de pueblo, veo sus uñas cuadradas comidas, sucias, con una pincelada rosa y perdida, como el resto de una mínima ilusión aldeana. Onésima está detenida, insultada quizá por los guardias, brutalizada, asustada, sin que en su casa sepan nada de ella. Veo sus manos campesinas y párvulas tocando todas las cosas del rolls ¿esto es oro, esto es plata, esto es sándalo, esto es visón?, en cuanto nos vayamos de aquí hay que liberar a Onésima, no sé cómo, a la pobre pardala rubia, tonta, lista, guapa, fea, inocente.

Los bebedores del vino de los muertos, que se reúnen bajo las alas enormes, pesadas, de un ángel oscuro y comercial, de un panteón ilustre, hablan de la caída de Rusia, del plutonio, del amonal, del Greenpeace (parecen partidarios), del terrorismo internacional, de los palestinos (parecen partidarios), del año 2025, de la Semana Grande de San Sebastián, que es por ahora, de Madonna, que les gusta a los hombres y a las mujeres, porque en la tertulia hay mujeres, quizá se ha dicho ya. Y algunas caras conocidas. A mi derecha está Pepito Queroles, un viejo amigo de los cafés literarios, con el *ABC* de ayer enrollado en sus manitas de enano (como toda la vida), en sus manos de funcionario que no va, en sus manos de palmero (mil pesetas la sesión):

—Después de esto, tenemos palmas en la zambra de Electa María Victoria —me dice como saludo.

—¿En su casa?

—No. En el hotel Nelson, como siempre.

O sea que Electa María Victoria ha vuelto a refugiarse en el Nelson, como hace siempre en las temporadas bajas. Uno desconfía de los lectores que enrollan los periódicos, de los lectores trompeta, como uno desconfía de los que dejan el libro abierto bocabajo, como estrellado. Pepito Queroles, borrachero con calzas, funcionario enano, el mejor poeta de su pueblo, tiene siempre un palillo entre los escasos dientes, un desplante de señorito provinciano y una majeza de hombre bajo, con entradas, amistades, premios, y sin un duro.

A su lado, por la derecha, hay un adolescente de negro, un rockero con ojos de gato. Cuando le da el fuego en la cara, veo con inexplicable horror que tiene más de cuarenta años, los ojos color lejía, como Culo Rosa, pero más grandes y nobles, las manos en un tiemblo, los estigmas del pico y una seriedad de loco, un enfado silencioso, pacífico, que sólo se le diluye un poco en su propia conversación, cuando cuenta que tiene un descapotable, pero no puede utilizarlo para viajar de noche porque en seguida se le llena de puercoespines azules y moribundos, puercoespines que llueven del cielo, en la soledad sin árboles de las autopistas.

Este falso rockero, este falso adolescente ha venido con un hombre de unos cincuenta, cabeza romana, ceño altivo, amor de las hembras, sin duda, pata erótica, muleta de

plata, estaño, madera, hierro y peluche.

—A las mujeres les puedes hacer de todo, pintarles los pezones de colorado, todo les divierte, todo les gusta, pero al final tienes que rematar con un gran polvo. Si no, te vas a la mierda y todo ha sido una payasada. Yo me las he follado con chistera, pero si la cosa no funciona, más vale que te comas la chistera.

En la penumbra de la reunión, adonde no llega la luz amarilla y roja y alegre del fuego, Tomás Tomás y su gigante se fingen más borrachos de lo que están, para no saludarme. Con ellos está una tal Sanzia que habla medio extranjera y que, cuando avanza la cabeza hacia la luz, muestra un busto modigliano (otra vez el kitsch, joder, Susan, disimula, tía), con el cuello largo, la nariz larga y torcida, la belleza antipática y el vino cuajado en sus cincuenta siglos de coja, bohemia, solitaria y bruja. Es otro espectro del pasado, una presencia/ausencia, una sombra que está como persona pero que en cualquier momento puede volver a la sombra. No es que la noche la devore, sino que sólo entre el fuego y mi memoria la hacemos real, pero luego vuelve a fundirse con los metales nocturnos, con la impureza azul, vasta, profunda y errante de la noche, que es un cementerio de almas, como el mar es un cementerio de cuerpos.

A mi izquierda hay una mujer bella, con la belleza tardía, ese último esfuerzo que hace la belleza (que es una imposición de los fenómenos, como dijera me parece que Schiller) por renovarse, recobrase, cantar (los feos y malformes viven más relajados y felices en su malaventura). Se llama Lola, tiene la belleza blanca y el pelo caoba, la melena corta, los ojos cuajados y densos, intencionales, largos, la nariz inexistente y la boca grande, con una sonrisa de dientes distinguidos, de labios jóvenes, de timbre noble en la risa. Sus manos son sólo de anillos y temblor. Fuma mucho y bebe poco. Su cuerpo es un rebujo de chales, mantillas, camisas vaqueras, blusas, faldas y sobrefaldas hasta los pies, que asoman en unos zapatos finos y breves. Me habla volviéndose hacia mí todo lo que le permite su cuerpo, en la silla de ruedas. Tras ella, sosteniendo erguida el respaldo de la silla, hay una mujer climatérica, menuda, grave, con el rostro perfecto, crispado, inteligente, agudo y seco.

Pero me divierte, me incita, me excita entrometerme en el amor de estas dos mujeres. Lola está doblemente cautiva de la silla de ruedas y del amor/protección de la otra. Son la pareja que más me interesa de la noche. Posiblemente, Lola sólo desarrolla sexualidad de cintura para arriba. Al fin consigo que se lo diga a su compañera, mientras el Papa Julián tiene enredados a todos en una larga historia, y les promete pasearles un día en el rolls, completamente borrachos, por el centro de la ciudad:

—Orencia, el caballero me va a dar un paseo por los senderos. Ya le conoces. ¿No te suena su cara de la tele?

Orencia no dice nada, pero retrocede un paso, como en el teatro. Orencia no bebe ni habla. Orencia es un ángel de granito protegiendo a este ángel quebrado y dulce que es Lola. A Lola parece gustarle que yo la pasee por la grava de los senderos, entre las tumbas, entre los cipreses, que son como el espectro de una llama muerta, según el poeta, pero que ahora perfuman y abrigan con toda su salud vertical, porque los poetas hablan de los cementerios de memoria.

DON NICOMEDES RUIZ Y SANZ DE LA PIEDRA
1911-1985

PATRICIO. INDUSTRIAL. CRISTIANO
TU VIUDA QUE NO TE OLVIDA Y TUS HIJOS
QUE TE RESPETAN
Vuela en el Señor

A Lola le gusta mucho leer los epitafios, y tenemos que acercarnos en la tiniebla. En silencio, escuchando la noche, que no es sino el rodar de las ruedas sobre la tierra, como el rumor de grava de los astros, comentando un momento la afectación torpe de las lápidas, el gusto innato de la muerte, nos hemos alejado de la hoguera.

—Lo malo de la muerte es que es de mal gusto, Jonás. ¿Usted no cree?

Lola es dulcemente irónica, pero en la ironía flota, como una sustancia, la amargura de su medio cuerpo muerto. Nos entendemos sin palabras. Sus manos, sólo de temblor y anillos, andan, purísimas, en mi entrepierna. ¿La tercera felación de la noche? Dijo Marx que el pasado sólo retorna como farsa. Pero ya no hay marxismo, yo ya no soy marxista y esto de Lola no es una farsa, sino el homenaje, la pasión instantánea, la entrega inversa, la comunión de una media mujer que sólo es una blanchura eucarística sobre el espesor humano de la reunión, sobre las palabras rojas de la lumbre, contra la ausencia de muerte que llena celestialmente el cementerio y contra el rostro contraído, metálico, contra la belleza fruncida y vegetal de Orenca, su amante, su cuidadora, su único ser en el mundo, su bollacón, su dueña.

Retornamos por senderos de estrellas y brisa de ciprés pagano. Nada tan vacío de muerte como un cementerio. Empujo la silla con una mano y la otra me la sostiene Lola, que ha levantado la suya, como un esquema de paloma, por encima de su hombro. La muerte está en el centro de Madrid y no en los cementerios. En este cementerio sólo hay un jardín de borrachos que se despiden, que se dispersan, que se saludan, dejando un rescoldo alegre como una estrella caída y unas botellas que se llevará el falso sepulturero de Hamlet.

El ángel enorme y feo, bajo el que hemos bebido y nos hemos besado, tiene ahora un perfil de luna que nunca soñó el escultor mediocre de panteones. Lola, por un sendero distante, vuelve el rostro blanquísimo para despedirme, y mueve su mano esquemática y lírica, cuyo perfume de lilas y tabaco aún tengo en las mías.

ELECTA María Victoria, a cuya zambra nos había invitado Pepito Queroles, era también conocida por «la ministra». Separada de un ex ministro de Franco, tenía éste un título pontificio que ella nunca quiso usar. Electa María Victoria era grande, elegante, golfa, nocherniega y dramática. Tenía una cabeza de Melina Mercouri encenizada y unos ojos tristes y cachondos que cubría con grandes gafas negras, en la noche, como las artistas.

Electa María Victoria había sido amiga de Ava Gardner, cuando Ava vivía en Madrid, novia de algunos toreros, escándalo del franquismo, aristócrata sin títulos, dada a flamencos, rojos y homosexuales. Electa María Victoria había sido princesa vieja de la Marbella peor y mujer de la noche madrileña que, envuelta en su gran visón blanco, o lo que fuera, se tomaba un vino invernal con los chaperos de Almirante. A Electa la conocí en tiempos mejores, cuando en Commodore hacíamos tertulia con Sinatra o en el pescaíto de la Puerta de Toledo esperábamos la madrugada del besugo con Domingo Ortega y Sara Montiel. Estábamos allí, recuerdo, como en un puerto de mar, esperando que amaneciese el alba crudiza del pescado que llega a Madrid, fresquísimo, desde el Cantábrico y el Mediterráneo y el Atlántico, y toda aquella basca trasnochatriz y céntrica (algunos esmóking) cobraba de pronto una pátina portuaria y una transparencia de sal marina.

Frescor de tres mares (el pescado había viajado toda la noche hacia Madrid) y un desayuno/cena tempranero, cuando a través de la Puerta de Toledo, Carolina y menestral, se veían ya distancias de La Mancha, Toledos borrosos y borrachos de la hora, un fondo de mapa de España con verdores sutilísimos y un relente de vino que llegaba directo desde Andalucía.

Allí empezó lo nuestro, lo de Electa y lo mío, quiero decir, cuando yo era esa cosa insoportable que es una joven promesa, y ella era ya la reina casi en retirada de una gallofa franquista que venía a menos, y en España empieza a amanecer.

Electa María Victoria tiene un palacete en la Castellana, uno de los pocos que se conservan, y dice que no se lo vende a un Banco porque soporta tantas hipotecas que unas apuntalan a otras y el palacete está económicamente bloqueado.

—Vamos a echar un polvo alegre, Jonás.

Electa María Victoria siempre se iba a la cama con demasiadas cosas en el cuerpo, caballo, coca, whisky, vinazo de la Puerta de Toledo, tabaco, etc., más todos sus venenos interiores, que eran los que comían por dentro su belleza de estatua romana repintada, como le hubiera gustado a Blasco Ibáñez, su cabeza y su cuerpo de familia bien, su ironía y su dramatismo, siempre convencional, como lo hacía ella, que era la primera actriz de sus plurales dramas interiores.

A Electa la he conocido hombres, amores, puteríos, pero siempre tuvo para mí una ternura que me devolvía al adolescente altivo y gilipollas que el primer día o la primera noche fui para ella. Electa, en las temporadas bajas, cierra el palacete y se mete en el hotel Nelson (un hotel de toreros, flamenco y vallisoletanos), sin salir en muchos días de las habitaciones ni de la cama, recibiendo allí a las visitas, los acreedores, los cachicanes, los amantes, los vinculeros y los guitarristas, y organizando de vez en cuando una zambra como la de esta noche.

El palacete es suntuoso, impersonal, con una elegancia de época, más que de familia o propietario, y lo mismo pudieran haber vivido allí Romanones que el marqués de Salamanca, aunque un poco estrechos.

—En este jardín hay muchos muertos enterrados. Mi familia iba enterrando aquí a todos los que asesinaban por deudas, por amores o por política. Un día voy a desenterrarlos a todos y con ellos vas a escribir la verdadera historia de España, Jonás.

Pero me temo que el desenterrador de tanto siglo XIX será el tío de la excavadora, cuando lo decida una multinacional de los reaseguros.

Ahora el rolls viaja de vuelta a Madrid, hacia el hotel Nelson, y vamos los tres en el extenso asiento anterior: Julián al volante, yo contra la ventanilla y en medio Pepito Queroles, haciendo viajar al palillo entre sus caries: «Una borrachera de vino, Jonás, después de una borrachera de whisky, es como beneficiarse a la cocinera después de haberlo hecho con la marquesa.»

Electa María Victoria estaba en su lecho amplio, nupcial, con dosel, y por la suite andaban los flamencos, los banderilleros, los guitarristas y los cantaores y los palmeros. Una fiesta de hombres para la gran matriarca. A mí el flamenco me aburre como la misa y hasta creo que son la misma cosa: una melopea monótona para hipnotizar al personal.

Todo esto viene de Oriente y no conduce a nada.

Electa, sentada en la cama, contra una cabecera barroca, tenía la melena suelta, entre el gris y el oro, entre el oro y la plata, entre la noche y el día, entre su juventud y su vejez. Conservaba las gafas negras sobre el rostro y una prenda deliciosa, que no supe si era camisón lascivo o vestido de noche, se le caía por un hombro y dejaba al aire su belleza de estatua, su madurez hermosa y fatigada, su tiempo intemporal. Electa fumaba árabes largos con boquilla de oro. Bebía vino andaluz, que es a lo que me supo su beso, nuestro beso, nuestro viejo beso.

—No te esperaba esta noche, Jonás.

—Tampoco me has invitado.

—Ya nunca estás para mí.

—Vengo perseguido. Ya te contaré.

—Como de costumbre. Mamá te esconderá en la cama.

Pepito Queroles se incardinó en seguida en el redondel de los palmeros (mil pesetas y el vinito libre). El Papa Julián le hacía a Electa sus reverencias vaticanas, irónicas, sin gracia, y luego se retiró a un rincón a fumar otro puro, o el mismo, tras ofrecerle un davidoff a Electa.

—Me lo guardo para luego —dijo Electa. Y se lo metía entre las tetas.

Luego, Julián hizo juerga aparte con tres gitanos y cantaron y comieron jamón y bebieron vino. El Gazpachero, un cantaor comunista que en tiempos fue potenciado por el partido, cuando había partido, le cantaba a Electa María Victoria, acompañado del coro de los palmeros y de un guitarrista vestido de domingo que tenía aspecto de cajero del Banco de Santander. La zambra vivía en el hotel de los toreros y los vallisoletanos, y la copla estaba en el aire:

*Unos tragos de aguardiente,
agua de los manantiales,
ay si la gente supiera
estos ratos cuánto valen.*

El Gazpachero le había cantado a Rafael Alberti por patriotismo y ahora le cantaba a Electa por dinero. Yo estaba sentado al borde de la cama, Electa me tenía cogida una mano y alguien me había traído un whisky. El clima era de sonambulismo y capricho. Electa siempre se viene al Nelson con sus viejos criados, que tanto me conocen: Alejo, que es como un campesino, el chófer, jardinero, recadero y portero. Y el otro, Yves Uzcudun, el negrazo cubano que huyó cuando Fidel, en los sesenta, grande, misterioso, poeta, ambiguo, secretamente bondadoso, sabio, que le hace a Electa de valet.

—A éstos los despido en seguida. Quédate un rato.

—Pero ahora suéltame un poco, que voy a mear tanto de todo.

En los servicios, junto a mí, se puso en seguida el Gazpachero. Al Gazpachero le gusta mucho la press y anda buscando que le saque mañana, o cuando sea. El Gazpachero es joven, carnosito, genial y vulgar. Ya otras veces me lo ha hecho: meamos paralelos, en las fiestas. El Gazpachero aprovecha aquello de que «picha española nunca mea

sola», y aprovecha también nuestra vieja militancia eurocomunista, o lo que fuese aquello.

El Gazpachero va de verde y no usa corbata, porque no tiene cuello. El Gazpachero y yo siempre nos echamos unos párrafos en los servicios. Dicen que su voz es aguda, sentida, que llega más allá de sí misma, que suena genial. Al triunfo en Madrid le ayudó mucho el partido comunista, como ya he dicho, y su sentido social de paleta andaluz que busca la prensa. Conversamos lo de siempre mientras nos la sacudimos:

—¿Cómo ves las cosas, Jonás?

—Jodidas, hijo. Esta noche me persiguen los fascistas.

—Después de tantos años de Felipe, está volviendo el fascismo.

—A mí el fascismo, muchacho, la verdad es que me da igual. Mi amargura es Jacobo Jacob.

—Ése anda formando partidas.

—Claro.

—¿Y qué tiene contra tí?

—¿Y tú me lo preguntas, hijo?

—Les encabronas todos los días.

—Eso.

—¿Y qué fue del comunismo?

—¿Rusia, dices?

—No, el nuestro.

—Yo ya no soy comunista, pero vivo de las rentas, como tú, Gazpachero.

—Seré comunista hasta la muerte.

—Pero esta noche has venido a cantar para una marquesa.

—¿Es marquesa, la tía?

—No, pero da igual. Te paga.

—Hay que vivir, Jonás. Tú no has visto mi coche ni mi casa, lo que me cuesta salir adelante. Un millón diario por abrir la tienda. Gracias a los discos.

—¿Y los recitales de cuando la transición?

—Ya no hay recitales, ya no hay rojería. ¿Adónde va España, Jonás?

—A la mierda. A una mierda gris, reciclada, sin olor, alimenticia y muy europea.

—No me das esperanzas, Jonás, tú que tanto sabes.

—Yo sólo sé que me buscan, que me persiguen.

—Ya no son tiempos de matar gente.

—Esta noche han matado a uno, por lo menos.

Una hora más tarde se había ido todo el mundo, se había disipado la zambra. Yves y Alejo, el valet y el jardinero, seguramente estaban en la cocina de la suite, cenando o desayunando las sobras de la fiesta. El Papa Julián había desaparecido como solía, en cualquier momento de la noche, mordido por algún dolor. Julián tenía el pudor de sus enfermedades. Pese a la capa y el rolls, seguía siendo una criatura selvática, una alimaña del bosque, ni buena ni mala, o ambas cosas, pero con ciertas purezas interiores, con largos pudores de campesino. Con Electa hubo que cumplir, un polvo a nuestro viejo estilo, o sea, aunque yo estaba ya muy trabajado aquella noche. Luego charlamos y bebimos, sentados en la cama (yo me había acostado casi vestido):

—Habías desaparecido de la noche, Jonás.

—Hoy he salido buscando algo o huyendo de algo. No sé.

—A mí no me hagas literatura, que las marquesas somos muy burras, y más las pontificias. A mamá cuéntale la verdad.

—La verdad es que estoy viejo, cansado, que me siento siempre perseguido, y no precisamente por Jacobo Jacob.

—¿Qué tiene que ver aquí Jacobo Jacob?

—Ha organizado una partida.

—Es lo suyo. Se están formando muchas. A mí misma me ha llamado Jacobo para hablarme de Yves. Dice que tengo que despedir al negro. Le he dicho que es un poeta y me ha dicho que es un maricón, o sea que le persiguen por todo.

—Pero yo no soy una cosa ni otra.

—Tú les encabronas con todo lo que escribes.

—Quizá he salido para comprobar lo que ya sabía: que esta ciudad me odia.

—Esta ciudad te lo ha dado todo. Incluso alguna marquesa pontificia que no usa el título.

—Creo que ya lo he repetido esta noche en algún sitio, pero, como dijo el poeta francés, yo soy de la raza de los acusados.

—¿Acusado de qué? Tú has triunfado.

—Pues acusado de triunfar.

—Pasó aquella locura vuestra del socialismo, Jonás, y Madrid vuelve a ser de los Jacobo Jacob que hay en cada familia con cucharilla de plata.

—También andan enredados algunos obreros y horteras, y eso es ya el fascismo. Cuando los obreros se hacen patriotas es que viene el fascismo. Lo huelen antes que nadie, como mi gata huele la tormenta.

—Que no te oiga Alejo.

—La literatura también está llena de Jacobs, Electa. Esta noche, un académico me ha tirado el whisky a la cara.

—Es una forma como otra de crítica literaria.

—Yo buscaba algo cuando salí, pero hace tantas noches que se me ha olvidado.

—Una moza, seguro.

—De la moza hablamos luego. Me dicen que no vuelva a casa en toda la noche. Seguro que ya han estado allí y hasta me han tirado la Enciclopedia Británica por la ventana o se han follado a la gata.

—Aquí traían un runrún de que alguien ha muerto esta noche.

—Juarecito. Estaba en un refugio de latinochés. Jacob y los suyos le metieron dos plomos en la cabeza. Y Rodin, de una sobredosis adulterada.

—Ahí veo la basta de Defoe.

—Defoe anda buscando y Ada fue a reunirse con él.

—Vaya noche que has elegido para buscar novia.

—No me importa que me persigan. No temo morir. Lo malo es que me persigo a mí mismo, siempre, y eso es ya la vejez.

—Sólo la menopausia, querido.

—La literatura está vacía y la calle es de los neonazis y de los ministros y sus putas.

—Lo tuyo, como siempre, es una enfermedad infantil, Jonás. Pero eso se quita con la vejez.

—O con el flamenco, como haces tú.

—Yo soy tan frívola que ni siquiera tengo menopausia, a mi edad. Pero te quiero. ¿Un polvo alegre, amor?

—Eso no arregla nada, Electa.

—Los polvos no se echan para arreglar el mundo.

—Tenemos que encontrarla, marquesa.

—¿A quién?

—A la niña que he salido a buscar.

—Acabáramos, cabrón.

—No existía. Mi búsqueda la ha creado.

—Venga, poeta, joder, dime dónde está.

—En la comisaría.

—Una menor. Y quieres que yo la saque. Eso está hecho. Vamos ya mismo.

—Electa, te prometo que yo no venía a eso, yo... Pero ella había llamado a Yves, el

negro, y le ordena en francés que prepare el mercedes plata.

EL mercedes plata se va desenredando del Madrid viejo y pone su hermosa proa, brillante y casi ominosa, camino de la Castellana. Yves y yo habíamos esperado a Electa en el parking de Benavente, dentro del coche y cerca de la comisaría. Yo le había dicho a Electa «¿no es peligroso sacar un negro a pasear esta noche precisamente?» «Conmigo no corre peligro», dijo ella, que tenía una seguridad quizá excesiva de su poder social y personal, seguridad heredada sin duda del franquismo. O nacida de la sabiduría de que el mundo siempre es igual. Yves y yo, solos dentro del coche quieto, hablamos un poco de poesía y de Fidel. Yves pensaba que mi fidelismo había sido un sentimentalismo intelectual y me lo perdonaba, aunque tampoco adoptaba ninguna actitud perdonadora ni victimaría, pues Yves Uzcudun sí que era el negro que tenía el alma blanca, y no en el sentido que dijo el otro, sino, sencillamente, el negro más elegante del mundo.

Con un alma elegante, quiero decir.

Electa volvió con la pardala y miré con ternura a Onésima, sucia, arrugada y con todos los estigmas de haber pasado unas horas en una comisaría, aunque su presencia ponía el coche reventón de juventud. «Gracias a todos ustedes por haberme sacado, por haberse acordado de mí.»

—A Castellana —le había dicho Electa a Yves.

Vi cómo Electa observaba a Onésima con curiosidad, con esa curiosidad femenina y casi científica por saber cómo es la otra, el amor de su amante, por encontrarle el secreto, cuando no suele haber ningún secreto. Claro que también había en Electa otra clase de curiosidad, que era directamente sexual. Estaba calibrando los encantos de la pardala, mirándola con mis ojos... y con los suyos. Yo a Electa la creía muy capaz. Llegamos y pisé de nuevo la hierba del palacete, aquel jardín negro y empedrado de muertos. «Cuando un Banco me habla de quitarme la casa, Jonás, yo le amenazo con empezar a desenterrar gente; sería un número nacional y la casa pasaría al patrimonio del Estado; mis muertos me defienden.» Durante la guerra civil, Alejo, el jardinero, fue traicionando y liquidando a los criados rebeldes, revolucionarios, rojos, que tramaban algo para hacer la revolución en el palacio y poner la bandera de Moscú en la gran balconada. Llegaron a ponerla, y la madre de Electa le había dicho a Alejo: «No, no la quite usted, que nos protege más que la Virgen del Pilar, en estos tiempos». Alejo, a sus víctimas, amigos y enemigos, compañeros de servidumbre, los enterraba de noche en el jardín y a veces, cavando, se tropezaba con un condestable, y le echaba encima una cocinera. Alejo era un tipo aldeano, un vampiro inverso, porque se le habían caído los dos colmillos y al sonreír mostraba dos colmillos de sombra que hacían aún más siniestra su sonrisa. Alejo era servicial, reverencial, sumiso, astuto, servil, un obrero patriota, en fin. Había sido cazador en su pueblo y en el Madrid de la guerra cazaba hombres.

Alejo hizo a toda la familia del Socorro Rojo, aquella aristocrática y barroca familia, que se vio en poder del jardinero, incluso intelectualmente, durante más de tres años. A un par de milicianos que habían llegado una noche dispuestos a dar el paseo al padre de Electa, que era un «agrario» (partido político de los terratenientes), Alejo, también vestido de miliciano, para la ocasión, los mató por la espalda con su hermoso rifle de caza, que tenía algo de violín de los rifles, y los enterró asimismo en el jardín. Lo mismo hizo con otros dos que se quedaron a vivir algún tiempo en la casa, poniendo los pies encima del piano y bebiéndose a gollete el viejo coñac del abuelo. Cuando otros milicianos llegaron a preguntar por ellos, Alejo les explicó que se aburrían y se habían ido al frente, con gran sentimiento de toda la familia, que ya los quería como a hijos, y que temía por sus vidas en primera línea de fuego.

Alejo era calvo, con una calva saludable, madura y tersa de soles. Alejo era corpulento, más fuerte aún de lo que parecía, de estatura media y actividad incansable. En la carretilla de mano no se sabía nunca si llevaba un muerto o un montón de flores secas.

En tiempos de paz, Alejo cuidaba el jardín de los muertos con primor, con sabiduría, con humildad, con ternura por el gran pinabeto, por el lírico magnolio, por la feminísima yerbabuena, que respondía a la caricia con una oleada de perfume, como algunas mujeres. Yo a Alejo siempre le conocí igual, maduro, sano, fuerte y sencillo. Humilde, sobre todo humilde, con un alma agradecida como la yerbabuena.

Una fragancia natural y rubia, una ola de juventud violenta, una tolvanera de besos y de senos y cabellos, eso era el amor con Onésima, la pardala, allí en la cama enorme de Electa, como una provincia donde ella reinaba. Electa había bañado a Onésima, la había dado de cenar en la cocina, con dos vinos, servida por Alejo y por Yves, y Onésima estaba feliz, deslumbrada, atónita, perdida dulcemente en tanta bondad y tanta abundancia, que vienen a ser la misma cosa. «Pero mi familia estará preocupada, yo vuelvo siempre en el Metro, entre nueve y diez ¿qué horas son?» Electa y yo nos miramos. No teníamos solución para este problema, no habíamos pensado en ello, iba a ser lo más difícil de todo. Onésima me quiso como había querido a los mozos en los pajares de su pueblo, con una ternura urgente y a veces violenta, sus manos cortas y cuadradas, niñas, por todo mi cuerpo, y sus pechos de retablo entregados de verdad. Sentía yo como si se me comunicase algo de la juventud y el empuje de la niña, de la pardala. «Te la sirvo en bandeja», había dicho Electa y estaba yo seguro de que mi vieja amiga nos observaba detrás de alguna puerta, rincón, esquina, ventana, pasillo o cosa, pues a Electa, en el amor, le gustaba casi tanto mirar como trabajar. Fue un amor grandioso e íntimo, el momento solar de la noche, y el saberme mirado (aunque Electa miraría más a la niña) le daba cierto prestigio maldito y oscuro, también purificante, a aquella sagrada fornicación. La mirada de un tercero congela el acto sexual, lo enfría, lo objetiva, lo perpetúa en el repertorio eterno de los cuerpos.

Ocurrió lo que tenía que ocurrir, que a Electa le llegó su hora y yo me quedé a mirar, mientras fumaba has, y la niña lo aceptó con naturalidad, casi con gracia, porque sin duda sabía más de lo que creíamos que sabía, o porque no sabía nada.

Era la carne blanca, decadente, llena de inesperadas armonías, era la carne ilustre y cansada de Electa María Victoria, en aleación sutilísima con la carne dorada de la niña, y toda la musicalidad del amor de las mujeres se regía con las variantes de esta delicada combinación del blanco pálido y el oro encendido. Sin duda, eran dos animales más simétricos, más musicales, más elegantes, silenciosos y amorosos que un hombre y una mujer. Allí no había amago de batalla, aire de crimen, gesto o canción de la víctima ni del verdugo. El safismo tiene momentos así.

La navaja, en la sexualidad, la pone el macho. El macho es sangriento en el amor, los hombres no hemos aprendido, en un millón de años, a hacer sonar esa música que vive en el cuerpo de la mujer. Otra mujer sí sabe. Recordé vagamente a Mallarmé: «... *le seigneur latent qui ne peut devenir*».

Hamlet es el gran señor escondido que no logra llegar a ser. Todos los hombres, mayormente los llamados intelectuales, somos hamletianos, el gran señor escondido, latente, que no logra llegar a ser. Por lo menos en el amor, con una mujer en la cama. Y quizás, ay, en la vida toda. Las mujeres, entre ellas, son plenamente lo que son, como el amor simétrico y borgiano de las panteras.

Luego, Electa le hizo traer a Alejo todos los aperos de la droga y se picó en uno de sus largos y bellos muslos. Invitó a Onésima a hacer lo mismo y la niña lo aceptó con igual naturalidad que casi todo lo anterior. La estábamos incitando en los pecados y los placeres, y ocurre que Onésima, la pardala, estaba ya muy iniciada en la sabiduría de las calles, las noches y las esquinas.

Se había picado poco por falta de dinero, pero aceptaba todo, el repertorio nuestro de toda una vida, el kamasutra doméstico de dos viejos licenciosos, con una aceptación sonriente y tranquila de pastor griego. Electa se la llevó a un baño remoto para que se lo hiciera en solitario, pues tenía oído o sabido que los jóvenes combinaban el pico con

la masturbación.

Yo me fui en busca de Yves, que estaba en su buhardilla enladrillada de libros, con luz baja, tendido en la cama, naturalmente corta para él, leyendo con unas medias lunetas y bebiendo una cocción de aquellas yerbas, raíces, cosas medicinales, salvajes y mágicas que llevaba siempre por los bolsillos (era una herboristería andante). Se puso en pie con su elegancia virreinal de príncipe negro, me ofreció de aquella medicina un poco alucinógena, sin duda, que me sentó muy bien, y volvimos a hablar o seguimos hablando de poesía, de política, no sé. Yves hablaba mucho, proliferante y bien, y yo siempre prefería escucharle, aparte de que aquella noche estaba muy cansado, por decir con dos palabras todo lo que yo *estaba* aquella noche.

Yves Uzcudun, negro bembón, era un ángel gigantesco, con lo blanco de los ojos un poco amarillo, la parla cubana y cosmopolita, unas grandes manos de pianista negro, con uñas rosa como pétalos, el pecho y el vientre enormes, la bondad distribuida por su persona, como el color, y una suerte de humildad altiva, de sencillez dinástica. Un mulatismo de buena estirpe, un misterio cuarterón y cimarrón mojaban su personalidad enigmática, interior, que él sólo exteriorizaba en paciencias infinitas, en cultos sosiegos, en una paz oscura y grave (no sonreía nunca), que quizá tuviese un fondo de tristeza, o quizá de soledad.

A Yves lo recordaba yo de los sesenta, cuando lo de Cuba. Yves fue de los primeros que se vinieron a España, pese a que Franco, misteriosamente, o hábilmente, aceptaba bien la revolución cubana. Yves estaba entre aquellos negros que comían siempre arroz a la cubana con plátano frito, y llenaron la Gran Vía y todo Madrid de aquel olor nuevo y al principio un poco repugnante, del arroz a la cubana, o del plátano frito.

Yo le veía por las redacciones, por los periódicos, buscando colaboraciones, o la publicación de alguno de sus poemas, largos, barrocos, bellos, decadentes, poderosos. Yves era a la poesía cubana lo que mi amigo Carpentier a la prosa (y no me olvido de Lezama Lima). Yves pasaba, alto y familiar, mirándonos a todos por encima de sus lunetas, como un negro de película, Yves pasaba por *La estafeta literaria* de Ponce de León, por las revistas del Opus y de los Oriol, Yves pasaba por Vicente Marrero, y se entendían bien el cubanito canario, inteligente y el cubanazo de Cuba, más poeta y menos político. Cuando entró al servicio de Electa, ella pedía a sus amigos marqueses ropa vieja para vestir a aquel gigante, el valet más espectacular de Madrid, de modo que Yves paseaba unos abrigos muy largos o muy cortos, siempre escasos de cuello o de mangas, mangas de las que salían sus manos prodigiosas y lentas, distribuyendo una paz negra, desnudas hasta más arriba de la muñeca y con los puños de la camisa arrugados y sin botones. Por los bolsos profundos y secretos de aquellos abrigos, que en seguida adquirían su personalidad de aristócrata negro, germinaba una selva curativa, toda la fauna y la flora, toda la botánica africana que Yves utilizaba para prevenir enfermedades que no tenía, para alucinarse o para curarme a mí un catarro.

Yves no hacía profesión de nativismo ni de negritud, sino que se le veía pregnado de plurales culturas europeas, y de sus manos surgía un poema de Mallarmé o la urna griega de Keats o un soneto de Quevedo, todo oliendo a menta salvaje, a medicina feroz, a las yerbas de sus bolsillos, yerbas que yo creo que le nacían allí, entre las costuras. Yves se había venido de Cuba por dignidad, por aristocratismo, porque no creía en las revoluciones como forma histórica. El valet/poeta tenía poco trato con sus paisanos, los «gusanitos», con sus compañeros de exilio, pero una vez me llevó a hablarles a un piso del barrio de Salamanca (negros de piel blanca y paraguas, blancas muy oscuras, con alarma y relumbre de joyas sobre esa penumbra humana), y yo hice la apología entusiasta de aquel Fidel creciente y ellos fueron abandonando la sala, el piso, pero Yves, elegantísimo siempre, no me comentó ni reprochó nada.

Electa, tan inteligente y tan «de raza», había entendido en seguida los valores y la

categoría de su valet, de modo que le trataba con un respeto que a veces invertía los papeles sutilmente, como en una fina comedia francesa.

Entre tanta cultura y tanta apostura, el eterno y enigmático Yves (los negros y los pobres no tienen edad), mi amigo cubano tenía algo de clochard negro de París, y yo creo que exageraba elegantemente este rasgo.

Yves no se trabajaba la nostalgia ni la autocompasión (supongo que todo eso iba por dentro), sino que sus mejores momentos eran los de un intelectual afrancesado, o un Rubén aún más altivo, o un criado que, como suele ocurrir, mejoraba siempre la dignidad y la prestancia de su señor y de los señores en general. Allí estaba Yves, en su buhardilla enladrillada de libros, dando con la cabeza en el techo inclinado, o tendido en la camita leyendo, con la cabeza y los pies en cualquier parte, fuera de aquella cuna.

Aquella noche, mientras yo bebía aquel ensalmo de tribu, más y más, mientras yo fumaba has y me curaba de tanta cosa, de tanta noche, la voz negra y dulce de Yves Uzcudun me hablaba de la Idea de vida en Dilthey, de los poetas metafísicos ingleses, de los rusos prerrevolucionarios, como Ossip Mandelstham, de las *Soledades* de Góngora, del barroco jesuíta y de Walt Whitman.

Voz, sopor, perfume, melopea, los sabores verdes del vaso verde de Yves. Plurales y pequeñas vidas iban volviendo a mis miembros, a mi mente, en una hora de deshora, en la buhardilla alta y culta de Yves, palomar de la noche por no sé cuánto tiempo.

CONJURACIÓN de azules. El cuarto de baño era una idea azul quieta en sí misma. Un cuarto de baño antiguo, de grandes dimensiones, con el techo muy alto, como una sacristía, y una bombilla apagada en el centro (Electa había puesto luces bajas y discretas), cenefas de azulejos de dibujo azul, la cal pintada de azul y baldosas azules en el suelo, azules y anchas, grandes, simétricas, mareantes. El baño, antiguo y alto, con garras de león, era efectivamente como el vaciado de un león blanco y ausente, grandioso y dormido. En la grifería vi garras o pequeñas cabezas de león, todo en oro y plata. Los visillos de las cerradas ventanas eran de un azul casi incoloro, de un incoloro casi azul, y el cuerpo desnudo y muerto de Onésima estaba medio tendido en seco, medio apoyado en el bidé, con todos los aperos de la droga en tomo. Parecía que durmiese o que posase para un cuadro, pero yo sabía que estaba muerta, porque estas cosas se saben, y Electa también lo sabía. Electa había ido a buscarme a la buhardilla de Yves, quitándose y poniéndose las gafas negras con una impaciencia que en ella siempre presagiaba una desgracia, una crisis o al menos una histeria.

—La muy burra se ha metido una sobredosis —me dijo—. Creen que saben y no saben.

Electa había acudido a aquel remoto baño, al final de un largo pasillo con esquinas, alarmada por las tardanzas de la niña. Onésima aparecía sumida en un clima azul que la distanciaba, que la hacía pictórica, irreal, pero Electa, con la falta de sentido poético de las mujeres, con esa manera urgente que tienen de reaccionar ante la realidad, me planteó en seguida el problema:

—Hay que deshacerse de este cuerpo.

Onésima ya no era Onésima. Era un «cuerpo».

—¿Otro cadáver en el jardín?

—No hagas humor negro, querido.

Yo no sabía cómo se deshace uno de un muerto, de una muerta, aunque sobre eso nos han aleccionado mucho las novelas y las películas.

—¿Un armario, un sótano, un viaje a las afueras? En Madrid ni siquiera hay un río para tirar gente. ¿Un embalse de los de Franco, un pantano?

Humor negro. Inevitablemente me salía humor negro. El amor, el dolor por la dulce pardala quizá vendrían luego, un día, una noche.

—El sitio más adecuado para enterrar a un muerto es un cementerio, Jonás. Es la costumbre. El único sitio donde nunca buscan a los muertos desaparecidos.

—Ya he estado esta noche en el cementerio.

—¿En el vino de los muertos?

—Sí, eso. Me llevó el Papa Julián.

Sin duda, Electa conocía las cuatro esquinas de la noche.

—Yo digo otro cementerio menos concurrido.

El mercedes plata surcaba de nuevo la noche, conducido ahora por Alejo, el jardinero/sepulturero, que sin duda iba a hacer una obra de arte enterrando a la niña con un noble o un romántico. Íbamos hacia el río, lo cruzamos por el puente de Praga e iniciamos la cuesta que subía a la sacramental de San Justo. Electa fumaba largo oriental con boquilla de oro y se había cambiado las grandes gafas negras por otras grandes gafas negras. Yo, sentado lejos de ella, miraba la noche, aquella noche interminable, sin luz ni reloj, dejándome ganar por el tónico de la acción. Alguien dijo que decidir libera. Actuar libera.

Ya vendría la hora de pensar, de recordar, de temer.

El coche rodeó el cementerio hasta llegar a esa zona salvaje donde todos los cementerios se confunden ya con el campo, se selvatan, pierden su pompa y circunstancia, como si tuvieran detrás un corralillo para que los muertos salgan, por el día, a tomar el sol. Allí cargamos entre los tres con la alfombra que llevaba dentro el cuerpo adolescente y limpio de Onésima, envuelto en una manta o en un chal de

Electa, chal que antaño habría triunfado sin duda en muchos saraos. Electa y Alejo elegían la tumba como de común acuerdo, mirándolas todas, deteniéndose ante algunas. A mí todo aquello, a la luz gorda y teatral de la luna, me pareció una escena del Tenorio. Aquel humor sombrío que me había despertado la muerte brutal e instantánea de la niña era seguramente una reacción nerviosa, pero también por reacción nerviosa se le ocurren a uno cosas.

Alejo y Electa parecían haber elegido un panteón ni grande ni pequeño, como de alta burguesía. Por los muchos y repetitivos nombres que se leían en una gran lápida vertical, a la luz de la luna, era evidente que allí se había enterrado toda una saga familiar y que ya no cabía más gente. La fecha del último enterramiento era casi antigua. Una dinastía extinguida, con toda seguridad.

Electa y yo nos sentamos en la tumba de enfrente, sobre el mármol, y yo sentía en el culo una gran caligrafía que me hacía dibujos, sin duda el nombre del ocupante de aquella sepultura. Por el tacto de los glúteos no pude adivinar las letras. El culo no sabe leer.

Con una piqueta y una azuela, Alejo hizo el fino y casi silencioso trabajo de despegar la losa, que, dada su vejez, debía de ofrecer poca resistencia. Luego la corrió hacia un lado. Aquel viejo era de una fortaleza asombrosa. Y digo viejo porque por primera vez le vi los años, bajo la luna y el esfuerzo. Luego, entre los tres sacamos la alfombra, que no cabía en el rectángulo negro, de modo que Alejo liberó de ella el cuerpo desnudo, enredado en chales de Electa (algunas chispas de oro en la luz de la luna, como despedidas por la carne blanca y muerta).

Ya puestos en faena, ayudamos a Alejo a colocar de nuevo la lápida y después él hizo la artesanía de sujetarla con tierra removida, que luego cubrió con tierra envejecida de otras tumbas, por ocultar la manipulación.

La alfombra, que no tenía huellas (la niña no había sangrado, ya está dicho), la devolvimos al coche. En silencio y sombra, como únicos habitantes de la noche, el mercedes nos retornaba a Madrid.

Mi estudio. Habrán ido a mi estudio a buscarme. Habrán revuelto los libros, roto los muebles, quemado alguna cosa, desordenado mi biografía. Busco algo íntimo, personal, que hayan podido llevarse o destruir. Y entonces comprendo que no, que en mi vida no hay actualmente ningún dulce o amargo secreto, que he borrado mis huellas, que he cortado mis raíces, que voy a entrar en la vejez sin recuerdos ni fetiches, y que además amo esta asepsia, esta supresión paulatina de la biografía.

Mi error ha sido salir esta noche a la busca del tiempo perdido. Vivo en un presente impersonal e higiénico, jamás tengo la mesa de trabajo cargada de papeles, como casi todos mis amigos y compañeros. Me gusta partir de cero cada mañana. Pero a veces pienso que tanta asepsia es lo que va secando mi prosa, dejándola sin jugo, sin la cocción del pasado, sin el estofado de oro de la memoria. He llegado a la impersonalidad en mi vida, y la impersonalidad se respira como un aire puro, pero una prosa impersonal, con unas ideas impersonales (eficaces o no, que eso es otra cosa), llegan a no interesar al lector, que siempre busca en lo que lee tocar el corazón escondido y caliente del que escribe.

Pero no renuncio a mi impersonalidad lograda lentamente, aunque ahí esté la causa de eso que llaman «mi decadencia».

Estoy harto de tanto autobiografismo romántico, que hoy me parece vil autocompasión. El presente rejuvenece y la memoria está podrida, como he podido comprobar esta noche, rodeado de memoria por todas partes, cuando los fantasmas de la memoria se han hecho figuras, cuerpo, imagen, amigo, enemigo, mujer, olor, pistola. Y de nuevo cito a Mallarmé que nunca logra llegar a ser. La duda hamletiana se ha congelado en mí. La duda la llevo dentro, pero yo no me tomo el trabajo de dudar.

De modo que me da igual que hayan arrasado mi estudio, destruido mis cosas, porque

ya no tengo cosas *mías*.

Me lo dijo una noche el gran pintor Antonio López: «Mira, Jonás, ya voy estando cansado del culto a lo viejo y lo antiguo; me gustan las cosas nuevas, las mesas nuevas, como tiene que ser.» Naturalmente. Los antiguos no vivieron sus muebles como antiguos, sino como actuales. Los grandes antiguos elegirían hoy el plástico y la fibra.

No quiero estar amueblado por dentro como una casa española, no quiero unos interiores «estilo español». Pero esta noche ha sido, y quizá siga siendo, la gran orgía del pasado, el vino de los muertos, y puede que yo no llegue al alba, porque el pasado mata, ahoga, aísla, ciega, como vi en una comedia de Ionesco.

ERA como un racimo de jardines, como una fiesta colgante de sauces y de estrellas. Había distancias de sombra y música, había láminas de agua hasta donde descendía su pico el cielo, y había luces distantes unas de otras, hogueras humanas, grupos de alegría por los que anduve errante, con los pies mojados por el césped y un rumor en la cabeza que era algo así como el paso lentísimo de agosto a septiembre, girando con dulce dolor en los espacios y dentro de mí. «Volveré a buscarte», me había dicho Electa al dejarme allí. Después de lo del cementerio, Electa dijo que me iba a llevar a un sitio distante y seguro, para que respirase un poco de aire limpio, «para limpiarle fondos a tu alma y tu miedo».

La teoría de Electa era que después de lo de Onésima no convenía que nos vieses juntos aquella noche, aunque al poco rato sostenía todo lo contrario. «Debemos dejarnos ver, porque los dos somos sospechosos, y crear una coartada pública con la que justificar las horas injustificables.» Electa debía de haber pasado por muchos trances semejantes (más de los que yo conocía), por lo bien que lo explicaba todo y por la seguridad de sus actuaciones. Alejo y ella se fueron en el mercedes, con la promesa de Electa de volver pronto a buscarme, y yo, sin referencia de lugar, época, hora, sin referencia personal, recorrí aquellos jardines entre las sombras, en una oscuridad donde el verdor secreto era sólo como una pálida alusión visual o un derramarse de un licor de luna en los sauces. Aquella gente celebraba una fiesta o simplemente reía, bebía, vivía, en grupos dispersos.

Nadie se ocupaba de mí.

Al fin encontré, dentro de la casa, al viejo maestro literario, a aquel hombre pelirrojo y grande, de ojos verdes como los del diablo, y que tenía todo él una cosa de diablo bueno y sabio, de solitario profundo y acompañado, de viejo a quien nunca abandonaba la actualidad. A mí me gustaba su literatura y a los dos nos gustaba el whisky. Yo acababa de echarme unas discretas vomitonas por el jardín, de modo que estaba limpio, vacío y en condiciones de empezar una conversación alcohólica con mi ilustre anfitrión. Toda la casa y la confusión de los jardines eran ahora el recuerdo de otras veces, de modo que como recuerdo los vivía yo, con los primeros tragos, sin que nada llegase a hacerse presente y actual sino en la memoria.

El viejo maestro y yo, más que iniciar una conversación, reanudábamos la de toda una vida, y yo, que estaba muy cansado, le dejaba hablar de mujeres, de novelas, de ciudades, de muertos, comprendiendo que cada hombre es un monólogo interior/exterior que se repite siempre, a lo largo de su vida, sin apenas variantes y con una estructura muy personal.

El viejo maestro del pelo en llamas tiene su repertorio riquísimo y vital, su estructura monologante, que a mí siempre me interesa y que es como un ejemplo estructuralista de las finitas/infinitas variantes del mismo discurso según la entropía que lo modifica o enriquece, y que es la ley secreta de la vida verbal de todo individuo a lo largo de su vida.

El viejo maestro de los ojos verdes, con llamas diabólicas al fondo (quizá el reflejo de sus propios cabellos o de sus cejas de diablo de teatro), no me pregunta de dónde vengo ni adónde voy, vive un tiempo abierto y siempre he admirado esa posteridad con mujeres, licores y libros en que se ha convertido su edad, repartiendo de vez en cuando su cuerpo erguido y lento en fiestas de fuego, en hogueras de amistad como las que esta noche iluminan su cielo particular de consagrado en el que se echa de menos la nostalgia del pasado y la angustia de la muerte, porque el presente vive en él como un animal festivo, solitario y laborioso.

¿Y qué hago yo aquí? Yo estoy haciendo tiempo, esperando a que Electa vuelva a buscarme, pues quiere dejarse ver entre esta gente, a la que conoce y ama, y considera, sin duda, que eso también es una coartada para cuando nos pregunten qué hacíamos y a qué hora mientras la pardala Onésima desaparecía para siempre entre

nosotros dos.

No sé en realidad por qué se ha ido Electa ni por qué va a volver, pero estoy seguro de que no me abandonará en esta noche agosteño/septembrina en que hemos vuelto a viajar juntos hasta el final de nuestras biografías, que se cerraron hace mucho tiempo, así como la novela de nuestros amores. El viejo maestro me habla, la gente ríe fuera y yo pienso que Electa y yo somos los impostores de cualquier biografía, los que estamos de más uno en la vida del otro, los dos en la vida y la muerte. Ni ella ni yo creemos que el tiempo que nos queda sea ya vida, sino una prolongación innecesaria de las cosas hecha de una materia fácil, extraña, deleznable e inevitable.

De todos modos tarda demasiado.

LA actriz bella y profunda ha llegado a ese momento de la hermosura femenina en que la perfección se vuelve patética, con el patetismo que puede tener la nieve impoluta, el mar en calma, ese instante en que el universo parece detenerse en su belleza eterna conseguida, como si ya no pudiéramos respirar nunca más, como si fuéramos a morir asfixiados por lo conseguido.

—Al cabo de la vida, la belleza aísla, Jonás.

Me lo ha dicho en el jardín, lejos y cerca de la fiesta, bajo los altos sauces que son como un licor de luna cayendo, vertiéndose lentísimamente. «La belleza aísla.» La belleza aísla. *La belleza aísla*. Sí, está sola en su belleza, inexpugnable a los hombres, aunque ha tenido tantos, porque la única manera de poseer de verdad a semejante mujer es asesinarla. Muchas veces el asesinato de una mujer no es sino una exageración de la cópula, un punto que hay poco más allá, no mucho más allá.

De modo que la vieja actriz, la joven actriz, mi amiga, va teniendo ya las ojeras, la hermosura de ultratumba, los pensamientos de muerte que sin duda tuvieron todos sus amantes, y que la han dejado así, asesinada con la imaginación, sola con su belleza maldita, maldita únicamente porque dura más que el tiempo, y eso se para.

Mi vieja amiga, mi hermosa amiga tiene la melena dramática, la risa abundante, luminosa y a destiempo, la voz oscura, los ojos irónicos, inteligentes, grandes, el rostro de una simetría que sólo aflora al mármol cuando el mármol tiene un día inspirado. Pero hay en ella, en mi amiga, en la antigua, vivísima y grande actriz, un como desajuste entre todas sus perfecciones, una alegría fuera de lugar y época, un secretismo vacío, unos primeros síntomas de esa soledad que me ha dicho, y que sin duda la está volviendo loca, dulcemente loca, pasablemente loca.

Vino de la provincia, hace siglos, todavía con perfume de estudiante. El teatro la hizo realísima y el cine la ha hecho irreal, como a todo el mundo. Era una belleza optimista y serena que contaba con la seguridad del éxito sin planteárselo siquiera. La vida venía con ella, el triunfo era en ella «una imposición de los fenómenos», como hubiera dicho Schiller a otros efectos, por citar un dramaturgo que a ella le gustaba.

Un día me dijo el realizador que la descubrió (cuando estaba ya tan descubierta):

—Yo he esperado siempre este momento, Jonás, desde que ella era casi una niña, este momento patético y armonioso, porque sabía que iba a envejecer muy bien, y ahora es cuando más me gusta trabajar con ella.

Su conversación, esta noche, es un poco desvariante, como ya casi siempre, pero con un desvarío que no ofrece ninguna vulnerabilidad dialéctica. Estábamos sentados bajo los sauces, en dos sillas que alguien había dejado ahí, ella fuma o bebe o algo y yo me encuentro bien, protegido, descansado, como si la noche toda y sola fuera esta fiesta en la que no participo. De modo que me dejo proteger, esconder por el monólogo sombrío e irónico de la actriz, que me va haciendo opaco o invisible, que me protege de mis enemigos (sé que alguno tengo en la fiesta, ya lo he visto de lejos, a ver si Electa vuelve pronto a buscarme, o volveré a sentirme de la raza de los acusados, de los perseguidos, de los asesinados).

No sé el tiempo que ha pasado, no sé si el tiempo pasa, intuyo que el hombre temido, el hombre que está en la fiesta, con el viejo escritor y la hermosa actriz, con tanta gente, en algún momento se acercará a mí, me cortará el paso como cediéndome el paso, y tendremos que hablar, cuando tanto he hablado ya con tanta gente, esta noche, si es que se trata de una sola noche, que tampoco lo sé ¿estoy otra vez borracho? No creo, todos tienen muchas cosas que preguntarme, muchas cosas que reprocharme, porque el fracaso y el éxito no son sino los dos lados de lo mismo, y se pagan con la misma moneda. Esta conversación falsamente confidencial con la mujer bella y famosa me protege de momento, nadie va a interrumpirnos, «la belleza aísla, Jonás», y a mí, que no soy bello ¿qué es lo que me aísla?, ¿o me aísla yo de los otros? Uno diría, al contrario, que el aislamiento es bello, la soledad nos embellece, nos

mejora, en eso estoy y nunca debí salir esta noche, el perfume de ella, que ya sólo es olor a hembra nocturna, me agota, me llena, me excita, me cansa, me envuelve, me salva, me duerme, no sé.

—Está usted acorralado, Jonás.

El sirio, el viejo sirio nunca falta a estas fiestas. El sirio, el viejo sirio americano es corresponsal de un periódico de Nueva York y seguramente homosexual.

—Está usted acorralado, Jonás.

El sirio es menudo, ligero, tiene el cuerpo breve y la cabeza grande, sombría, sin llegar a la tristeza, sino a una acritud que también pudiera ser dulce crueldad.

—Digo que está usted acorralado y...

—¿Va usted a mandar una crónica sobre mí?

—Depende de lo que usted me cuente.

—Yo ya no soy noticia.

—Una víctima siempre es noticia.

—Me gusta eso. De víctima también se está bien.

—Jacob Jacob, la gente de las letras y de la política, los fascistas, todos siguen de cerca su decadencia.

—Un hombre que tiene tanto público no está en decadencia.

—Drogas y menores. Va a encontrarse con la policía antes del alba.

—¿Ya les ha avisado usted?

—Veo que aguanta bien, Jonás, pero mejor haría en desaparecer.

—Entonces usted no podría seguir mintiendo sobre mí.

—¿Quiere decir que me lee?

—No. Sólo me lo imagino.

El sirio, el viejo sirio toma café, muerde su propia dentadura, que se le escapa, todo lo dialectiza y se hace tarde. Me cuenta claro lo que ya sé, lo que me contaron esta noche en Súper, que estoy acabado, que ya no vivo de la literatura, sino de las drogas, que soy el camello de Defoe para los intelectuales, así como Juarecito era mi camello para los homosexuales.

Juarecito está muerto y lo enterrarán de madrugada. Defoe se morirá un día de whisky, de desamor de Ada, de tabaco, de soledad, de inteligencia, de falta de miedo. Yo podría darle al sirio una crónica cojonuda sobre la corrupción en la jet madrileña, pero que se joda.

—Luego, usted todo lo utiliza políticamente.

—Este gobierno no le quiere, Jonás.

—No creo ser materia de Estado. ¿Qué interés pueden tener nuestras pequeñas miserias en Nueva York? Sí, ya sé, la corrupción del socialismo y eso.

—Déjeme servirle un whisky y charlamos, Jonás.

—Vaya a preguntar a la Moncloa.

—A usted le conviene airear un poco su nombre por el mundo, Jonás. Aunque sólo sea por quitar la razón a quienes le consideran acabado.

—Tengo buena salud.

—Congratulations.

—Tengo mala salud.

—Congratulations.

—Mi castellano siempre será mejor que su inglés.

—Se ha acostumbrado usted, Jonás, al dinero fácil de la droga, y por eso ya no escribe como escribía. Le da igual.

—Buena coartada frente a los críticos. ¿Puedo usarla?

—Váyase a la mierda, Jonás.

—Congratulations.

La muerte. La muerte es una cosa que me acompaña desde hace tiempo. La muerte no

es una sombra ni un malhumor ni un miedo. La muerte puede que sea el whisky o la soledad o el cansancio o la vejez o el invierno o todo junto. Pienso en la muerte como un místico, con serenidad o indiferencia o aburrimiento. Aunque quizá la muerte es la que piensa en mí. Sólo soy ya un pensamiento que tiene la muerte.

Soy una idea fija que la muerte tiene de mí. No creo que haya ninguna conjuración contra mí ni esta noche ni esta temporada ni nunca. Lo que hay está dentro, no fuera. La muerte, la idea de la muerte no es una idea, es una compañía continua y triste. La muerte es el ama de llaves de los solitarios de mi edad. La muerte no se explica en enfermedades ni dolores. Se pasa de vivo a muerto, y vuelta, como estamos pasando de agosto a septiembre.

«Soy la soledad que toca el xilofón para pagar el alquiler», dijo Miller. Yo toco el xilofón de mi literatura y no pago alquiler. La conjura me parece que va por dentro. Jacob me la tiene jurada, pero Jacob no existe. Sólo hay el Jacob interior que nos va matando con un pico de hielo. Los verdugos sólo son funcionarios. Los críticos literarios sólo son escritores aplazados, lo dijo Barthes, el buja. Los vivos sólo somos muertos aplazados. Con la edad llegas a ser un tipo cimarrón entre la vida y la muerte, o sea yo.

El mercedes plata se desliza señorialmente por la autopista. Ahora va Yves al volante. Comprendo que Electa ha ido a casa para bañarse (lo hace varias veces en la noche, así aguanta), y para cambiar de ropa y de chófer. Para el Casino (parece que vamos al Casino) queda mejor el chófer negro, aunque me sigue pareciendo una locura sacar a Yves de casa en esta noche de skin heads.

Electa huele a recién bañada. Me dejó en aquella fiesta insondable y amiga como en lugar seguro, y ahora volvemos a rodar la noche. Hace un momento me recogía el mercedes plata. En el Casino, en torno de la ruleta grande, veo al Papa Julián, a Defoe y Ada, a Tomás Tomás (se está jugando las últimas divisas de su gigante), a mucha gente conocida, y esto es como si la noche volviese a empezar de nuevo. Electa dice que es conveniente que nos vean juntos en muchos sitios, para que tengamos coartada cuando la bofia pregunte por la pardala. Yves se ha quedado dentro del coche apartado, evitando la conversación con los otros mecánicos y taxistas que también esperan, quizá porque todos ellos le aburren o le preguntan demasiadas cosas. Iba a acercarme a Defoe para devolverle sus gafas, pero con una mirada al sesgo me hace comprender que debemos ir todos por libre, no acercarnos unos a otros, y me alegro por conservar las gafas, que ya me iba adaptando a ellas, aunque todavía veo alguna mujer picasso o algún salón mondrian. Electa ya está metida en la ruleta, que no es una pasión que la domine, pero le da espectáculo a su vida, y de eso se trata. Como yo no juego ni parece que convenga, me acerco al buffet y comprendo que hace mucho que no como nada, o no me acuerdo, o no se acuerda mi estómago.

Cosas con mucha mayonesa, callos a la madrileña, vino tinto, croquetas de cangrejo, dulces, un menú poco ortodoxo que me como yo solo en un rincón hasta que llega el policía, porque el policía tiene que llegar. Al policía lo he visto desde que entramos en el Casino.

El policía tiene perfil de cormorán, una estatura como la mía, bastantes años y el cuello más ancho que la cabeza, lo cual le hace divertido y odioso. El policía tiene el pelo blanco y el bigote negro. Es un policía muy variado.

Sé que no se trata solamente del policía de guardia en el Casino, sino que va a interrogarme, como quizás ya ha interrogado a otros.

Aquí está.

—¿Quiere usted una croqueta de cangrejo?

—Llevo unas horas buscándole.

—¿Aquí en el Casino? Vengo poco al Casino y siempre pierdo.

—Ya he hablado con sus otros amigos.

—Pero yo siempre podré inventarme algo mejor. Soy novelista.

—Juarecito.
—¿Por qué no le pregunta al señor Jacob?
—Un tal Rodin, muerto esta noche de sobredosis adulterada.
—No trabajo en eso.
—Parece que Juarecito surtía a la buena sociedad y usted a los intelectuales.
—Los intelectuales me detestan.
—Le hemos abierto a usted un expediente ¿sabe?
—Acostumbran más bien a hacer una tesina sobre mis libros.
—Usted ha cambiado los libros por la droga.
—Demuéstrelo.
—Me tiene usted que demostrar a mí que no.
—Eso es franquismo.
—Le puedo dar a usted una hostia.
—Esta noche no sería la primera.
—Ada.
—Una mujer muy guapa ¿no cree?
—Nos ha contado cosas de Defoe.
—Con las putas ya se sabe.
—Está usted en peligro, Jonás.
—Desde luego, mientras no detenga usted a Jacob. —No haga acusaciones gratuitas. Yo seguía cenando y me chupaba de los dedos la salsa de cangrejo.
—Esta noche ha estado usted detenido en una comisaría.
—Sí, me cogieron en una redada de putas, como si fuera un travestí. Gracioso ¿no?
—¿Qué fue de la chica?
—Seguirá en la comisaría, supongo.
—Fue una mujer a sacarla de allí.
—Pues busque a esa mujer.
—Gracias por la sugerencia.
—¿También le están haciendo una tesina?
—La putilla no aparece.
—No me dieron tiempo ni a pagarle su dinero.
—No sé cómo acabará usted esta noche, Jonás.
—Supongo que leyendo el *ABC* de por la mañana, como usted.

EL taxi corre en la noche, en dirección a Madrid. Tomás Tomás va a mi lado y fuma echando chispas. Su camella noruega duerme en el otro rincón del coche. Cuando salimos del Casino, el mercedes plata no acudió a recogernos. Electa y yo lo buscamos con la mirada y nos dirigimos hacia él, que estaba como en una marquesina de sombra, y no bajo las grandes luces de la fachada.

—Algo ha pasado.

Algo había pasado. Yves estaba con la cabeza ensangrentada sobre el volante. Electa metió la mano por la ventanilla abierta y el guante de piqué se le llenó de sangre.

—Pero no está muerto —dijo.

Le había tocado la sien y se conoce que latía. Yves parecía dormido, pero no había perdido del todo la dignidad de su poderosa cabeza negra, que se empalmaba con el cuello de una manera peculiar. Me pareció como abrumado por la belleza de un poema que acababa de leer, o de ocurrírsele. El poeta asesinado, la muerte del poeta, todo eso pensé. Todo me sonaba a Cocteau.

Pero Yves no estaba muerto, sino sólo herido, golpeado. Luego es verdad, me dije, luego andan por ahí persiguiendo negros y homosexuales y extranjeros y mujeres. Mientras yo ironizaba con el policía y me comía mis croquetas de cangrejo, alguien había atentado contra Yves Uzcudun. Esto me devolvió a la realidad de la noche, a la realidad de la vida, al peligro, que había llegado a parecerme más un invento de los otros que una circunstancia de mi vida. «Te dije que no sacases a Yves esta noche», le dije a Electa. Pero no se lo dije. Sólo lo pensé.

Ella, en cambio, sí me habló directa y claramente:

—Voy a llevar a Yves a que lo curen. Yo sé dónde. Lo mejor es que nos separemos, querido. Coge un taxi y vete a algún sitio. Cuídate mucho.

Cuídate mucho. Lo mismo me había dicho Ada al separarnos, a la salida de Súper. Una mujer es una madre durante un tiempo y de pronto te despide con un «cuídate mucho». Es la fórmula. El atentado contra Yves sin duda había devuelto también a Electa a la realidad. Yo corría ciertamente algún peligro. La presencia de Yves quizá había detenido y saciado a los atacantes, que venían a por nosotros o a por mí, concretamente. No sé, estoy haciendo literatura. Fue cuando Tomás Tomás, que también salía del Casino, se me acercó para sugerirme que volviéramos juntos en un taxi y ahora estoy aquí, con él y ella, la gran camella dormida con la que quizá hice el amor esta noche pero hace muchas noches. Tomás Tomás fuma echando chispas. «Tengo una cosa que proponerte», dijo en cuanto subimos al taxi.

¿Será una nueva trampa? Nunca me fío de Tomás Tomás. No es que me haya hecho nada, ni hoy ni nunca. Es sencillamente que no me fío.

No sé si está conmigo o contra mí, si le soy indiferente, si quiere algo o no quiere nada. Siempre me ha pasado igual con Tomás Tomás, este pequeño pícaro. «Hay una putita de doce años, una niña que trabaja cada noche en un sitio de Madrid. Alguien la controla, claro, alguien la explota, quizá sus padres. La pasma ya les persigue, les busca. Les encontrarán cualquier día, pero todavía no. Cada noche en un piso de Madrid, ya te digo. Yo la vi una vez. La llaman Lolita, ya ves qué originales. Te encantaría conocerla, creo que cobran bastante por ella, pero tú puedes. No voy a describirtela. Sólo te diré que es altita y rubia. Creo que sé dónde está esta noche. Si quieres probamos.»

Yo iba en silencio, sabiendo que él tomaba mi silencio por asentimiento.

—A esta vaca noruega la dejamos en cualquier sitio durmiendo. En el Casino le han sacado hasta el último clavo. Que se joda y vuelva mañana a su país o se vaya a la mierda.

A lo mejor Tomás Tomás tiene alguna comisión en el negocio de Lolita. A lo mejor sólo lo hace por distraerse y distraerme. A lo mejor todo es mentira. Lo que está claro es que la noruega, sin dinero, le estorba mucho. Creo que si no fuéramos en un taxi la

habría tirado a la carretera en marcha. Quizá lo haga en cualquier momento, diciéndole al taxista que se ha caído. Pero no, eso sería un jaleo. Lo que quiere Tomás Tomás ahora es que emprendamos la aventura de Lolita, aunque nunca sabré por qué. Un día llegas a averiguar que la mayoría de la gente no sabe por qué actúa. Si nos parásemos a pensar lo que hacemos quedaríamos inmobilizados. La acción y el pensamiento son incompatibles. Pienso en el viejo y hermoso poeta negro, herido, sin sentido, quizá muerto.

Son cuatro pisos de escalera vieja y desgonzada. A la camella noruega la dejamos en la puerta de su hotel, llena de sueño y sin un duro. Son cuatro pisos de escalera antigua y vecinal. Tomás Tomás y yo iniciamos la búsqueda de Lolita por Antón Martín, por Mesón de Paredes, por Atocha, por el paseo de las Delicias. Casas dormidas, gente en la sombra, pisos secretos, patios de deshora, diálogos en clave, pistas falsas. La niña había trabajado allí la noche anterior, o quizá no, quién sabe. Todos parecían cómplices de todos, una conjura en pijama, mujeres como lirios pisados, pero nadie se escandalizaba del interrogatorio, Tomás Tomás iba bien orientado. Yo sentía que nos íbamos acercando a Lolita, vaya nombre, a través de la noche, a través de barrios, escaleras, viudas, secretos, confidencias. Tomás Tomás iba cerrando el cerco a su manera.

Al fin ha dado con esto, una calle entre Atocha y el Prado, aquí seguro que está, es su sitio de esta noche, calle larga, estrecha y en curva, calle que huele ya a un presentimiento de septiembre, o a un presentimiento del día. Abierto el gran portón, Tomás Tomás, muy en su estilo, me ha dejado solo, se ha ido fumando, echando chispas, pero yo sé, siento que Lolita está aquí, ahí arriba, cuatro pisos de escalera triste y crujiente, con el misterio fácil de la pobreza.

¿Por qué voy a ver a esta niña, de verdad me apetece la menor? No sé. Tengo más curiosidad que deseo, más inercia que urgencia, cuatro pisos de escalera, etcétera.

A medida que subo me aumenta el esfuerzo, el cansancio de toda una noche, la rendición del cuerpo y del alma. Me duele la calavera como les duele a los muertos cuando tienen mal dormir. Me duele una muela que me falta. Las gafas de Defoe vuelven a estar borrosas, desajustadas, y me falsean las distancias. Me duelen los zapatos, más uno que el otro, como duele un zapato cuando se pone a doler, como duele un zapato que hemos usado demasiado tiempo y está suave, sí, pero participa ya de las carencias de nuestro esqueleto.

Me duele el pecho como si lo tuviera lleno de metralla, la metralla de Jacob, que me alcanzará antes o después. No toso ni fumo ni jadeo, pero me duele el pecho. El corazón no me duele, pero lo noto en el pecho como se nota una veleta de hierro, una veleta que cambia todo el rato de postura, según el viento o la voluntad de Dios.

Descansillos sucios y espaciosos, rellanos con una bombilla pelada, alta y débil, puertas que se adensan con el sueño de toda una familia, que sólo filtran un poco de intimidad hostil por la rejilla, la mirilla, el timbre blanco que invita a llamar, el felpudo viejo, como un perro aplastado por un camión. Cuatro pisos de escalera, etc.

Me duelen las rodillas como cuando era niño y estaba creciendo. En esta subida me parece como si estuviera sufriendo una descalcificación general, urgente, inesperada.

¿Dos pisos, tres, cuántos me faltan? Me paro y me siento en un escalón. La casa se nota espesa del sueño de un racimo de familias, pero no hay un ruido, salvo ese lenguaje nocturno del maderamen, que es como un soliloquio de la nada en la nada.

Se está bien en este escalón, y apoyo la cabeza contra los hierros de la barandilla, cierro los ojos, duermo un segundo o una hora, me duele el culo aquí sentado, el cansancio de la hora me va llenando como se llena de aceite un pellejo o de vino una cuba o de mierda un retrete.

No creo que llegue nunca arriba, al cuarto derecha, no creo que toque nunca el timbre y diga la consigna, nos espera un septiembre caluroso, ésa es la consigna, y pienso

que además puede ser un pronóstico del tiempo, septiembre suele ser caluroso en Madrid, aunque nunca se sabe.

Odio sentirme un personaje de Kafka subiendo una escalera sin fin. Kafka no es lo mío. Kafka escribe parábolas y yo odio la parábola, en el Evangelio y en Kafka.

Soy un hombre que sube una escalera. Marcel Duchamp me parece que pintó una figura subiendo o bajando una escalera, un desnudo ni masculino ni femenino. ¿«Desnudo bajando una escalera»? Aquellas cosas de los surrealistas. Eso me sugiere más cosas que Kafka, me da más misterio y más luz sobre el ser humano. Me da mejor el absurdo de ser fulano de tal. De ser yo subiendo esta escalera.

Lolita tiene el pelo rojo y la mirada adulta, una mirada de enfado, de sueño, de abstracción, una mirada de través, azul, verde, oscura, dañina. Lolita es bella, ojerosa, grave, de rostro triangular y boca muy dibujada, aunque afortunadamente no se ha pintado los labios.

Lolita viste una camisa de flores que se anuda por medio torso, abultando unos senos que no tiene y dejando al aire un ombligo completamente infantil. Lolita calza un vaquero y sus manos y sus pies, desnudos, están como hechos de huesecillos de pájaro, son una osatura miniatural, gótica, fina y muy bella.

Sus piernas largas y delgadas andan todo el rato por el aire. Suele poner los pies más altos que las manos. Lolita tiene unos hombros cuadrados, unas clavículas agudas y largas. Lolita va a ser una mujer espectacular, lástima, porque está mejor así. Bebe coca-cola chupando de la botella. Está sentada en el suelo frente al televisor. Hay dibujos animados en una cadena extranjera, dibujos que otros niños de otros países estarán viendo mientras comen o desayunan, envueltos en la leche condensada de un hogar, de una familia, de unos padres, y no sometidos al trabajo nocturno, a la prisión infame de Lolita, aunque parece que a ella no le importa mucho.

Al final de la escalera, la puerta me la abrió un hombre joven, grande, cojo, triste, nada temible, con una sonrisa cansada y enferma. Nos cruzamos la consigna y yo creo que hasta me conocía. Es como si me hubiese estado esperando. Se servía de una muleta. La casa era un largo pasillo con hojas de periódicos y revistas pegados por las paredes, casi todo fotos pornográficas o deportivas. Por el color del papel se distinguían distintas capas de antigüedad o novedad, como en una cueva arqueológica. Todo aquello me recordaba un poco el apartamento de Tomás Tomás, donde en una noche remota, que es esta misma, yo hiciera el amor con una camella noruega e inteligente.

Hicimos el trapicheo del dinero y el tipo me metió en la habitación de la niña. Sin duda él vigilaba por algún sitio la integridad de la criatura, pero parecía confiado conmigo, y era como si no hubiese nadie más en la casa.

Me senté en una silla alejada de Lolita, descansé del largo ascenso, miré las paredes, el empapelado, las fotos. Era como el cuarto de un matrimonio joven de clase obrera, al que le faltase la cama matrimonial. ¿Y dónde se lo hacía uno con Lolita, y cómo? Pero me turbó a mí mismo esta pregunta.

La niña estaba rodeada de coca-colas. Me tiró un bote rodando por el parqué amarillo, lo abrí y empecé a beber con una sed saludable, mientras observaba a la criatura, que era como la radiografía de una adulta, todos los signos ya, en ella, de la malicia femenina, de la astucia de su sexo, del vago sentimiento envidioso que suele afear el cuerpo de las mujeres, aunque sean bellas.

La mezquindad femenina (otros estudiarán la masculina) se ofrecía abiertamente en aquella niña seria, aburrida, atenta a los dibujos y nada más, quizá dueña de un cierto protagonismo que le confería su precoz profesión. Las adultas, pensé, aprenden a envolver su mezquindad, a tornarla encantadora, pero en la niña, en esta niña, en cualquier niña, se ve clara y oscura la condición de la hembra, que ha sido esclava durante siglos y conserva un alma de mazmorra y un corazón de venganza.

Lolita es mucho más vieja que Electa, por ejemplo.

La mujer, como el hombre, se va purificando a medida que vive, se va humanizando, perdiendo la condición selvática y peligrosa de la infancia. Pero estos pequeños seres, como todavía no han llegado a ser personas, son alimañas.

No sentía ningún deseo de poseer, violar o lo que fuese a la pequeña Lolita, ridiculizada con un nombre tópico que ella no sabía cómo la envilecía. Ni siquiera me apetecía iniciar algún juego equívoco con ella, que es lo que he solido hacer con las menores siempre que ha habido ocasión y procurando que ellas no se enterasen de la doble naturaleza del juego, aunque ahora me parece que eran ellas las que estaban jugando conmigo.

Lolita era el sexo obvio, infantil, alquilado, fácil, rutinario, Lolita será pronto una profesional que trabaje por su cuenta. Tiene la frente estrecha y oscura, y eso presagia lo peor. Jugaba con el zaping y pescaba otros dibujos animados de otro país, que estarían viendo otros niños diferentes de los anteriores. En una pausa publicitaria dijo sin mirarme:

—¿No te gustan los dibujitos animados?

Me levanté y me senté a su lado, a lo moro, y volvió a dolerme todo el esqueleto. Lolita me pasó otro bote de coca. Bebíamos y mirábamos. Pasaba el tiempo. Yo me iba convirtiendo en algo así como el tío o el canguro de la niña. Apoyé la espalda contra un sofá y me quedé dormido. Un cerdito explicaba en alemán, muy gravemente (debía de ser mamá cerda), a otros tres cerditos más pequeños, los peligros y las astucias del lobo. Apuesto a que Lolita estaba deseando que el lobo se comiese a todos los cerditos, incluida mamá cerda. Los niños son muy sentimentales a su manera y suelen estar de parte del lobo.

En mi sueño seguía adocrinando en alemán una mamá cerda muy elocuente, con voz de institutriz chillona. Lolita es que ponía la tele muy alta. «Un día la va a encontrar la pasma por el ruido de la tele», creo que me dije. Y en aquel momento los cerditos cambiaron de idioma o los idiomas cambiaron de tema. Otros niños al otro lado del mundo, etc.

EL taxi corre hacia la Plaza de los Ciegos, en una noche que ya no sé si es la misma o es otra, y traigo en la boca, en las manos, en los dedos (me los chupo), el sabor, el olor, los sabores y los olores de Lolita, chicle, coca-cola, palomitas, pasteles, perfume barato, colonias a granel, y en todo ello anda como el alma perdida de una niña puta, de una pobre niña, yo qué sé, de una mujer venidera que ha aprendido ya que los hombres son unos señores que siempre llevan un bulto de dinero en el bolsillo derecho del pantalón, Lolita sabe pedir la propina.

Como estación que quisiera definitiva, en esta hora de la persecución recrudescida por el atentado contra el negro Yves Uzcudun, me siento por dentro huidizo como un negro, escapadizo como un pobre negro lleno de música y de miedo, lleno de olor y de sangre. Voy hacia la Plaza de los Ciegos, voy a casa de Cheryll, la inglesita educada y golfa que en otro tiempo tuviera refugio para mí, y que ahora ha entrado en el lesbianismo y en la droga, diciéndome adiós de lejos mientras se hunde en las procelas de tanta juventud quemada en vano. Con ella están, en su piso, Berta, joven y bello bollacón, a la que conozco de los periódicos, llena de idiomas y de secretos, y Marilyn, que es el travestón de este barrio de travestones, un hombre triste y duro, una mujer grande, historiosa y popular. Sin duda tienen relaciones entre las tres, pero no es eso lo que vengo buscando, sino que me den un poco de has, un poco de popper, un poco de paz, a ver si puedo dormir hasta por la mañana en la cama cuadrada, dorada y vieja de Cheryll, que es una cama del Rastro que se hunde de un lado como los barcos y las putas cojas.

La Plaza de los Ciegos es una de esas plazas recoletas donde Madrid se hace provinciano, sobre todo en la noche, donde Madrid se hace tranquilo, callado, en una paz de persiana caída, fuente municipal y escasa, muertos bajo los bancos del Ayuntamiento y la música de una televisión bajando de algún tejado. Últimamente los picados, los travestís y los ciegos se reúnen todas las noches en esta plaza, en invierno y en verano, y ahora que he llegado pienso en la posibilidad de que Jacobo Jacob, uno de los cien Jacobs que andan sueltos y locos por Madrid, venga a esta plaza a sacarle los ojos a un ciego, partirle la cabeza a un travestí o matar de un tiro a un picado. Están limpiando fondos a la ciudad, me parece que ya lo he dicho.

Cheryll, Berta y Marilyn juegan a las cartas y beben licor de pera, como tres viejecitas aporтерadas, pero la droga y el sexo se respiran en el aire como una nube barroca y ahogante que pasa de habitación en habitación. Me dejan tenderme en un catre, reposar cerca de ellas, cerrar los ojos y esnifar popper en paz y gracia de Dios. No despierto su interés, son viejas amigas, me quieren con indiferencia y quizá ya sólo ven en mí al viejo amigo acabado que voy siendo.

En esta noche me parece que he envejecido mil noches. El popper y el catre me hacen mucho bien. La soledad, mi soledad conquistada, mi soledad prefinal, me parece ahora un pozo hondo y seco donde sólo conversan los ecos de mi voz, y donde encuentro un libro caído y viejo, que hojeo con dificultad, sin llegar a saber si es un libro escrito por mí en arameo o un libro español escrito por nadie.

La soledad que me he ido haciendo poco a poco no es el retiro seguro que yo creía, sino que en torno están las tribus urbanas de los Jacobs, de los críticos literarios, de los políticos de memoria asesina, de las mujeres que ahogan al hombre, que asfixian al hombre metiéndole una teta en la boca, o el coño, para luego huir con el pequeño fajo de billetes, el alfiler de la corbata, el reloj o un zapato, el peine de bolsillo, que es de oro, o una foto que les servirá para denunciarte, para denunciarme.

Todas iguales.

Las mil y una noches de esta noche me pesan en la boca del estómago y siento como si estuviera sangrando por el culo. No ha pasado nada, en realidad, desde que llegué al café al atardecer, pero el círculo invisible del miedo, el redondel en llamas de la persecución, del odio social, del rechazo y el silencio, se me han hecho visibles, reales,

y sé que ya no debo salir de noche ni escribir de día ni a la inversa, sino quemarme a mí mismo por una punta, como se quema una vieja y querida carta, y luego echar la llamita a volar por la ventana de mi alto apartamento. No te mueres cuando te mueres, sino cuando la muerte social te sonrío cínica y dulce en todos los espejos nocturnos.

No puedo volver al estudio porque allí estarán esperándome, seguro. No puedo parar quieto en ningún sitio. Me lo ha dicho esta noche el Papa Julián, en cuanto te quedes quieto eres un blanco fijo, muévete toda la noche, abajo suenan músicas, voces, gritos, bajo con los tres, Berta, Cheryll, Marilyn, a la verbena diaria de los ciegos, los picados y los travestís. Tienen un gran tocata en el suelo y un picado baila con una ciega hermosa y joven, un travestí baila con una picada rubia y lacia, y yo me echo un baile (mucho salsa, pero también boleros, que los ciegos son sentimentales) con una ciega joven y hermosa, callada y rubia, como una estatua aún no terminada en el taller.

Tiene la cara de Virgen tonta, los ojos cerrados como en un deleite, aunque lo que pasa es que le da pudor enseñar dos guijarros sin vida ni mirada. Bailamos lento, triste, cansino, y de pronto me dice:

—Cierra los ojos y entrarás conmigo en mi mundo.

Pues tiene razón. Una cosa tan sencilla y funciona. Berta, Cheryll y Marilyn bailan con cualquiera. La música me guía por los laberintos dudosos y felices del sentimiento, y sé que ahora he ingresado en el mundo de la hermosa ciega, rubia y como cromada, y que jamás podré poseerla, porque soy un cadáver que baila, pero la oscuridad nos ha unido, la negrura nos ha fundido, la tiniebla nos ha enamorado. Una rosa en las tinieblas, dijo Guillén o Rilke o no sé quién otro.

Mi ciega es una rosa en las tinieblas, una rosa dura, carnal, que he conocido demasiado tarde, aparte el miedo contagioso que me dan las ciegas.

Quiere llevarme a un portal, se ve que conoce el terreno, que baila aquí todas las noches con ciegos, travestones y picados, pero yo sé que no voy a ser capaz de cumplir y sigo reteniéndola contra mí, sobre los baldosines de la calle, y le hablo y le hablo, pero la joven ciega espera, espera algo:

—Tú eres un hombre mayor.

—Bastante mayor. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé por todo. Los ojos no son más que una corroboración de lo que ya se sabe. Sabía que eras un hombre mayor.

—Un viejo.

—Tampoco un viejo. Pero me gustas.

—Es que soy un viejo muy vivido, muy gastado, y llevo una noche muy movida.

—Vuelve por aquí, viejo. Vuelve otro día, más descansado. No me voy a olvidar de ti.

—¿Por qué?

—Huelas a viejo, sabes a viejo, tus besos son viejos, pero me gustan los viejos dulces. Vuelve.

—Es que no sé si luego estaré vivo.

—¿Te persiguen?

—Un poco.

Me fascina el encanto de la ciega, el misterio de la ciega, lo que ve y lo que no ve en la tiniebla, la ciega que se sabe hermosa y no quiere renunciar a eso. Es tan alta como yo y tiene algo bruñido, frío y cálido en su persona. ¿Cómo son los deseos de una ciega? Lo más importante de la noche es esta ciega, pero sé que no estoy a la altura de la situación. Desearía irme ahora mismo. La Plaza de los Ciegos suena a vecindario, bailongo y mujer falsa.

Abro los ojos. Todo el mundo está emparejado. Algunos folian en los portales o sobre el asfalto municipal, o debajo de un banco, junto al cadáver de un mendigo portugués.

Daría todo lo que soy, todo lo que no soy, por hacer feliz a esta ciega, ya que he entrado en su mundo de tiniebla y lucidez, pero nuestro viaje por el revés de las cosas

ha sido largo y no ha durado mucho. Ella sabe, con la hiperestesia de los ciegos, y sobre todo de las ciegas, que voy a desaparecer en cualquier momento, y no dice nada, está triste, callada, abrazada a mí, bailando quieta, parada y danzante, mientras una noche de persianas y griterío, de chillidos y agua dulce, corre por el corazón adolorido y solitario de la juerga, en la plaza íntima de los Ciegos.

Esto sí que es un refugio, cerrar los ojos y dormirse en brazos de la ciega, pero a este pozo de música y dolor puede venir la pasma en cualquier momento, yo estoy loco, tú estás loco, vaya un sitio para esconderse, uno de los corazones de la droga en la ciudad.

La ciega me lleva, por fin, a un portal:

—¿Cómo te llamas?

—Horacia. ¿Y tú?

—Jonás.

«Jonás. No se me olvidará.» Afortunadamente, mi nombre no le suena. ¿Se vive mejor de ciego? Esta noche pienso que sí, por lo menos durante una hora. Los ciegos no ven venir la muerte, tan visible, no ven venir el día, la noche, esos recursos tramposos del tiempo devorador.

Me voy dejando llevar, en el baile lento y sensual, por los salones de la ceguera. Horacia huele a calle, a libertad, a mujer limpia, a una vida sencilla y doméstica que debiera ser la suya, y seguramente no lo es.

¿Existe la persecución, puede decirse que alguien corra tras de mí toda la noche, esta noche que acaba? La huida engendra al perseguidor, empecé huyendo de mí mismo y, luego, todos los que me han perseguido siempre, para enterrarme o para insultarme, se han hecho reales esta noche. No hay una redada contra mí, claro, sino una guerra callada en la noche, en todas las noches, una guerra en la que yo soy una baja en potencia, una baja con muchas posibilidades de causar baja.

No digo la muerte, claro, pero sí los golpes, el insulto, la humillación, la comisaría, la denuncia, todas las cosas por las que ya he pasado hoy, y que espero se disipen con la luz del día, el Papa Julián dice que me van a matar, el Papa Julián exagera, pero esas sirenas que estoy oyendo hace unos minutos están cada vez más cerca, han cruzado la tiniebla cálida de Horacia y ahora abro los ojos y se lo digo a la ciega:

—¿Oyes a la pasma?

—Vienen todas las noches.

Parece tranquila. Alguien tira de mí y me aleja de Horacia. Hay un cierto revuelo en la plaza, a la luz sucia, alta y sin origen de la madrugada (se ha hecho de día mientras yo estaba con los ojos cerrados). Es Berta, Berta que me arrastra hasta su pequeño coche rojo.

Miro a la ciega, que se ha quedado quieta, rígida, con los brazos extendidos, mirándome como si me viese, pero no me da tiempo a decirle adiós, nada, Berta hace arrancar este coche rojo, pequeño y saltarín, en el que ya he viajado alguna otra vez. Huimos de la pasma, huimos hacia no sé dónde, Berta habla y conduce, lo hace todo rápido y seguro, como siempre, pero yo pienso en Horacia, en una ciega hermosa y joven, sola y valiente, que ha abierto los ojos a las tinieblas, que sabe de mi huida por el motor del coche y las voces de Berta, una ciega que espera a la policía, los golpes, la persecución y la humillación al borde de la acera, como un mito.

Seguramente todo eso forma parte de su destino de ciega guapa, ella lo sabe, o lo acepta. Seguramente ese encuentro violento con el mundo es su manera de ver.

Berta, mujer de periódicos y embajadas, guapa oficial, bollacón o quién sabe, solitaria, independiente, buena y falsa, mala y amiga. Estamos en un alto y antiguo piso de la Plaza de Oriente, nos hemos besado en el ascensor. Recuerdo este piso, lo he vivido o lo he soñado, no es la casa de Berta, sino de otra mujer que no recuerdo.

—Siéntate. Ahora vendrá Antea.

¿Cómo puede una mujer llamarse Antea, fuera del teatro? En el piso vertical y estrecho, cálido y dormido, la noche se agazapa aún como un gato pardo, una claridad lenta y sin calidades da en los altos balcones y asoma tras el palacio Real. Estoy rodeado de muebles, de libros, de sobras, de cosas, sentado y encogido. Berta, delante de mí, fuma y no habla. De vez en cuando me coge una mano. Parece tranquila. Me ha traído a un sitio seguro.

—Tienes una mala noche, Jonás.

—Parece que ya va terminando.

—Sí. Es hora de que nuestros perseguidores se vayan a dormir.

—¿A ti también te persiguen?

¿Ha dicho perseguidores o persecutores? Me gusta «persecutor». Parece una palabra de novela mal traducida. Yo recuerdo haberla leído alguna vez. A Berta le iría mucho decir «persecutores». ¿Y cómo lo pongo yo cuando escriba todo esto? Si es que lo escribo algún día. Si es que me queda algún día para escribirlo. A veces pienso que me estoy inventando esta persecución. Y a veces pienso que me tranquiliza pensar que lo invento, siendo tan real.

—A todos nos persiguen, Jonás. Si fueses mujer, lo sabrías.

—Gracias por traerme aquí.

—Ya te he traído otras veces.

Ahora recuerdo vagamente que Berta era así como feminista, y acaba de darlo a entender: «Si fueses mujer, lo sabrías.» ¿Ser mujer consiste en sentirse o saberse siempre perseguida? La mujer piensa que el hombre es libre. Horacia, la ciega, piensa sin duda que las mujeres que ven son libres. No pregunto nada, porque no me gusta preguntar, pero adivino que estamos esperando a que la dueña del piso, la amiga de Berta, se levante y nos dé un desayuno. Berta ha abierto la puerta de la casa, portal y piso, con llaves propias. Las mujeres se organizan mejor que los hombres. Huele a libros, a humo viejo, a mujer sola, a licores acumulados, a esparto y a día anterior. Huele el aliento de la noche que se va. En algún rincón lejano de la casa ladra un perro. Por el ladrido pienso que debe de ser un perro pequeño. A lo mejor una perra.

HANS, el alemán Hans (también le llamábamos Gigi el amoroso), había venido a España no sé si huyendo de algo o atraído por algo, quizá fascinado literariamente por la España de Hemingway, que es un escritor que siempre ha movido mucho turismo, como Paul Morand en los años veinte.

Hans era alto, fotógrafo, gigantesco, con unos ojos claros que hubieran hecho soñar a Nietzsche con «la hermosa bestia rubia» (por supuesto que Hans era rubio y con melena, y un artista de la fotografía). Las máquinas, en sus grandes manos, siempre parecían juguetes. Con estos juguetes, Hans hacía un gran reporterismo. Del pequeño juguete de la máquina sacaba una modelo maravillosa de tamaño natural, un automóvil (sabía mucho de automóviles) último modelo, sport o lo que fuese, un animal salvaje o una corrida de toros con todos los colorines que buscan los extranjeros en la pandereta de España.

Hans amaba España y veía España con ojos románticos, aventureros y melancólicos, y por eso sus fotos, sus reportajes, tenían algo que no tenían los demás. El fotógrafo tiene que tener sensibilidad de pintor y de pianista, el fotógrafo tiene que sacar la música de las cosas en la foto, y eso es lo que hacía Hans, no sé cómo, darnos la música de una pared, de un perol, de una torre, de un sofá viejo. La música quieta de las cosas calladas. Era más artista que reportero y sólo hacía reportajes de lujo, aunque había que hacer de todo para vivir.

A mis reportajes, excesivamente literarios, le iban muy bien las fotos de Hans, más literarias aún. Hans yo creo que gustaba mucho a las mujeres, pero él andaba siempre como desengañado de las mujeres, con una úlcera de amor en el estómago, con un lírico malhumor casi siempre. Conmigo era delicado y hasta respetuoso, y tenía un humor repentino y eficaz, pero no siempre.

Yo había visto pasar claras mujeres a través de él, yo le había visto a él pasar a través de las mujeres como un ángel gótico, germánico, triste, como un ángel nublado. Hans no era feliz. Casi ningún alemán es feliz. Por eso inventaron el Romanticismo, aunque tampoco está claro que inventasen el Romanticismo. Quizá Hans estaba triste de no haber inventado el Romanticismo.

Era un compañero completo, un trabajador lento, seguro y casi amoroso con su trabajo, un amigo y un sabio para los idiomas: en seguida habló español con más corrección que muchos españoles, pues Hans parecía haber decidido quedarse en España para siempre, y, por tanto, españolizarse todo lo posible y lo antes posible. A temporadas vivía con un cachorro de león que era mi envidia (nunca he pasado del gato). De modo que nos unía también la pasión por los felinos. Cuando el león iba creciendo y pedía más ración de carne, y rugía un poco por las noches, como un llanto de león, entonces Hans decidía que el bicho empezaba a ser peligroso. Regalaba el león a un zoo y se compraba otro, o lo traía directamente de África, de una cacería, nunca supe de dónde sacaba aquel surtido de leoncitos. A veces le vi con una pequeña leona al hombro.

La casa de Hans olía siempre a león, aunque ya no hubiese leones. Y el olor era desagradable. He observado que el olor de un león se soporta bien cuando estás con el león, ni se entera uno del olor. Pero el olor del león sin león es una cosa realmente molesta, incómoda, rara, inquietante, poco doméstica. En torno de Hans había siempre una ausencia de leones y una ausencia de mujeres. No es que no hubiese leones ni mujeres, que eso es otra cosa, sino que le aureolaban esas ausencias, se notaban mucho. El poderoso Hans olía a las mujeres que se habían ido y a los leones que quizá todavía no habían llegado.

Hans tenía la tristeza de los gigantes y la bondad de los judíos alemanes, pues emboscado en aquel ángel joven y nublado, en aquella «bestia rubia», siempre sospeché que vivía un judío, un matorral de venas y sangre judía que sólo se hacía apreciable en su sentido triste y práctico de las cosas, en su sagacidad por sorpresa, no sé. Es algo que les pasa mucho a los alemanes, que conviven con su judío interior y

no lo saben.

Todo esto hacía de Hans un tipo realmente interesante y un amigo fiel, misterioso y un poco aburrido, salvo cuando le entraba la vena alegre, graciosa, malvada, infantil a pesar de todo. Hans es un hombre que te lo encuentras algunas noches y otras no. Ésta no, por ejemplo.

ANTEA era baja y, más que hombruna, algo así como un hombre con peluca, un travestí bajito o no sé. Antea se presentó a Berta y a mí envuelta en una bata de marujona, pero ella no era una marujona, sino una voz profunda, masculina y cordial, una voz fumadora, lenta y hospitalaria. Antea, no sé si recién levantada de la cama o qué, nos besó a Berta y a mí, después de que fui presentado. Antea, en vez de abrir completamente los balcones para que entrase el naciente día de septiembre/agosto, se dedicó a ir cerrando rendijas y cortinas, mientras no dejaba de decirnos amabilidades, ofrecernos un desayuno y hablarnos de espaldas.

Encendió las luces, las lámparas, creando así una nueva noche, al nacer el día, una prolongación de mi larga noche que no sé si me asustó o me dio cierta tranquilidad. Estaba esperando que terminase aquella larguísima tiniebla, pero ahora me amedrentaba el día. Desayunamos cosas familiares y habituales, los tres, y Berta y Antea hablaban mucho entre ellas, y había como un contrapunto curioso, interesante, entre la voz sexual, femenina, de Berta, y los asentimientos de Antea, que parecían casi paternos por lo serenos, juiciosos y enronquecidos de experiencia.

Antea resulta que era una intelectual a su manera, rodeada de libros y soledad, más una levísima música que pusieron no sé dónde, algo así como Bach, cómo se puede empezar con Bach a estas horas de la mañana. El perro de Antea era pequeño, melenudo, ladrador, más insistente que simpático, feo sin llegar a gracioso.

Llegué a una conclusión no sé si cierta: Antea vivía en una noche perpetua, salía poco, leía mucho, no sé si escribía, y recibía allí a sus amigas bellas y jóvenes, un poco perdidas, con quienes supongo que tenía amores difíciles, complicados, intelectuales, secretos, oscuros y obvios.

Mientras ellas hablaban, me levanté, ya desayunado, y curioseé los libros por las paredes, algo que siempre se puede hacer en una casa. Casi todo era interesante, pero encontré algo fundamental para mi interés nada literario de aquel momento: un libro de Francisco Umbral. Este nombre me dio una idea, el refugio fuera de Madrid, el amigo distante que, de mejor o peor gana, sin duda me iba a acoger de momento, por un rato o por unos días. Cómo no se me había ocurrido antes. La verdad es que le leo poco, me interesa más como amigo que como escritor, y unas cosas traen otras y la memoria sigue siendo selectiva y Goethe dijo mi memoria sólo llega hasta donde llega mi interés, mi interés por la literatura de Umbral es poco, pero en su amistad me parece que confío. Luego me senté a fumar un extemporáneo porro con aquella pareja de locas, pensé en llamar a Umbral por teléfono, pero no me acordaba del número ni quería que ellas se enterasen de mi próximo refugio, no soy Salman Rushdie o como se escriba eso, pero soy un escritor perseguido por otra clase de integristas, más la ley, algunos padres, algunos maridos, algunos colegas. No sabía cómo decirles a ellas que ya no me quedaba allí, que había pensado algo mejor, como tomar un taxi y salir de Madrid en dirección a la casa escondida del colega.

El extemporáneo porro no sé qué rayos tenía, pero me sentí como opiáceo, inactual, intuyendo que en seguida iba a pedir una cama para dormir un rato, antes de salir huyendo de aquel santuario de literatura, estructuralismo, bollaquismo, Bach, droga y noche perpetua. Uno está metido en el narco, aunque no tanto como dicen. Uno no es Umbral, que se ha retirado prematuramente de los peligros, pero a uno le gusta saber lo que se mete, y a mí lo que se metían aquellas dos tiorras no me sentaba nada bien.

Entre las veladuras imaginativas y como sensuales del porro y de mi sueño, Berta inició una rara ceremonia, inervante, sexual y ridícula, que consistió en desnudar una de sus hermosas piernas (llevaba medias de verano, le vi el muslo redondeado y moreno, con un revés blanco), y darle al perro a chupar el dedo gordo de su pie izquierdo.

El perro (no recuerdo su nombre, si es que lo tenía, pero debía de ser perra, por eso del feminismo) se vio que estaba acostumbrado a chupar dedos gordos a los humanos, porque lo hizo muy bien, muy domesticado/a. Antea miraba la cosa con complacencia y

ternura, no sé si hacia su perra o hacia el dedo gordo de su amiga Berta. A mí aquello me parecía cutre, pretencioso y aburrido como el espiritismo, y además no lo entendía, pero no me atrevía a romper la «magia» del momento. Me concentré en el segmento de muslo de Berta, lo único interesante de la sesión, que era un segmento consistente, convincente, honestamente erótico, educadamente perfecto, excitante para otro yo menos agotado. A través de los balcones cerrados empezaban a llegar, alegres, frescos, matinales, luminosos, los primeros ruidos de Madrid, de un Madrid que se despertaba, estival, bello y peligroso.

Luego se me propuso a mí quitarme un zapato y un calcetín y dije que bueno, y esto de que un perro/perra te chupe el dedo gordo de un pie no tiene que ver nada con que te chupen o mamen la polla, qué va, nada que ver, un dedo es un dedo, un dedo gordo es ya casi una extremidad vegetativa de la persona, un dedo gordo hay que procurar que no sea demasiado feo, pero fatalmente es feo y tiene algo de enanito de cuento, que es una especie que siempre me ha dado mucho asco.

Y la boca de un perro/perra tampoco es la boca de una señorita, de modo que lo que yo más temía es que el perro/perra me mordiese el dedo. La lengua áspera del perro parece que te está fregando el dedo, como un estropajo, como aquellos estropajos con que nos lavaban desnudos en la infancia. La lengua de una señorita, por el contrario, sin que sepamos la razón, es suave, cálida, sabia, lenta, dulce, y chupa muy bien lo que sea, es una lengua suavizada por todas las palabras y todas las mentiras que la señorita ha dicho en su vida, mentiras dulces y palabras mentirosas, y hay como un lenguaje misterioso que hablan entre la polla y la boca de la chica, y hay señoritas que hasta le hablan al pene, al glande, al falo, le dicen cariños admirativos, como si fuera un bebé, y esto queda un poco cursi, pero la verdad es que la curiosidad de un sexo por el otro no se acaba nunca, como si esperásemos encontrar una perla en el coño de cada mujer, aunque ellas sí que obtienen una primera perla de semen del artefacto masculino, y unas lo lamen y otras no, según. Claro que nada de esto que digo va con la perra, que hacía su trabajo mecánicamente, domesticadamente, y nada más.

Luego creo recordar que Berta me propuso que le chupase yo a ella el dedo, y fumábamos has y tomábamos té o manzanilla y yo dije:

—Siempre que no sea el mismo dedo que te ha chupado el perro.

—Es perra.

—Bueno, pues la perra.

—Por supuesto.

De modo que inició el desnudamiento de la otra pierna, con lo que se repitió el espectáculo de un muslo joven y solvente, femenino y optimista, y un pie con las uñas pintadas de rojo (la perra le había comido el rojo de la uña en el otro dedo: quizá así, chupando laca, la cosa quede más distraída). Me puse de rodillas, me doblé en el suelo y le chupé un dedo a Berta, un dedo que sabía a dedo y nada más, pero yo estaba muy deprimido, muy avergonzado por la estupidez, pues había comprendido al fin el significado elemental de todo aquello: se trataba, ya saben, de demostrar que el hombre se envilece ante la mujer como un perro, que un hombre es un perro y chupa donde le manden, y sólo cuando ha asumido su condición de perro tiene derecho a echar un polvo.

Lo que le molesta a uno de los rituales es que suelen ser obvios, tanto los religiosos como los eróticos, y que su significación está demasiado clara y nunca es inteligente. En estas cosas pensaba yo mientras chupaba dedo y me moría de sueño, y no sé de qué hablaban ellas allá arriba, seguramente de otra cosa, para hacer más humillante el trance, pero me dolía la cintura y me puse en pie.

—Bueno, ya está ¿no?

A lo mejor todo esto que cuento lo estoy soñando, porque lo cierto es que yo tenía mucho sueño dentro de mi sueño, y me despertó el tirón violento, el desgarrón de mi

ropa, como un susurro del silencio y la tiniebla, me había dormido encima de la cama, una cama inmensa y cálida, en una habitación a oscuras, en una habitación pequeña, todo cama, y cuando fui superando las tinieblas de mi sueño y las tinieblas del sitio, creo, creí entrever el cuerpo desnudo de Berta, arrancándome la ropa de cualquier manera. Me pareció muy hermosa, muy calculada, de un desnudo pensado como lo piensan los artesanos, los que trabajan la arcilla o el barro, y su olor a cuerpo y a perfume me entró hasta dolerme en la cabeza, contra el cráneo, de modo que es esto, pensé, al macho se le humilla, se le atonta, se le droga y luego se le folla medio dormido, suprimiendo así toda apariencia de dominación por parte de él, de mí.

Todo muy tonto, de un matriarcalismo de manual, pero, mayormente, todo muy ignorante, porque hay que conocer los mecanismos del otro sexo, en este caso el mío: a un hombre que no ha dormido, a un hombre que ha errado y bebido y follado toda la noche, y huido toda la noche, y sufrido y sido golpeado, no se le puede accionar a capricho como si fuese una palanca. Lo que las mujeres tienen contra los hombres, sobre todo, es ignorancia. Quizá a la inversa pasa lo mismo. De modo que le dije a Berta, a la bella Berta desnuda e invisible (¿qué había sido de la otra?):

—Ahora no, amor, no te empeñes porque es imposible.

Pero Berta había obtenido mi herramienta, de entre la ropa y la carne, como se encuentra un cuchillo registrando a un bandido, y seguía con sus inútiles manipulaciones. Ahora que yo le había chupado un pie, ella podía chuparme la polla. En reciprocidad, sin humillación, cuánta chorrada. El que tenía más sueño era yo, un sueño de has, alcohol y madrugada, pero quien se quedó dormida encima de mí fue ella, con una dulce felinidad sin objeto, y le acaricé la espalda despacio, la nuca, los hombros, procurando no despertarla, esperando el momento de salir de debajo de su cuerpo y escapar de aquella casa hacia donde había imaginado.

Cuando lo conseguí, en una confusión de casa en sombras, como una tumba contra el día creciente y luminoso de fuera, cuando estuve malvestido, acerté con la puerta del piso como un ladrón y corrí escalera abajo, la perra se venía tras de mí, alegre y bullidora, repentinamente amiga, arrastrando una correa (yo era un inmenso pie que chupar).

La dejé en la Plaza de Oriente, meando en mitad de los jardines como una reina vieja, loca y feliz que se hubiese escapado del Palacio de enfrente. Huí en un taxi.

EL taxi corría por la autopista de La Coruña, saliendo de Madrid, hacia la sierra. De la sierra bajaba septiembre como una tribu oscura y con el sol en alto como un escudo. Un nuevo día, me dije. Sólo eso: un nuevo día.

Francisco Umbral me recibió entre sus magnolios y sus gatos. Siempre hemos mantenido entre nosotros una relación profesional y generacional más bien fría, porque no es hombre simpático sino altivo o ausente, y ahora se ha convertido en un solitario. Volví a desayunar con él y le conté la aventura de mi noche, las mil aventuras y la persecución fantasma, pero tan real, una persecución que, como quizá ya he dicho, se inventa ella al perseguidor o a los perseguidores, aunque otras veces pienso, más bien, que es el perseguido quien crea siempre la persecución.

—Tú te has retirado un poco del mundo, Umbral, pero el fascismo vuelve a las calles.

—Sí, leo periódicos.

Defoe, Ada, el asesinado Juarecito, Tomás Tomás, Jacobo Jacob, el vino de los muertos, Culo Rosa, la gigante noruega, el Papa Julián, Electa y sus flamencos, el poeta negro y brutalmente herido, Onésima, la muerta de la sobredosis, la dulce pardala, aquella Lolita de dibujos animados, el Casino, la policía, el jardinero/sepulturero, el palacete de los muertos, en la Castellana, las lesbianas y los travestís, los picados y los ciegos, el dedo gordo chupado, etc., todo se lo conté a Umbral creo que un poco nerviosamente. «Me persiguen por el narco, por las menores, por las ideas, por todo.» Y, a medida que se lo contaba, iba viendo cómo mi relato se disipaba en una suerte de mala mentira o falso sueño, y que nada era tan grave ni urgente, sino producto del alcohol o la droga, invención de la noche.

—Pero han estado a punto de tirarme por el Viaducto. Luego lo dejaron en una paliza.

—¿Y esas gafas?

—Son de Defoe. Me rompieron las mías.

—Lo evidente, Jonás, es que gente como tú y como yo no debemos salir demasiado por la noche.

—Yo casi me había retirado. El oficio cada vez da menos, como tú sabes. De modo que he acabado en un cierto trapicheo, sólo para tener calma y tiempo de escribir lo que quiero. Pero veo que me han fichado como una especie de gran narco.

—La noche está peligrosa de demócratas, Jonás, de fascistas y de policías.

—¿Y qué tienen que ver los demócratas?

—Son los peores.

—Todavía no me ha pegado ningún demócrata.

—Todos esos que te persiguen, sirven a la democracia que tenemos.

—Veo que sigues en escritor político.

—Una buena democracia del dinero está siempre llena de fascistas, de señoritos, de partidas, de guardias y de asesinos deportivos.

—¿Me puedo quedar aquí algún tiempo?

—El que quieras.

—Aunque creo que me voy a volver a casa. Ya habrá pasado el peligro.

—A casa vuelves a por material. Te está empezando el mono.

Umbral acababa de decirme la verdad. El tirón de mi apartamento, tan peligroso durante toda la noche, era el tirón del material, y yo ni lo sabía. Quizás he huido toda la noche, de peligro en peligro, resistiendo las ganas de volver a picarme en solitario y de lo mío. Luchando entre el miedo a Jacob y la llamada de la cosa. Si han estado allí, habrán encontrado un buen paquete, lo justo para entrullarme, no sin antes darme un poco por el culo o tirarme otra vez por el Viaducto, ahora de verdad. Este hombre asiste a mi relato como a una película mala en la televisión, aunque sé que le gusta la serie negra. Umbral está tan en decadencia como yo, pero ante este hombre indiferente, envejecido y solo, que todavía lee periódicos, me siento pueril con mis aventuras de novela de las que no nos gustan ni a él ni a mí. Claro que podía haberme

picado en casa de Electa, pero me gusta picarme a solas, en mi casa, nunca en la calle, te quedas a merced de todos, no sé, si esta noche me hubiese picado, Jacob o la pasma ya me hubiesen matado hace mucho. Además, sólo me fío de mi propio material. Sé cómo está el mercado. Picarse en la calle es como tirarse en alta mar con un salvavidas de patito. Suena el teléfono dentro de la casa y Umbral entra a cogerlo. Ahora que él me lo ha dicho, advierto que el mono se ha apoderado de mí como un reguero de hormigas rojas e interiores que luego se reparten por mis miembros. No me creía tan cogido por la cosa. «Es Hans. Quiere hablar contigo.»

El coche de Hans, un modelo italiano, rojo y vertiginoso, me devuelve a Madrid cuando el día está acercándose ya al centro del cielo. «Esta noche, Jacobo Jacob o una de sus partidas han estado en La Celsa, han herido a mujeres y niños y gitanos, han incendiado algunas chabolas, hay una revolución en el barrio, los fascistas detenidos dicen que van a acabar con la droga en Madrid, pero en lugar de perseguir a sus amigos, a los grandes narcos, se lían a palos y cuchilladas con los gitanos, ya sabes, es la xenofobia y todo eso, muy de moda en Europa, por no hablar de mi puta Alemania, ya sé, Jonás, que estuviste a velar a Juarecito, luego podemos ir al entierro, si quieres, joder qué calor de día.»

Hans es un viejo muchacho, sigue teniendo algo infantil en sus ganas de pelea. Llamó a Umbral para hacer con él el gran reportaje denuncia de La Celsa, pero Umbral, el muy puta, me lo ha pasado a mí sin decir nada. Hemos dejado a Umbral entre sus gatos, sus magnolios y sus periódicos. Yo no sé si me conviene salir ahora con una cosa así, jugar a Norman Mailer, al viejo escritor decadente que se recicla con un reportaje antifascista, con una gran exclusiva. «A ti te lo publican, Jonás, a ti te lo publica todo el mundo.» No sé cómo decirle a Hans que, aparte otros cansancios, no me considero una firma muy adecuada para defender a los camellos gitanos. Más que un reportaje antirracista va a resultar una defensa del camello, y en eso dicen que ando yo. Pasamos por casa y me pico. Hans se ha quedado abajo, revisando su coche italiano, que es un estallido de luz en la mañana, con su rojo brillante.

Hans es discreto y prefiere no enterarse de lo que no le importa. Sé que podía haber combatido el mono con whisky. He estado dudando todo el camino de vuelta a Madrid. Sabía que si me picaba haría el reportaje, ése que no ha querido hacer Umbral, me metería en el jaleo, y no me conviene nada, ahora que ha pasado lo peor de la noche, ahora que es de día y puedo pensar en una desaparición temporal, prudente, relajante, que me hace mucha falta. Después del reportaje ya sé que me van a matar seguro, y encima dirán que sólo he buscado el sensacionalismo, que los gitanos trabajan para mí, como trabajaba el gitano Juarecito. En el piso, por supuesto, no ha estado nadie toda la noche. Es donde mejor habría dormido.

La Celsa, adonde no vengo por primera vez, es un resplandor de latas bajo el gran sol de la mañana, tiene algo de ciudad sagrada de no sé qué religión, porque la miseria siempre es un poco oriental. Cuando dejamos el coche y nos adentramos a pie por el barrio maldito, Hans con su máquina pequeña y eficaz, vamos descubriendo el olor de la sangre, la agonía del fuego, el grito de cobre de los heridos. A Hans le conocen mucho aquí, y seguramente a mí también. Niñas desnudas y mujeres melladas, sin edad, nos curiosean. Los hombres deben de estar todos en la cárcel o muertos. Las mujeres se han quedado cuidando a los heridos. Hans hace fotos sin parar. Yo hablo con la gente y tomo algunas notas, pero veo en las caras curtidas la indiferencia, el crudo escepticismo. Son unas caras rajadas, pieles rojas, sin sexo ni tiempo.

Son unas caras que parece que se fueran a partir en dos cuando hablan o sonrían con una sonrisa ruinosa y atroz que no significa ironía, ni mucho menos alegría. Dimas es un hombre bajo, ancho, payo, hablador, crispado y grave. Le llaman el Cojonazos, lo cual tampoco suena demasiado nuevo. Nos lleva a una chabola que es la cantina del barrio. Nos sentamos los tres a una mesa, lejos del sol recalentado de las hojalatas.

Estamos en una penumbra de cal, moscas, vino y escándalo. Dimas tiene la extraña dignidad del pueblo y nos lo cuenta todo, añadiendo luego su caso personal. Dimas tenía una hija muy joven trabajando en Madrid y no ha vuelto a casa en toda la noche.

—Gracias a eso se ha salvado de esta locura.

—He estado ya en Madrid de madrugada. Creo que la tuvieron en una comisaría y no sé si aún sigue allí. Pero llevo aquí dentro el nudo de que está muerta. Me la han matado. Cosa de esos señoritos falangistas o lo que sean.

—Pero usted es payo. Su hija será paya.

—Eso es lo que me hace dudar, pero esta noche en Madrid me parece que ha pasado de todo.

Dimas, el hombre desesperado y tranquilo, el padre cabal y fuerte, ha sacado un gran navajómetro y lo ha dejado encima de la mesa que fuera de formica.

—A mi Onésima me la han matado.

Hay un silencio. Cojo la máquina de Hans y hago unas fotos. Es una manera de taparme la cara. Dimas es el padre de la pardala, la que ahora yace en un cementerio romántico, al otro lado de la ciudad. Esta navaja hermosa y ancha, sensacional y segura, tiene su destino en mi entraña vieja y rota, en mi corazón de mierda y sentimiento. «Y encima me dicen que andaba puteando, los muy cabrones.»

El coche italiano de Hans, rojo por fuera y refrigerado por dentro, retorna al centro de la ciudad.

—Hans, me parece que no voy a hacer este reportaje.

—Jonás, no me jodas con tus cosas.

—No puedo hacerlo, Hans.

Hans conduce en silencio. Hans sabe respetar un secreto, un amigo, un enigma. O, quizá, Hans sabe esperar, porque todo el mundo acaba confesándose.

—Esa navaja, Hans. Esa navaja. ¿Has visto la navaja del tipo?

—Tú sabes algo de la pardala.

—La pillaron conmigo, dentro del rolls del Papa Julián.

Hans asiente con la cabeza, poniendo una inesperada atención en la carretera, en el paisaje, en el tráfico.

—¿Y luego? —pregunta al fin.

—A mí me sacó de la comisaría el Papa Julián. Luego recurrí a Electa para que sacase a la pardala.

—¿Onésima, ha dicho el padre?

—Onésima. Estuvimos en casa de Electa y Onésima se picó, pero no sabía y...

—¿Dónde la habéis enterrado?

—No, no temas que Alejo la metiera en su jardín de los muertos. Electa tuvo una idea diabólica. Dice que donde mejor está un muerto es en un cementerio.

—No te voy a preguntar en cuál, Jonás.

Le hago un resumen rápido de la noche, de tantas cosas. Hans calla largamente, germánicamente. Ya lo sabe todo. «El reportaje tendrá que hacértelo ese cabrón de Umbral, que es al que llamabas.»

Hans no me contesta. Insiste en su mutismo. Sin duda, el reportaje ya no le importa nada. Seguro que está preocupado por mí.

—El peligro, ahora, ya no es Jacob, que se ha pasado la noche persiguiéndome, incluso me ha buscado ahí, en La Celsa, supongo. El peligro, ahora, es ese buen hombre de la navaja, Dimas, que pronto correrá por todo Madrid buscándome, con el navajómetro en alto, porque le va a ser muy fácil averiguar que a su niña la pillaron conmigo y que, luego, Electa y yo nos la llevamos. Y ahí acaba todo.

—La puta de Electa no corre peligro. Siempre queda a salvo.

—Sí. El violador y asesino de Onésima soy yo, por ponértelo todo en titulares de primera. Jonás, un viejo escritor en decadencia, al que se empieza a olvidar. Un

hombre mezclado en el mundo de la droga, de las menores y de la conjura republicana.

—¿Pero hay una conjura republicana?

—Eso dicen.

—Pues dime adónde quieres que te lleve, Jonasito.

Hans, cuando un amigo está en peligro, empieza a tratarle en diminutivo. Es su forma de ternura y solidaridad.

—Vamos al entierro de Juarecito. Eso completa el reportaje.

Hans sonríe de lado, por un cumplido a mi ironía, pero nada más. En realidad estamos ya de camino hacia las ruinas falsas y romanas de la autopista donde anoche velamos a Juarecito.

Hay un hombre gordo de gafas negras. Hay una mujer guapa de gafas negras. Hay un joven de gafas negras y cabello revuelto, con bastón de ciego, aunque no creo que esté ciego. Hay una muchacha en chándal blanco, y un fondo de rostros atezados, hispanos, y un gran negro con gafas negras y un tipo gordo, barbudo, firme, con aspecto de político de extrema izquierda, si es que quedan. Ha venido gente de Izquierda Unida y del PSOE, porque el entierro de Juarecito es un acto de afirmación antirracista. Algunos de estos políticos me saludan cordialmente, en silencio. Todavía recuerdan que yo fui un escritor rojo. Hay coronas de flores blancas, y ramos. Una de las coronas tiene cinta de Izquierda Unida. Las gafas negras deben de ser la última expresión del luto, una nueva costumbre que yo, hasta ahora, sólo había visto en las artistas de cine.

Hans ha empezado a hacer fotos. Hay también otros fotógrafos de prensa. Defoe y Ada, con gafas negras. Apenas nos saludamos con la cabeza. Todos estamos de acuerdo en que cada vez conviene menos que nos vean juntos. Tomás Tomás con su gigante nórdica, con su camella colgada. Estamos en un pueblo sin Ayuntamiento, pero con cementerio. Me han ofrecido llevar uno de los picos del ataúd, pero declino el honor. Juarecito va en un ataúd de tablas de cajas de pescado o de fruta. A las tablas les han dado una mano de cal. A través de la ligera mano de cal, todavía se leen unas letras de almagre intenso. Quizá digan «Pescanova» o algo así.

Vamos a través de los campos, bajo el sol colosal de agosto, con un ataúd blanco y un hombre asesinado, buscando un cementerio que seguramente nadie sabe dónde está. Sólo veo cardos, prados quemados, cementerios de basura, unas viviendas muy a lo lejos, que deben de ser una ciudad/dormitorio, una urbanización barata, no sé.

Vamos todos en silencio, sin esa animada conversación mundana de los entierros de ciudad. Las mujeres pisan mal en la tierra y los caballones, con sus zapatos de tacón. El ataúd parece que no les pesa nada a los que lo llevan. Vamos despacio, desorientados, obstinados, con la cabeza baja, unos, y otros mirando al frente, fijos, como si el pequeño cementerio de pueblo fuese a aparecer en espejismo, o en mitad del cielo. Nadie fuma, nadie habla. El aire se está quieto y veo un periódico viejo mordido por las cabras, un neumático aplastado, algo así como una serpiente gorda y muerta, los restos de un orinal o una palangana, y un carrito de supermercado, torcido y roto, con una rueda para adentro, igual que pisaba Juarecito, metiendo un pie, lo mismo.

DESPUÉS del entierro de Juarecito me fui a casa, me piqué y dormí un día entero. El pico no va bien para el sueño, pero también tomé frascos enteros de somníferos. En el apartamento no ha estado nadie en toda la noche. Habría podido dormir aquí, dulcemente, en vez de andar rodando como puta por rastrojo. Pero yo no huía de Jacobo Jacob, sino del miedo, y mi apartamento, estudio o lo que sea, está lleno de miedo. Me da vértigo la altura del rascacielos y me pone histérico el ruido del ascensor. Salí anoche, puerilmente, para encontrar mi viejo mundo y protegerme en él. Pero mi viejo mundo ya ha pasado y la noche me es hostil.

Mejor quedarse en casa trabajando. Si el enemigo de la noche era Jacob (que prefirió arrasar La Celsa a tirarme a mí por el Viaducto), el enemigo de la mañana es Dimas, el padre de Onésima, la pardala, que anda por Madrid con su navaja cabriterera en alto, buscando al seductor, violador y asesino de su hija, y sin duda ya le han dado mi nombre en todas partes. Del mismo modo que una enfermedad remedia otra, un enemigo viene a sustituir a otro, y Jacob me queda ya muy lejano, pues lo que veo en cuanto cierro los ojos es una hoja de acero, Dimas, pillando en su brillo todo el sol maduro que pasa de agosto a septiembre. Después de muchas horas de domesticidad, me voy al hospital donde convalece, creo, el negro Yves, la gran víctima de esta noche, supongo que bien velado por Electa.

En la calle, bajando del cielo al suelo (mi estudio está más cerca de los reactores que de los klineros), hay un clima de oro, un amago de otoño, una luz blanca que exalta las estatuas y otra luz, más tardía y delicada, que crea estatuas por sí misma, entre el follaje de la Castellana, al fondo de las silenciosas calles de raíl y palacete.

¿Y Dimas?

Yves, el negro Yves yace sobre una mesa de piedra, en los sótanos del hospital, desnudo y tapado sólo con una sábana que deja fuera su cabeza de muerto, su cabeza de poeta, su cabeza guillotizada por el blanco del lienzo y, en último extremo, por el cuchillo neonazi de Jacobo Jacob, el apóstol madrileño del racismo de monóculo.

Por el otro extremo, lo que queda a la vista son los pies de Yves, hombre que siempre midió más que una sábana. Pies grandes, negros, con la planta blanca, bien hechos, pies extraños, selváticos, nada europeos, que tienen mucho de la escultura exagerada de unos pies.

La mesa de piedra está en un pasillo largo y oscuro, a cuyos extremos hay un estallido de luz blanca del hospital. Electa y yo charlamos por encima del cuerpo, de la estatua yacente de Yves. Electa apenas se quita las gafas negras. Fuma y habla con su voz más secreta, la de los grandes dolores y los grandes placeres. No sé si está drogada o dormida o muerta o vieja o qué.

—La bala la tenía alojada en el cerebro. Han hecho maravillas con la cirugía, pero al final se les ha muerto.

—¿Y esta muerte va a quedar así?

—Me temo que sí, Jonás. Ni tú ni yo tenemos demasiada autoridad para denunciar a Jacob.

—No renuncio a escribir algo en los periódicos sobre el asesinato del poeta.

—Me alegra verte vivo y me he preguntado por ti desde la otra noche. Te he buscado por teléfono y por todos los medios.

—Ahora el peligro no es Jacob, Electa. El peligro es Dimas.

—Mira, estoy muy mareada, muy afectada, con mucho sueño. No me pongas acertijos.

—Dimas es el padre de Onésima, la pardala que enterramos en aquel cementerio romántico.

—¿Y tú has hablado con él?

—Sí, pero a estas horas ya debe de saber que el que puede decirle dónde está su hija (el cadáver) soy yo.

—Y yo.

—Te mantendremos a salvo. Me parece que Dimas anda por todo Madrid, con su navaja en alto, buscándonos. Yo he visto esa navaja y te prometo que impone.

—¿Y qué vas a hacer, Jonás?

—Pienso que los de Jacob y la policía ya le han dado mi nombre. No me queda otra que ir a su encuentro.

—Pero eso parece de un western. No eres serio.

El cadáver de Yves, por encima del cual hablábamos, como una caoba inmortal, como un alabastro oscuro, como un silencio tallado, asistía a nuestra mezquina conversación de vivos en peligro.

—No voy a desafiarle. Voy casi a pedirle que me mate.

—¿Y esos alardes de moralismo?

—No es moralismo. Creo que la otra noche salí de casa buscando la muerte.

—Sí, ya sé cómo estás en general, pero espera un poco que entierremos a Yves y luego hablamos despacio, dentro de unos días.

No dije nada. Besé al muerto en la frente. Besé a Electa en las mejillas y salí.

Cerca de la plaza de Benavente, bajando hacia el Madrid que se despeña en su interior revuelto y antiguo, hay una taberna adonde acude Dimas todas las tardes, a esperarme. Me considera asiduo de esa taberna. Parece que las putas de Benavente le han informado mal, aunque lo cierto es que he estado allí alguna vez, tomando café con cualquier pardala, cerrando el trato. Onésima se conoce que iba por allí.

No sé si es de día o de noche. No sé si es invierno o verano. Sé que lo único que me apetece es encontrarme con ese padre loco y su navaja. Estoy seguro de que voy a morir en una taberna pequeña y ruidosa, con el corazón partido. No quisiera que luego mis biógrafos de periódico, los de los obituarios, mis glosadores de urgencia, vieran en esta muerte un gesto ético, ejemplar, yo qué sé. Pero son así de gilipollas. La mediocridad siempre tiende a moralizar. Sólo soy algo que no soporta convivir más con sus hormigas rojas interiores, ni tampoco seguir alimentándolas con la heroína. Sólo sé que desde hace meses sueño con un cuchillo que me entre noble en el corazón, como un chorro de agua fresca y matinal que nos pega con violencia y amistad en la cara.

No quiero morir ni vivir. Sólo quiero dejar de llamarme como me llamo. Dejar mi nombre vacío. Mi nombre, que me ha costado tantos años hacerme, ahora lo quisiera borrar, pero como eso es imposible, lo mejor es que yo me escurra del nombre, como el que se escurre de su ropa, de una ropa húmeda y sucia y odiada. Para eso no hay más que matarse o dejar que te maten. Lo del pico es demasiado lento y las hormigas rojas cada vez son más.

No soporto mis señas de identidad. Me pasé una noche huyendo de unos fascistas que ni siquiera sé si me buscaban. Y es que eso hubiera sido una muerte política, que tampoco quiero. Es difícil decidir en nombre de qué quiere uno que le maten. Ni siquiera estoy desesperado. Del pico podrían curarme. Si me pusiese literario, diría que soy el hombre sin atributos, pero eso ya lo dijo otro. O dejaría escrito algo sobre la soledad, el desconcierto y el vacío del intelectual contemporáneo, que ha perdido el instinto moral. Todo muy bien para los suplementos literarios de los periódicos, pero todo mentira.

Renuncio al último éxito entre mis lectores. Madrid me parece que anda en torno. A lo mejor estoy picado. La taberna es estrecha, corta, sucia, ruidosa, musical, asimétrica, y parece que tiene más parroquia de la que tiene. Una taberna como hay miles en Madrid. La recordaba vagamente.

¿Taberna o bar? Estoy sentado en una mesa del fondo, contra la pared, con una botella de vino negro delante, porque me dispongo a esperar lo que haga falta, mucho o poco. Se podría escribir un buen ensayo light sobre la sutil diferencia entre la taberna y el bar madrileño, pero no lo voy a escribir nunca.

En la taberna, una pardala como Onésima cierra el trato con un maduro como yo. En la

tragaperras suena «El tercer hombre», como siempre. El vino es recio, duro, cálido, fuerte, camarada, de confianza. Casi desearía que Dimas tardase un rato, aunque es su hora, creo, para poder terminarme la botella. Los romanos tampoco se suicidaban nunca sin un buen trago. Estos dos hombres que han entrado no son ligones ni putañeros ni cabritos ni oficinistas que se toman un vaso al salir de la oficina, antes de volver a casa. Yo diría que ha dejado de sonar «El tercer hombre», como si hubiera expectación. Ya sabía yo que la pasma también me andaba buscando. Todo dependía de quien llegase antes. Parece que estoy muy solicitado. No sé si me esposan con las manos atrás o adelante. Dicen palabras burocráticas a las que no respondo, pero soy dócil y sonrío. Sonrío porque lo que yo buscaba era la muerte y lo que me espera es la cárcel, que supone siempre una larga y saludable vida. Esa habitación de la que uno, según Pascal, no debiera salir nunca, ahorrándose así muchas complicaciones. Siempre la literatura, claro. La vida es irónica y no es que deje nuestras plegarias no atendidas, sino que nos da otra cosa distinta de la que pedíamos. Me parece que Truman Capote escribió algo sobre eso. Me gustaría dejar de pensar en escritor. Nos vamos en un coche negro. La verdad es que voy muy confortable entre los dos policías, que se dan tabaco y lumbre por delante de mí.

Una celda de cárcel es una celda de convento. Llevo días o semanas o meses en la celda. Cuatro paredes de cal y la ilustración azul de una ventanita alta invitan más al misticismo que al arrepentimiento. Yo no creo que nadie se haya arrepentido nunca de nada.

Ha habido interrogatorios, claro. Pero interrogatorios tan burocráticos, tan de trámite (los funcionarios no lo disimulan), que uno miente por distraerse, por divertirse un poco, por enredar las cosas, por hacer más interesante esta cosa letárgica que es la justicia.

Una celda sola y encalada es lo que yo andaba buscando por la vida, sin saberlo. Mejor que la muerte. Esto es la muerte en vida, y el preso es el único que goza de su sepultura, que la vive y disfruta. La absoluta carencia es como la absoluta abundancia: un confort, una pureza, una felicidad, un vacío lleno de uno mismo.

Nada tan bello se ha inventado en arquitectura (ni siquiera los griegos) como una celda carcelaria, con su simetría falsa (también la de los griegos lo era), su devoción blanca y su esquina de cielo azul, como ese pico que se dobla en la página, y por el que ya asoma lo que va a venir después. En mi caso, el día siguiente, igual a éste.

Lo de la hero se ha curado solo. Las hormigas rojas e interiores se han muerto de aburrimiento. Lo del alcohol ni siquiera necesitaba curación. Un hombre en su celda de preso es más que Lázaro en su tumba, porque Lázaro esperaba a Cristo y yo no espero nada ni a nadie (suele venir Electa, pero yo nunca la espero).

Lo propio de la cárcel, de Cervantes a Wilde, es que el escritor escriba un libro. Pero yo hace mucho que me había jubilado de escribir. Escribía sólo para ganarme la vida (luego vino lo del trapicheo: el trapicheo es más literario que la literatura). Por otra parte, es un tópico escribir la novela de la cárcel. *La balada de la cárcel de Reading* ya la escribió tío Oscar, porque seguía enamorado, pero yo no estoy enamorado de nadie, ni hombre ni mujer, ni lo he estado nunca.

El *De Profundis* sería un poco cursi. A Wilde, todo eso le salió bien, pero se le nota la estética, el dandismo. Está escenificando su viacrucis, su pasión del Cristo marica. Lo mejor en la cárcel es no escribir nada, respetar la pureza blanca y sucia de estas paredes, donde otros ya escribieron cosas, esas cosas puerilmente atroces que escriben los asesinos y los violadores.

En la cárcel todo el mundo escribe, menos los escritores. El escritor se toma unas vacaciones de cárcel. Los otros creen que escribir es una manera de llenar el tiempo. Yo no sabía lo que andaba buscando, últimamente. Andaba buscando la muerte, quizá. Pero mejor es esto, la muerte en vida, con un crismas de cielo azul y sol tímido colgado ahí arriba todo el año. El pobre Dimas, el padre de la pardala, se conoce que llegó

tarde a la cita. Pero no me pesa. Con la muerte ya contaba yo. Con lo que no contaba es con esta amplitud de vida reclusa, con estas inmensidades de la celda estrecha. Ahora que he dejado de ser yo, doy paso a la vida. Lo que más nos separa de la vida es el Yo.

—Estoy haciendo todo lo posible por sacarte de aquí.

Electa venía a verme vestida como para una boda en Los Jerónimos.

—No tengo prisa.

—Puedo pasarte material, alcohol, lo que quieras.

—Gracias, me estoy quitando.

—Me parece que esto te ha deprimido mucho, Jonás.

—Quizá, pero estoy bien con mi depresión. Mira cómo se oyen los pájaros en el patio.

—Me ha llamado Umbral, que va a escribir algo pidiendo tu libertad.

—Ese cabrón se apunta a todas las causas. El caso es mantenerse. Pero me metió en lo de La Celsa, elegantemente.

—Hijo, estás rarito.

—Estoy contento.

—¿Escribes?

—No soy Oscar Wilde, ni siquiera mi amigo Ruano. Aquí en la cárcel escriben todos los analfabetos. Un escritor no debe escribir de su celda. Queda como místico.

—¿Y no te estás volviendo un poco místico?

—Ni eso.

Electa metía en la cárcel un olor de mundo, de calle, de salón, unos colores de vida libre y alegre que a mí ya no me decían nada. Me sentía muy lejos de todo aquello y muy cerca ¿de qué? De nada. Pero no de la Nada, please. Heidegger, un farsante, y Sartre, un periodista.

—El padre de la pardala parece que sigue por Madrid, con un cuchillo, buscando al violador, al asesino de su hija.

—Pobre Dimas. Por unos minutos y los dos hubiéramos salido de apuros.

¿Es esto Carabanchel, Alcalá-Meco, qué coños es esto? No lo sé, porque ha habido muchos viajes nocturnos, ni quiero preguntárselo a Electa, que pensaría que le estoy tomando el pelo.

—Un beso, Jonás.

—Un beso.

—¿Sabes que picas con la barba?

—Toda la dignidad del preso está en la barba.

—¿Qué dices cuando te interrogan?

—Mentiras.

—Haces bien.

—¿Te masturbas?

—Por Dios, Electa. Entonces sí que parecería un preso.

—Dime algo amable.

—Me alegro de que tú estés en la calle y libre de toda sospecha, como siempre.

—Gracias a eso puedo trabajar por ti.

—Tampoco madrugues demasiado. Mira qué sol, mira qué cielo, mira qué pájaro.

—Lo que digo, un místico.

Nos besamos otra vez y se fue. Tuve que frotarme fuerte con papel higiénico para quitarme el carmín de la boca. Todas saben a puta.

TODA cárcel es de cristal. A veces veo la vida desde mi celda como a través de una ventana. Conozco las noticias antes de que me las traiga Electa. Llegan solas. Anoche se ha muerto Defoe, en su retiro del Escorial.

Defoe se ha muerto de la ausencia de Ada, del desamor de Ada. Defoe se ha muerto de whisky y soledad. Amo su muerte. Defoe se ha muerto mirando las llamas de la chimenea, esa escritura cuneiforme que es el fuego.

Defoe se ha muerto recordando. Yo creo que nunca probó el material en que traficaba- ¿traficábamos? Lo suyo era el whisky. Defoe se ha suicidado lentamente, amargamente, con la paz y la dureza que presidían todos sus actos. Defoe ha muerto o se ha matado en diciembre. Supongo que es diciembre. No quiero preguntarlo. Pero en el ventanuco hay un sol tímido y rubio como un gato niño. Eso es diciembre. Arriba hay un cielo azul y aterido, fragilísimo. Eso es diciembre. Cuando uno prescindie de los datos cívicos, renace en nosotros el hombre natural, lo que Heidegger llamaba a su manera el «cuaternario». Y el hombre natural sabe las cosas porque el universo vuelve a comunicar con él.

Los animales, más sabios, nunca han perdido el comercio con la naturaleza. Los animales amaestrados vuelven al salvajismo en una semana de libertad.

El hombre puede volver a la prehistoria en unos meses de cárcel. Por eso en esta cárcel, que no sé cuál es, se mata, se folla, se riñe, se compite, se ruge, se aúlla (por las noches), se vive y se muere entre constelaciones y carceleros. Defoe era un tipo legal, tal y como yo lo entiendo. Toda cárcel es de cristal. Ha habido más escaleras, más rejas, más interrogatorios, más funcionarios, más patios desolados, con un viento circular de invierno, que es el malo, y que hace girar las hojas todo el día, y hace que a uno le giren las ideas, la cabeza, el cuerpo, el alma, el tiempo, el cielo.

Me estoy salvando, por ahora, de hacer literatura. Electa quisiera que yo aprovechase esto para hacer una novela, unas memorias de la cárcel, unos poemas, algo. Las mujeres son muy prácticas. «La mujer, en el fondo, es un ser usual», dijo Laforgue.

No escribo ni una línea. Electa me trae cartas, libros, papel, una pluma. Todo lo tiro o lo arrincono. En cuanto he dejado de ser escritor he empezado a ser hombre. Defoe ha muerto como un hombre, mirando la escritura del fuego en la chimenea, una escritura que va de derecha a izquierda (se conoce que es como sopla el fuego).

No sé por qué sé que ha muerto Defoe. ¿Y los demás, y los otros, todos? Ni me acuerdo. Quizás me acordaré. La cárcel da tiempo para todo. La cárcel es el tiempo puro en estado puro. Defoe mató a mucha gente, explotó a muchas mujeres y muchos miserables, hizo dinero, vivió, fue seco y entrañable como un padre. Defoe se libró siempre de la cárcel, como los verdaderos delincuentes. Defoe era un dulce asesino, pero era un tipo legal, palabra.

El policía que me interroga ahora es un joven con aspecto de vietnamita norteamericanizado. Tiene las manos anchas (de dar hostias, supongo), húmedas y calientes, y separa mucho los dedos, en unos ademanes de cirujano con los guantes de operar puestos.

El policía (los policías no tienen nombre) es un calvo posterior que lleva el pelo en aureola, en corona de santo, y queda muy bien por delante, pero por detrás tiene la misma calva aureolada que San José. El policía no fuma. Esto ya es una cuestión generacional. Los jóvenes de ahora son sanos. Los sanos son los buenos y los que fuman o se pican son los malos. Está clarísimo. Nunca había estado tan claro.

—Defoe.

—Defoe ha muerto.

—De todos modos le teníamos muy vigilado.

—Sigán ustedes vigilando la tumba.

—Defoe te metió en el trapiche.

—A mí nadie me mete en nada. Me meto yo solo.

—Conmigo no haga usted ingenio de escritor. Me joden los ingeniosos y los escritores. Además, las novelas de usted no me gustan.

—No son lo mejor de lo mío. Pero usted antes me llamaba de tú.

—Yo te llamo como me sale de los cojones.

—¿Ve? Ya ha vuelto a cambiar el tratamiento.

(La verdad es que alternan el tú y el usted según vaya la conversación. El tú es para humillarte o hacerte tiernas confianzas. El usted es para hacer de la Justicia una cosa mayúscula y respetable; también para crear distanciamiento, claro.)

—Todavía tienes heroína en la sangre.

—Imposible. Debo de llevar aquí lo menos diez años.

—Has perdido la noción del tiempo y eso me gusta.

—Quiere decir que estoy destruido. Un hombre sin tiempo...

—Deja la literatura, cabrón. ¿Alguien te pasa material aquí dentro?

—No me trato con nadie.

—¿Y esa puta vieja que viene a verte?

—Es Grande de España, Electa.

—Grande por los cojones. ¿Y qué hacía un rojo como tú con los Grandes de España?

—Picarme.

—Confiesas el consumo, pero no el comercio.

—Exactamente.

—Mientes.

—Por supuesto.

—¿Y por qué me mientes a mí?

—Porque no le conozco y por distraerme.

—¿Quiere que le enseñe las fotos de mis niñas?

—No, deje, son siempre igual. Muy ricas, ya sé.

—De modo que por distraerte.

—La cárcel me gusta, pero los interrogatorios son aburridos.

—Puedo hacerte otros con más marcha, cabrón.

—¿Cabrón? Estoy soltero, estoy separado, bueno, no sé.

—Estás perdiendo el sentido del tiempo y de la familia. ¿Y ese constipaíllo de Umbral, por qué siempre está pidiendo tu libertad en los periódicos?

—No leo periódicos, pero es curioso.

—¿Cuál es curioso?

—Constipaíllo es como le llamaba siempre Lola Flores.

—Al grano. Tienes que confesarte narco, asesino, estalinista y amigo de Carrillo.

—Pero el antiestalinista es Carrillo y anda por la calle. O andaba. ¿Asesino, dice? El policía mueve las manos como aireándolas, para que se le sequen. Es un ademán que no quiere decir nada.

—¿Firmas?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me gusta estar aquí. Y por Onésima.

—Hasta ahora te hemos tratado con mimo. Eres un privilegiado. Pero esto puede volverse un poco fuerte.

—Eso me temo.

—Pues sé buen chico.

—Lo soy. Hasta cuido de la gata del vigilante.

—¿Cómo se llama la gata?

—María. Es siamesa.

—¿No te pasará alguien droga en el pequeño coñito de la gata?

—Y en el culo.

- Mandaré que examinen a María.
- Pero que no la hagan mucho daño, por favor.
- Como todos los cabronazos, eres un sentimental.
- Sí, también Hider amaba mucho a su perro. Me lo sé.
- Vete.
- Gracias.

El carcelero no sé cómo se llama. Los carceleros tampoco tienen nombre. Su gata se llama María. María. María es una siamesa de unos ocho años, solitaria y, cuando quiere, cariñosa. María, por las mañanas (le gusta estar en mi celda) se sube al ventanuco y allí se lame despacio el peluche de sol de su pelo.

María está entonada en ocres y marrones, desde el más mundano hasta el más grave. Tiene las orejas y las patas negras. María tiene unos ojos de un color inédito, entre el azul y el verde. Es un color que no está en el catálogo de la creación. Tendido en mi camastro, mirando a María, que se lame al sol, cuadrículada por los hierros del ventanuco, me parece que he descubierto la paz.

No nada metafísico ni místico ni hostias. La paz. La paz es una cosa concreta, cotidiana, que se fabrica con paz, silencio, gatos, ocio, cal y desmemoria. La paz no es ninguna abstracción. Los libros están llenos de abstracciones sobre la paz. Abstracciones religiosas, humanistas, metafísicas, la leche. Todo es mera mecanografía. No quisiera ponerme edificante, ahora que no escribo nada: por eso me resisto a escribir, porque en la cárcel y en la casa de putas siempre te salen unas cosas muy edificantes.

Unos latigazos a tiempo, o el escozor de un mal polvo, le vuelven a uno moralista. Escribir en la cárcel es tan peligroso como escribir en un convento. Sólo los escritores ingenuos o los exhibicionistas caen en esa trampa. Hasta Genet incurrió en la cursilería de comparar la cárcel con el paraíso. Y sólo porque allí tenía muchos putos para encularlos. Eso es la paz mística.

Umbral y otros, en los periódicos, siguen haciendo campaña política por mi libertad. Se hacen campaña a sí mismos, como siempre.

Espero que a la gata María, si han llegado a inspeccionarla, no le hayan hecho mucho daño en sus mínimas e inocentes interioridades. La gata abre unos ojos enormes, cuando mira hacia adentro de la celda, como una broma de la curiosidad, de su bellísima curiosidad. La gata entorna los ojos cuando mira al sol.

O quizá sea al revés, no sé, tengo que fijarme.

Estoy contento porque hasta ahora me voy librando de la tentación de escribir. ¿Tentación? La verdad es que no tengo ninguna. Ponerme a escribir aquí me parecería tan absurdo y ridículo como pedir una máquina de coser y empezar a coserme la ropa. La página en blanco de la cárcel (de la cárcel en soledad, sobre todo) no debe emborronarse nunca con los signos sucios e históricos del alfabeto. Cada letra remite a un pecado o, mejor, a un error de la humanidad. No estoy arrepentido de haber escrito tanto, pero creo que eso me ha curado y que podré vivir o morir (lo que decida el chico de las manos húmedas) sin volver nunca más a trazar una línea.

María viene a mí, se enreda en mis piernas, o me mira muy de cerca a los ojos. A los gatos no hay que mirarlos fijamente a los ojos, porque se vuelven locos y te los sacan. Pero María me mira como una novia. Más bien como una sobrina de otra especie.

El pelo ocre y seda de María es la mejor piel femenina que he acariciado nunca. Ahora comprendo esa tópica equiparación de las gatas con las mujeres. Sólo que la mujer, la muchacha, madura en seguida, su lenguaje natural es la mentira, mientras que esta gata, aunque viva veinte años, morirá niña, con su mentalidad de chico de cinco años. Lo que he amado siempre en la mujer era la niña, pero la niña se disipa pronto y te queda el ama de la casa o la heredera universal de todos los millonarios del universo.

La mujer no es la heredera del marido. Las mujeres son, por naturaleza, las herederas

universales de todas las riquezas que ha creado o descubierto el hombre sobre la tierra.

Sin embargo, por las noches sueño dulcemente con mujeres conocidas o desconocidas. Es apasionante buscar, detrás de la desconocida, la metáfora onírica de una mujer real que pasó por nuestra vida. Y en eso paso el tiempo, pero no por amor, sino por jugar al psicoanálisis, en el que nunca he creído, pero me distrae literariamente. Como a los surrealistas. A la inversa, habría que saber por qué la mujer que fue buena en vida, sale en sueños con un cuchillo. Y, a la inversa otra vez, por qué la malvada es más dulce que nunca. A lo mejor todo esto lo tienen claro Jüing y Freud y Lacan y los otros, pero yo no. Claro que tampoco me importa.

Onésima, la pardala.

En lo único que pienso alguna vez, con ternura, es en Onésima, la pardala. Me han dicho que voy a tener un careo privado con el padre, Dimas, el hombre loco de la navaja, el cojonazos, que me quiere matar. Hay algo inteligente y noble en la cara de Dimas. Hay pueblo puro. Pero voy a defenderme.

No creo que sea todo esto lo que me trae el recuerdo de Onésima. Lo que pasa es que, de aquella noche loca, complicada, lúcida, mareada y borracha, lo único que puedo recordar es a Onésima, la pobre pardala que la mamaba por quinientas pesetas (a mí no llegó a cobrármelas) y echaba un polvo por mil.

Y encima se creía que estaba haciendo un carrerón. Entre los travestís y el sida, esto de las putas ha bajado mucho. Claro que lo que ha florecido es un lenocinio capitalista de casa de masajes y buenas tardes al señorito. Los ricos folian pulcramente y los pobres cogen el sida. Las enfermedades también son sociológicas y van por clases (me sale, coño, otra vez, hasta pensando, el escritor de izquierdas).

Onésima era una estopa dulce. Venía del pueblo y traía el pajar como incorporado, porque follando con ella olía a heno y te dejaba la camiseta llena de yerba. Pero todo esto es literatura, porque yo apenas follé con la difunta Onésima, hija mía, sino que sólo principió a hacerme una mamada en el rolls del Papa Julián, y más por voluntad suya que por otra cosa. Dejar de ser escritor es tan difícil como dejar de ser monja, que diría un viejo y remoto maestro mío.

Quiero decir que hago literatura mental con Onésima, porque la literatura está en la cabeza y no en la tinta ni en la máquina ni en el whisky. Y mucho menos en el pico, que te hace saltar la cabeza en astillas (la cárcel veo que me está volviendo moralista).

Onésima, sus coletas de paja, su cuerpo plano y adorable. Un escultor me decía que una pared blanca es escultura plana. Pues eso era Onésima. Escultura plana e imberbe. No supe verla, no la vi a tiempo, pero hoy la amo. Ahora que recuerdo, yo sí follé con Onésima, en casa de Electa. Cuando se escribe se es más riguroso, pero yo sólo estoy pensando. Luego, la burra de Electa le dio material a lo loco. Onésima se metió una sobredosis, sin ninguna voluntad de suicidio, como casi nadie, y se mató en aquel baño remoto, mareante y azul de Electa.

Yo no he matado a Onésima y eso tengo que decirlo en el careo, pero decirlo bien, mintiendo, porque la verdad, en estas cosas, siempre suena más falsa que una buena mentira. La justicia ha falseado tanto la verdad que lo mejor es mentir.

Onésima, niña, pardala mía, putilla, amor, te quiero. (Hoy es que alguien me ha pasado una sobredosis de whisky, y a mí el whisky siempre me da lírico, como a otros les da matón.)

TODA cárcel es de cristal. Esto me parece que ya lo había pensado antes. El Papa Julián se ha suicidado con su rolls, como tenía previsto, y la noticia me ha llegado por transparencia. Claro que Electa me lo ha contado en una de sus visitas, pero yo ya lo sabía.

Toda cárcel es de cristal y desde aquí vemos transcurrir la vida exterior como algo silencioso y activo, interesante, pero no demasiado, no como para levantarse del camastro. Algo así como la televisión sin sonido. El Papa Julián estaba implicado en asuntos de niñas mucho más que yo, era un menorero contumaz y además un hijo de puta. Pero el Papa Julián se llevó bien con el franquismo, con la Iglesia, con la Transición y con el PSOE. A mí se me encarcela por menorero y por narco, pero eso no es más que la coartada.

En mí se persigue y encarcela al «escritor de izquierdas», y qué pedante me suena esto, por favor. El Papa Julián, que nunca tuvo problemas con nadie, que a mí me ayudó algo y me perjudicó mucho, no tenía enemigos ni persecutores («persecutor» lo inventó Cortázar y a veces me gusta más que perseguidor, porque la palabra incluye el percutir y repercutir de un arma, tan propios del perseguidor).

Al Papa Julián no lo ha matado el cáncer, sino el miedo.

Tal y como me había contado, se tiró por el barranco del Escorial, en un noviembre nocturno y hostil (ahora estamos, creo, en un enero gris, sin gracia ni palabra). Todos los amigos van a morir en El Escorial. Me refiero a Defoe. Escorial, escoria, moridero de reyes y profanos. Pudridero.

Veo su gran coche negro, alto y antiguo, entrando en la autopista del vacío, primero muy solemne, luego dando vuelcos, finalmente fracasando contra las rocas y las oscuridades de allá abajo. Es hermoso un rolls volando en la noche hacia la muerte. El Papa Julián, después de todo supo ilustrar su vida con un final violento y grandioso.

El tráfico de niñas que hoy se da en Madrid es consecuencia del hambre, de la injusticia social creada por un gobierno socialista. Recuerdo a mi lamentable Lolita, recuerdo a la pardala Onésima. Recuerdo. El Papa Julián era un hijo de puta cancerado que ha hecho bien en matarse —es inmenso mi respeto hacia los suicidas—, y a mí me ayudó mucho siempre, y sobre todo en aquella noche interminable y confusa en que yo huía de no sé qué, de todo y de nada, de lo que ahora me ha llegado, la cárcel y quizá la muerte. Pero, como la vida es irónica, la muerte no me importa y la cárcel me gusta.

El Papa Julián no tenía nada que vender, vendía su nada. El Papa Julián era una de esas nadas, masculinas o femeninas, que se imponen en la vida madrileña por insistencia, por astucia, por gracia, por brillantez, por nada. El cáncer es absurdo y los absurdos mueren del absurdo. El Papa Julián quiso que su muerte fuera coherente con la nada, como su vida, y se anticipó tirándose por el barranco del Escorial. Cómo le admiro, respeto y envidia.

Me han dicho que voy a tener un careo con Dimas, el padre de Onésima. Es lo único alarmante, trágico, doliente, incómodo, que podían decirme. No sé cómo ni cuándo, y prefiero no saberlo.

Viene Electa a visitarme. Se sigue vistiendo de espía de la guerra del catorce.

—Tengo un careo con Dimas.

—¿Y quién es Dimas?

—El padre de Onésima.

—¿La pardala?

—La pardala.

—Onésima se mató sola, la muy burra.

—Ya. Y cuéntame lo demás.

—No hay nada que contar.

—Nosotros la secuestramos, la follamos, escondimos el cuerpo, lo enterramos. ¿Te

acuerdas dónde?
—Vagamente.
—¿Y qué le digo yo a ese hombre?
—Nada. Miente en todo.
—Es lo que pienso hacer, pero no por defenderme, sino porque la amaba.
—¿A la pardala? Si no la conocías.
—Aquí en la cárcel he decidido que la amaba.
—No te creía capaz de sentimientos morales.
—No son sentimientos «morales». Son, simplemente, sentimientos.
—¿Y qué le vas a decir a ese hombre?
—Mentiras. Piadosas.
—Te odia de todos modos. Te va a matar cuando salgas.
—Ojalá.
—Estás depre.
—Vete a la mierda.
—¿Un cigarrillo?
—¿Qué pasó en aquella noche loca?
—No me acuerdo. Todas mis noches son locas.
—Pero yo no he matado a nadie.
—No.
—Onésima...
—Jacobó Jacob...
—No quiero saber nada de ese asesino fascista.
—Mira, Jonás. La noche madrileña está llena de narcos, de coca, de crimen, de pelotazos, de putos negros, de menores, de dinero y mierda. Lo tuyo no tiene mayor importancia.
—Me alegra que estés a salvo, Electa.
—Gracias.
—Nunca diré nada contra ti.
—Eso espero.
—Pero te odio.
—Siempre lo he sabido. En la cama, el amor y el odio funcionan igual de bien.
—No quiero que me salves.
—Pues voy a salvarte.
—Ya sé que puedes hacerlo. No he conocido una mujer que administre mejor su coño. Y eso que es ya un coño viejo.
—Podías haberte ahorrado lo de viejo.
—Pero, aunque esté en la calle, no volverás a verme. —Me necesitas. Jacobo Jacob...
—Yo no tengo por qué pagar tus polvos con Jacobo Jacob.
Tenía que tener un abogado y llamé a Frúbeck. Frúbeck, a pesar de su apellido, es tan madrileño como yo. Recuerdo nuestros paseos, en los cincuenta, por el campus de la Universitaria, fraguando revoluciones sonoras, enormes, adolescentes.
Frúbeck era más moderado que yo, pero en cambio más inteligente. A mí todo se me iba en lirismo. Éramos compañeros de carrera. A él le tiraba el Penal y a mí el surrealismo, o sea que él estaba en lo suyo y yo era un descolocado.
Frúbeck era pelirrojo, cuadrado, sólido y cordial, violento y zorro. Sigue lo mismo. Ha envejecido en rubio, se ha casado no sé cuántas veces, lleva gafas (más por fingir autoridad que por otra cosa) y yo creo que me quiere.
Es una gloria nacional de la abogacía, con mucha nostalgia por su juventud, como yo. Lee mis libros y otros muchos. Es uno de esos hombres milagrosos que encuentran tiempo para todo (porque lo buscan). Con Frúbeck me siento sólidamente protegido, pero ¿protegido contra qué? La cuestión es que yo no quiero que me salven de nada y

le he cogido miedo a la calle, no porque me maten, sino por la calle misma. Frübeck es ese amigo fuerte y firme, natural y bueno, sabio y sencillo, con el que uno cuenta siempre en la vida. A lo mejor no le necesitas nunca, pero es igual, durante muchos años ha sido el Ángel Custodio de nuestra debilidad y lo sigue siendo. Yo a Frübeck le quiero y a veces se me olvida su nombre de pila, aunque sale todos los días en los periódicos. Tiene algo entrañable y macho que uno, con la vejez, va aprendiendo a cuidar.

—Todo son coñas y memas, Jonás. Tú has cuidado más la apariencia, una apariencia maldita y literaria, que otra cosa. Luego se pone uno a mirar papeles y resulta que no sale nada.

—¿Y eso?

—Eso quiere decir que pronto te sacaré de esta celda.

—No me digas que no te gusta la celda.

—Es un living muy aparente para una gloria nacional.

(Frübeck tiene una vena de ironía grave obtenida de sus nobles rudezas jurídicas y personales.)

—Es que no lo quiero dejar.

—Entonces ¿para qué me has llamado?

—Porque quería verte, coño. Y porque me dijeron que necesitaba un abogado.

—Te lo podían poner de oficio.

—Ésos incordian más. ¿Tú esto cómo lo ves?

—Tu enemigo es Jacobo Jacob y tu caso es la muerte de Onésima Basilisa.

—¿Basilisa? Nunca supuse que se llamase así.

—Es el apellido. Y el demandante es su padre, Dimas Basilisa.

—Jacobo es un hijo de puta que se está follando a Electa.

—Eso tú lo sabes y no te importa. Electa lo hace por ti, por controlarle. Pero tu caso, aunque empezó muy confuso, ya te digo que se está decantando por la muerte de aquella menor.

—Yo no maté a la pardala Onésima, y así se lo diré al juez.

—Falta mucho para el juez. De momento tienes que charlar y charlar con ese policía amigo tuyo.

—¿El vietnamita?

—Sí. Hiro-Hito lo llaman aquí, pero es de Cádiz.

—Él sabe que yo no la maté. La noche de autos ya te la he contado.

—Más vale olvidarla. ¿Dónde va a terminar tu narración?

—Cuando Electa se va a la comisaría a sacar a la putilla.

—¿Con Yves al volante?

—A Yves lo mataron de un tiro a la puerta del Casino. Por ahí se desvía el tema.

—No me parece mal. ¿Por qué no quieres contar el resto?

—Porque me duele, porque no quiero emputecer más a Onésima, porque aquello fue una idea de Electa y de Alejo.

—Y además no te beneficia.

—Eso me da igual.

—Estás deprimido, coño, joder, hay que salir de aquí.

—Cuando tú digas.

—Yo lo veo fácil, pero me parece que no quieres.

—Al menos no tengo prisa. Hay una gata que se llama María.

—Tú y tus gatos. Un abrazo, Jonás.

—Un abrazo, Frübeck.

Y nos dimos ese abrazo cordial, social, verbal, que no entiendo por qué nunca se da fácticamente.

El patio de la cárcel es grande, irregular y desolado. Arena y ladrillo, ladrillo y arena. Me

gusta pasear por el patio de la cárcel cuando no hay nadie, como en este enero de sol y frío, de viento y catarro, y los pies se me hunden en la grava, estos zapatos de piel fina (he conseguido que me los devuelvan), estos zapatos de tafilete que han pisado mucho la indudable noche, con los que recorrí aquel sueño de putas y de muertos, de amantes y fascistas, de donde ahora salen todas las acusaciones, aunque las acusaciones venían de más atrás.

No quisiera ver a Frúbeck ni a Electa ni al policía de las manos mojadas ni a Jacobo Jacob, que vendrá un día, ni a nadie. Sólo quisiera ver, en todo caso, a Dimas, al pobre Dimas, y contarle unas cuantas mentiras piadosas para que comprenda que yo no maté a su hija, pero que estoy dispuesto a morir en la horca por ella. Lástima que no haya horca. Me parece que voy a escribir un artículo desde la cárcel pidiendo la pena de muerte, pero para mí. Lo malo es que creerían que estoy arrepentido, y yo no estoy arrepentido de nada, si es que algo malo he hecho, sino arrepentido de la totalidad.

Arrepentido de vivir.

Paseo por el patio vacío, recorrido por furias de sol y viento, toda la pureza de enero pegándose en el pecho, como un boxeador joven y sin malicia. Quisiera esta soledad para siempre, esta paz, la castidad sencilla de los guijarros, tan minuciosa, el odio soleado de los cielos, que recorre el mundo como una bandera blanca, dorada, desconocida, violenta.

Quisiera el viento de este patio que se encallejona, su olor salvaje a tigres muy remotos, a metales que nos odian de lejos, a naturaleza grande y sola que sigue ignorando al hombre. Quisiera estos ladrillos, esta monotonía española del ladrillo, pasar las manos (qué estropeadas mis manos, como si me hubieran robado unos finos guantes) por las altas paredes de ladrillo, tocar su color de naranja muerta, de sol pobre, de geometría triste, vacía, sin imaginación.

No fabrican cárceles de diseño y hacen bien. El Estado sabe lo que hace. El diseño, el arte, la gracia, supondrían una irrupción insolente y estúpida en la vida del preso, como una vieja marquesa haciendo el saque de honor en un partido de tercera.

La cárcel tiene que ser la cárcel, una economía de líneas y colores que nos salve del mundo y sus azafatas.

La cárcel tiene que ser esto, con la sola angustia de las visitas y los interrogatorios. Pasearía hasta la noche por este patio de arena, grava y ladrillo, mirado quizá por otros presos, pero eso me da igual, dejando que el viento me arranque las camisetas del yo, hasta llegar a una pureza que no es la del ángel ni la del demonio, horror, sino sólo la pureza de las cosas caídas, de los bidones abandonados, de los bidones humanos en los que el sol, cada mañana, imagina una herrumbre de oro, sucia y bella, un pedazo de mi corazón, que dijo el otro.

ALFONSO Huero es el único preso con quien me relaciono en la cárcel. Alfonso Huero es un intelectual que vivía en San Sebastián, como Bergamín o Sastre, en supuesta complicidad con ETA. A mí me parece que lo de Huero no es grave, pero él lo engrandece mediante su palabra lenta y solemne, porque sin duda lo suyo es el papel de víctima, y ahora, con la democracia, tiene pocas ocasiones de ejercerlo.

También el poeta Gabriel Celaya volvió a su San Sebastián natal, en los últimos años, más por potenciar su postura político/literaria, supongo, que por otra cosa. En la España de hoy, cuando un intelectual va en baja, se va a vivir a San Sebastián o a Bilbao, y eso ya le potencia mucho, aunque siga siendo igual de malo o de bueno. Tampoco hace falta que tenga contactos con ETA. Basta con la vecindad.

Alfonso Huero es alto, delgado, triste, enfermo, con cara de hígado, ojos de mártir, bigotillo de postguerra y toda la tristeza del fracaso intelectual en sus dobles ojeras y sus cigarrillos lentos, continuos, cancerígenos.

—Sigue habiendo presos políticos en la democracia, Jonás, aunque no lo creas.

—Yo soy uno de ellos.

—No. Tú eres un intelectual frívolo que coquetea con todo.

—Me acusan de cosas más graves que a ti.

—Pero saldrás antes que yo.

—No creas. Tu liberación la pide *El País*, y la mía sólo la piden cuatro desprestigiados como Umbral.

—Sólo se te acusa de delitos comunes.

—Si lo que quieres es que me vaya a la mierda, Alfonso, pues me voy.

—Cálmate, hombre, y toma un cigarrillo.

—Estoy calmado y no fumo. Los delitos comunes sólo son la coartada para entrullarme por otras cosas. Y no vamos a entrar ahora en la infantil polémica de quién es más rojo de los dos.

—Tú estás aquí por frívolo, insisto.

—Y tú. Irse a vivir a San Sebastián, sin ninguna necesidad, es sólo una manera de potenciar tu ensayismo, que murió con Franco, por cierto. Pero no he venido a la cárcel a hacer política.

—¿A hacerte la propaganda, quizá?

—Quizá. Y a cuidar a una gata que se llama María y no sabe que vive en una cárcel.

—Rehúyes el tema.

—Digo que se puede estar con ETA o contra ETA, pero no utilizar a ETA para que lo que escribe uno vuelva a funcionar como en tiempos de Franco. Todos hemos muerto con Franco, Huero.

—Sobre todo tú.

—Sobre todo yo, sólo que a mí no me importa y lo he escrito en los periódicos y en mis libros.

—Has tirado la toalla.

—No voy al boxeo.

—Tenemos que seguir hablando.

—Tengo un siglo por delante.

—Cuando salgas de aquí, Jonás, ten los cojones de contar que soy un preso político, y eso clama contra la democracia.

—¿Y qué te hace pensar que voy a salir?

—Sé que la marquesa viene a verte.

—Ya no recuerdo si es marquesa o duquesa.

—Es igual. Electa está haciendo por ti. Siempre has coqueteado con la aristocracia y con el Poder.

—Querido Huero, hay un juez que me espera ahí, cualquier día de éstos. No me impresiona nada que te obstines en ser mi juez anticipado.

Huero fuma mucho, me deja la celda llena de su olor a tabaco negro y a pobre, con su dialéctica de picadura y su lento liar conversacional de los cigarrillos.

—Insisto, Jonás. Saldrás antes que yo.

—Te recuerdo otra vez que tu liberación la pide *El País*, y la mía no. Aparte de que no tengo ninguna prisa por salir.

—Yo hago falta en la calle.

—Tú siempre haces falta en todas partes, Huero. Mi felicidad, recién descubierta, es que no hago falta en ninguna parte y me encuentro bien aquí.

—Te morirás de cínico.

—Eso espero.

—Yo no creo que esté todo perdido.

—Yo sé que estoy perdido yo, y con eso me basta.

—Sé que Electa te va a traer a Jacobo Jacob.

—Sí, se lo está tirando a ver si consigue quitarle la idea de matarme.

—Sois tal para cual.

—Por eso no debiera matarme.

—La izquierda no morirá nunca, Jonás. La izquierda es esto que tenemos, si lo mejoramos.

—Siempre fuiste un posibilista.

—Y tú.

—Al final, por posibilistas, estamos los dos entrullados.

—Yo conozco bien la cárcel. Estuve sentenciado a muerte y...

—Eso viene en todas tus biografías.

—¿Por qué me hablas así, si estamos del mismo lado?

—No creas, Huero, yo soy la izquierda festiva.

—Siempre lo fuiste.

—Y me asusta tu fanatismo de izquierdas, que además no es verdad.

—¿Es más verdad lo tuyo?

—¿Y cuál es «lo mío», eso que llamas lo mío?

—Tienes razón, nada.

—Querido Huero, yo admito que la izquierda ha perdido la batalla en la Historia. Surgirá otra izquierda, sin duda, algún día, pero eso es ya política ficción y me da igual.

—La izquierda sigue viva en mí.

—Claro, eso fortalece tu biografía, Huero. No puedes renunciar a ello. Pero la verdad es que estás tan vacío como yo. Sólo podemos parecerles rojos a estos mierdas del PSOE y a Jacobo Jacob, por supuesto.

—No tienes derecho a...

—Y tú no tienes derecho a fumar tanto en mi celda. He descubierto el aire puro, ya de viejo, y me jode que vengas a estropeármelo.

—No eres más que un pequeño cabrón.

—Eso.

(Con el tiempo supe que a Alfonso Huero le habían interrogado sobre mí, como a mí sobre él, y que había informado muy mal, poniéndome casi una denuncia. Yo me limité a decir de Huero que era un pobre hombre de pensamiento elemental, que sólo enriquecía en sus ensayos con citas de otros, confesadas o no. Las gentes de la izquierda siempre nos hemos llevado muy bien en España. Así nos va.)

A Jacobo Jacob lo recuerdo con el pelo lleno de fijativos, o bien con una melena echada hacia atrás, chispeante de canas, y la voz bronceada. Llamo voz bronceada a la que broncea un acento como el andaluz, lleno de majestad y populismo.

Desde que Electa me ha dicho que Jacob se pasará a verme (solo o con ella, no lo sé), pienso mucho en él, sin querer, cuando estoy tumbado en la colchoneta, mirando el sol de enero, el perfil asirio de la gata María y el pico doblado de cielo azul, como una página de Rubén.

Jacob no sé si viene a matarme. Ella dice que no, está trabajando precisamente para eso, se está acostando con él por ganárselo, pero, en Electa, el acostarse con un hombre tampoco es así como un sacrificio numantino.

Jacob Jacob va de torero que no lo fuese, más que de ganadero, con el nudo de la corbata muy apretado y las manos cuadradas de esos ricos andaluces que, mal o bien, siempre han trabajado en el campo y domado toros y caballos.

Jacob tiene una belleza de romano que va perdiendo el perfil, hace negocios en Madrid, cuida sus huestes patrióticas y persigue el narco callejero porque el suyo es de altura, como persigue a los negros, los gitanos, los homosexuales, los drogados, porque sus campañas por limpiar la ciudad le ayudan a eliminar competencia. Un Ayuntamiento de derechas se lo permite.

Yo no tengo nada que hablar con este tipo ni sé por qué quiere venir a verme. Ahora que deseo tanto morir, lo último que desearía es que me matase ese gángster hortera y andaluz.

Jacob representa toda una oligarquía a quien molestan mis libros más polémicos y mis artículos más desesperados. Se sienten denunciados cada día. Mientras yo me juego la vida en territorio enemigo (o me la jugaba), mis colegas y otros intelectuales, como Huero, dicen que soy un frívolo, algo así como la izquierda festiva.

Todos tienen algo contra mí, no sé qué, empezando por Umbral, que es el que más pide mi libertad, sin haberse molestado en venir nunca a verme. Lo cierto es que ya estoy entrullado, mientras unos y otros andan por la calle. Me gusta, como vengo diciendo, esta paz encalada que he descubierto en la celda, este monacato sin dios, esta hostia, pero ellos creen que me tienen jodido.

Lo que quisiera es quedarme aquí para siempre, y eso Jacobo Jacob no puede entenderlo. Cree, sin duda, que «me tiene cogido», que es como lo dirá él. ¿Cogido? Nunca he sido tan libre. Sólo en las cárceles se respira libertad. Ni siquiera hay que escribir. Mi muerte sería una fiesta para ellos, y esto es lo único que me jode. Mi muerte sería una fiesta para mí. Si los tuviese a mano, leería a Sócrates, a algunos malditos, a los únicos que han descubierto esta mística sin dios del no hacer nada. Repito a Pascal: «Todos los males le vienen al hombre de no estarse quieto en su cuarto.»

Cuando llegué aquí las paredes estaban llenas de dibujos, caligrafías, anotaciones, cuentas, cifras y jeroglíficos. Era la escritura cuneiforme y eterna de la muerte, de la prisión, del hombre enterrado en vida, que va diciendo su alma al mundo, a una posteridad imposible y sórdida, mediante nombres de mujer, calendarios de cárcel, multiplicaciones, cartas urgentes, breves y liberadas de toda ortografía (la ortografía se deja a la entrada, con los calcetines).

También había penes, mujeres desnudas y mal dibujadas, pero que tenían la emoción de una sexualidad naif, de un amor analfabeto: esos dibujos que hacen del desnudo femenino un monstruo de gran coño y manos atrofiadas, porque el preso tiene una idea mítica y terrorífica del cuerpo femenino, como el niño. El preso empieza o vuelve a ser el niño desde que entra en reclusión.

Y, asimismo, frases homosexuales, peticiones de café, limas, tabaco, plátanos, alcohol, espejos, tijeras, condones, sellos antiguos, un perro o unos calzoncillos. Yo me distraía leyendo todo aquello, examinando las paredes, pero el pueblo inventa poco, qué le

vamos a hacer, y el conjunto pronto se me hizo monótono, aunque lo sentí cuando encalaron las paredes y fueron desapareciendo los palimpsestos de la reclusión, los códices miniados de los monjes atroces de la cárcel, la vieja cultura del primitivo, porque así como un gato puede volver de la domesticidad a la selva en una semana, el hombre vuelve a la prehistoria en una tarde, en cuanto le dejan solo y atado.

Por esos grafitos de prisión se comprende que llevamos el homínido a flor de piel, que nuestra alma es la cueva de Altamira y que lo más profundo que tenemos que expresar es el homínido de Grossetto o una puta de puerto.

El homínido de Grossetto, si hubiese podido, también habría pintado o marcado en la roca una puta de puerto, que al fin y al cabo es la imago suprema de la mujer cuando nos han dejado sin mujeres, ya que en la puta de puerto se reúnen sexo y distancia, el mar, madre y viaje, los dos polos de nuestra escasa vida interior.

Pero al día siguiente de tener las paredes limpias, blancas, me olvidé de Altamira y de mis predecesores en la celda, dulces asesinos de Genet, deslumbrado por aquel sol de cal, por aquella cal de sol, y nunca he sentido la tentación de escribir nada en estas paredes, por razones que ya se han dicho aquí y porque al fin he descubierto la grandeza pictórica del blanco sobre blanco, yo que había gustado más de la pintura barroca.

Me lo dijo una vez Gregorio Prieto, aquel pintor de dibujo musical, aquel hombre de sillita baja, aquel manchego que siempre estaba guisando mojete o ilustrando líricamente a Cernuda:

—Una pared blanca es escultura plana.

Cómo recuerdo ahora la frase, todos los días. Este cuadrado de cal y sol y sombra es la escultura más hermosa que yo haya visto nunca, desde Grecia al arte abstracto.

La cultura no ha sido sino un largo pie de página que le hemos puesto a la creación más elemental e inspirada del hombre: una pared, una herramienta, un geranio en un bote, unas sandalias griegas, con cintas, para el pie en huida de la muchacha. La cultura nos comenta y nos complica. La Justicia, esa variante ominosa de la cultura, nos somete a sus sacramentos negros y nos borra la nariz, que es la personalidad.

Lo mío, ahora, parece que es cosa de la Justicia. Pero a la Justicia sólo tengo que agradecerle lo que ella no sabe: estas cuatro paredes.

CULO Rosa cabe mal en el asiento de la silla, pero que se joda. De vez en cuando se levanta y da un paseo por la celda. Quizá tenga hemorroides. Se empina junto al ventanuco, pero no llega a ver nada.

Suelo recibir a la gente tirado en el catre, con la espalda contra la pared, y las visitas, una o varias, que se arreglen como puedan con la única silla.

—Creí que venías a tirarme otro vaso de whisky a la cara.

—Aquella noche estábamos todos borrachos. Hoy vengo en visita profesional.

Culo Rosa es un crítico independiente vendido a una editorial. A veces ocurre. Culo Rosa no ve de un ojo. No es que le tenga raro ni cerrado ni tuerto ni con una nube. Es que no ve nada de un ojo, y esto se sabe, pero además puede observarse mirándole directamente.

—Estoy seguro de que escribes algo. Las memorias de la cárcel, una novela de la cárcel, un diario, yo qué sé. Todo nos interesa.

—No esperéis de mí *La balada de la cárcel de Reading*.

—¿Dónde tienes los papeles?

—No esperéis de mí el *De Profundis*.

—Lo tendrás todo debajo del catre. Hasta tienes aquí una mesita para escribir.

—En todas las celdas hay una mesa igual.

—Es mucho dinero el que vamos a anticiparte.

—Y además no tendrás más remedio que hacerme una buena crítica.

—Yo cumplo con conseguir el original.

—¿Eres mi agente literario?, ¿quién te ha nombrado?

Culo Rosa fuma con una mano gorda y temblona. Culo Rosa ha fumado siempre, pero no sabe fumar.

—Todo lo tuyo interesa hoy. Al público y a nosotros.

—Te prometo que no estoy empezando el Quijote en Orán.

—Tú no puedes estar sin escribir.

—Ya sólo uso la mano derecha para hacerme gayolas.

—Cartas. Seguro que escribes cartas a alguien. Nos interesan tus cartas.

—Te prometo que no soy Quevedo en San Marcos de León. ¿Sabes lo que escribió Quevedo a un amigo desde San Marcos?: «He llegado hasta aquí precedido, como siempre, del pálido rebaño de mis enfermedades.»

—Y si no estás haciendo nada, realmente, te anticipamos un dinero y un contrato para que empieces.

—Quevedo. Borges posaba de sajón pampeano, de dandy de Harvard, de gentleman y de genio, y lo era. Pero su mejor poesía de quien tiene mucho es de Quevedo, y eso tenías que haberlo visto tú alguna vez, que para eso eres el Gran Crítico con mayúsculas.

—¿Nos vas a hacer un ensayo sobre Borges?

—Yo escribo una cosa de la cárcel o de la madre que te parió. Vosotros, como estáis seguros de que lo mío va mal, esperáis a que me echen cadena perpetua para publicarlo. Cuanta más pena, cuanta más culpa, más caro el libro y más ediciones.

—Por lo menos serías un preso rico.

—Llega un momento en que hay que estar en la cárcel o con el sida para que los críticos se acuerden de uno.

—Jonás...

—Leopoldo María Panero es mucho mejor poeta a medida que está más enfermo. Vende más, te interesa más como crítico.

—Jonás.

—Vete a la mierda dulcemente, Culo Rosa.

—Dime por lo menos si estás escribiendo algo, aunque no sea para nosotros.

—Mira, con la izquierda me la meneo y con la derecha te escribo un best seller.

¿Contento?

Culo Rosa vuelve a pasear por la celda. Creo que las hemorroides pican. Lo he leído en algún sitio. Culo Rosa enciende otro cigarrillo.

—Me estás llenando esto de humo y de mierda. No fumes más porque ya es la hora. Tienes que irte.

—Me voy, pero volveré. Nadie te va a pagar más que nosotros.

—Como agente eres casi peor que como crítico. Las almorranas no te dejan quieto y eso pone nervioso al escritor. Los escritores somos almas muy sensibles. Otro día vienes con el hemorroidal ya aplicado, Culo Rosa, amor.

La cárcel es un solo preso, un solo hombre (quinientos o mil hombres), en una sola musculatura masculina que se mueve unánime y sudorosa según los horarios, las costumbres, las rutinas. Por debajo de la cotidianidad del crimen, la homosexualidad, la droga, la amistad, la evasión, el miedo, el ruido, la furia y el silencio doble de los muertos.

Yo antes no sentía en la cárcel, me encontraba solo como en un convento poco habitado. Ahora, a medida que la cárcel ha ido entrando en mí, siento respirar a la cárcel, siento en mi piel y mi alma el latido negro de tantos cuerpos, la impaciencia roja de tantas almas, la gimnasia del crimen y el grito mudo de la violación.

La cárcel, desde que soy consciente de la cárcel, me pesa un poco más, pero procuro reducirme a mis paredes blancas, mi gata María, que es de otro, mi ventanuco de cielo azul, como el pico doblado en una página de Rubén, no sé si esto ya lo he pensado otra vez, uno tampoco está inventando cosas todos los días, hay que joderse.

La cárcel es un solo hombre que madruga, hace gimnasia, duerme, juega, ama, come con rebeldía y da vueltas a un rayo de sol, en el patio, como si fuera la aparición de la Inmaculada Concepción en bragas.

Me gusta la cárcel, pero me pesa un poco, ya digo, la presencia invisible y gravitante de tanto hombre dormido, de tanto asesino con sueños de niño, de tanto etarra por cuya memoria desfilan caseríos, de tanto narco que mastica la coca como si fuera bicarbonato, un bicarbonato para locos, un Torres Muñoz para suicidas.

Todos tienen úlcera en la cárcel, úlcera de soledad, de miedo, de impaciencia, de huida, de rebeldía, de sumisión, de asco. Yo, desde que no bebo ni fumo ni me drogo ni escribo, estoy mucho más sano en la cárcel. La cárcel tiene de hospital todo lo que los hospitales tienen de cárcel con lacitos.

Como no conozco a casi nadie, el hombre gigantesco y mutuo de la cárcel pesa sobre mí con exceso, como un sudor de sangre o una fiebre oscura. Creo que estamos en enero o febrero y hay pocos días de sol. Esto hace más infame el espesor de la cárcel. Luego sale una mañana clara y fría, como un naipe inesperado, y la gata María viene a mi regazo y dormimos los dos, en el catre, llenos de una ternura infinita, siamesa y rara. Hasta que María trepa al ventanuco y corre por los cielos sin que yo pueda verla, porque ella no sabe que no es libre, y por tanto lo es. Me deja en las manos un olor a día primero de la creación, a infancia y odio, ese dulce odio de mis amados animales.

ERA un cuerpo moreno y sureño, era un cuerpo largo y peligroso, era una carne suave, como pescado femenino, era una mujer llena de ese gitanismo de las hispanoamericanas, de algunas hispanoamericanas, era una sorpresa, una violencia y un orgasmo.

Había llegado a la cárcel, la periodista suramericana, para hacerme una entrevista. No sé si he dicho ya que me gusta más recibir en la celda que en las frías y conventuales salas de recibir. Estas mujeres tropicales, o lo que sean, lo explican todo en seguida con la mirada, de modo que entendí el juego y me divertí, de pronto, me apeteció. Al carcelero, con quien había tejido una complicidad a través de su gata María, le hice una seña y corrió el búnker o telón de metal que nos aislaba del resto de la cárcel, y la periodista no pareció asustarse de aquella reclusión con un desconocido, con un delincuente. Creo que más bien eso la sofocó y la enardeció.

Aunque disponíamos de la soledad y del catre, la primera fornicación la hicimos de pie, contra la pared blanca de la celda, vestidos, y reencontré lo que ya había olvidado en esa castidad de la memoria: una vagina quemante, una miel de fuego profundo y muy abajo, unos pechos grandes, más entregados que bizarros, más sabios y dulces que primaverales. Toda ella era una vuelta de la mujer (casi dan ganas de ponerle una mayúscula), cuando la cárcel, como un convento, me había vuelto ascético, impotente, puro de nada y para nada, yo qué sé.

Quizá aquellos orgasmos fueron más profundos y absolutos porque yo no contaba ya con las mujeres, porque la soledad había propiciado la tendencia natural de mi edad: la abstención.

La segunda fornicación fue en la cama, en el catre, sobre una manta que por primera vez me olió a mí mismo, y creo que a ella le gustó ese olor a hombre acumulado durante meses. Cuando se vive así, los sueños soñados quedan sobre la manta como dibujos persas, haciendo de ella una alfombra vieja, vivida, cálida, propicia.

La periodista, cuyo nombre no le pregunté nunca ni recuerdo si me lo dijo, era de esa gitanía de las españolas de allá, con el pelo tirante y larga raya en su cabeza pequeña, fina, bonita. El negro de sus ojos era un poco oblicuo. Tenía boca de niña enferma y una lengua espesa de padecer de algo, pero muy sensible, muy propicia al largo beso, a la complicación de las bocas, que siempre son como chacales mordiéndose cariñosamente en el desierto de la carne.

Desnuda y follada, admiré a aquella falsa andaluza, la anchura esbelta de sus hombros, la estrechez atlética de sus caderas, el dibujado y pastoso derramamiento de sus pechos (pezones de gran rodela oscura).

Pasé mi mano de preso, mi mano de monje, mi mano casta, por la suavidad de aquellos pechos, que eran como las dos colinas tranquilas de la ciudad soleada de su cuerpo. Pasé mi mano por su vientre plano y largo, por su suave, hilado, aseado pubis, por los músculos largos de sus muslos, que eran como los de las atletas de las olimpiadas, que se ven en la televisión (las atletas negras).

Besé una sangre criminal que se doraba en sus hombros, mordí hasta el grito, mordí su pubis largo y alto, sus pies largos y delgados, sólo de dibujo y caminata. Era la mujer que en la cama no se queja de nada, no se duele de nada, la mujer que en la cama lo hace todo sin maestría excesiva, pero desplegando toda la inteligencia natural del cuerpo y toda la intuición del sexo.

Nos miramos mucho, pero apenas hablamos.

Besé sus nalgas breves, altas, mordí sus glúteos finos, pero no infantiles, pasé un dedo por el dibujo de su cadera estrecha, intenté la cosa por tercera vez, pero ya no pude. Ella prolongó el amor, como suelen las mejores, mediante caricias, juegos de la lengua, besos voladores, y no sé el tiempo que pasó. Comprendí que tenía allí una mujer profunda, toda ella vagina, una mujer sensible, sentidora, iluminada por la inteligencia oscura del amor. Una mujer para mucho tiempo. Pero hubo que vestirse, descorrer el

telón, con cuyo desgarró metálico huyó toda dulzura; hubo que despedirse, gracias, creo que tengo un gran reportaje, vos sos famoso allá, las fotos me las han dado en un periódico, no, no volveré a verle, mañana vuelo a América, y su olor a lujo, viaje y vagina. Al día siguiente, recordándola, pensé hacerle un poema sobre la blancura de la pared, pero al final opté por la pureza de lo blanco y la riqueza de la memoria.

Hans se quita y se pone las gafas negras, enrosca sus largas piernas en las patas de la silla, se echa colirios en los ojos irritados, pone su cara de dolor de estómago y me dice:

—Jonasito, no sé cuándo vas a salir de aquí.

—No tengo ningunas ganas.

—No te comprendo últimamente.

—Estoy cambiando, ya sabes.

—Es lo que te faltaba. Una frase de místico.

—No es eso. Es que la calle está peor.

—Mira, en la calle tienes a Jacob, al padre de la chica, a la derecha y a la izquierda, que todos te odian, pero debes salir y dar la batalla.

—¿Qué batalla?

—A quienes creemos en ti no puedes dejarnos tirados. ¿Viene a verte Electa?

—Electa y otras.

—¿Te dejan follar aquí?

—Parece que sí.

—Te estás enterrando en vida.

—Prefiero esto a que me entierren ellos.

—Creo que tienes encima un gran complejo de culpa.

—Ninguno. Sólo lo siento por la pobre pardala, pero no fue cosa mía.

—Jacob y Electa se han casado.

Me quedo en silencio, recostado contra la pared, tendido en el catre, con la gata en brazos. No sé si me alegra, me sorprende o me da risa.

—Yo creo que lo hace por ti, Jonás.

—Es posible. Va a comerle el coco a Jacob o a llevárselo de Madrid.

—Vendrán a verte.

—No sé.

—A Jacob le conviene desaparecer de Madrid. Andaba en eso del antiterrorismo.

—¿Jacob cobraba del Gobierno?

—Los fondos reservados y eso.

—Sigues siendo el mejor periodista de Madrid, Hans.

—Ya ves que Jacob no puede hacerte daño. Tiene a la pasma detrás.

—Electa se lo va a llevar lejos, seguro. Está hecha una Juana de Arco.

—Te quiere.

—Yo no. Pero se lo agradezco y no la creía capaz de tanto, aunque ésa se casa con un caimán y se tira una camella de Tenerife, si hace falta.

Demasiadas noticias. Quedamos en silencio. Hans se quita los zapatos y se masajea los pies. Se quita las gafas y se masajea los ojos. La úlcera le debe de estar jodiendo el estómago. Hans es un amigo, pero también me gustaría que se fuese, para pensar a solas. O mejor para no pensar.

EL policía juvenil de manos sudadas tiene hoy su sonrisa más optimista. Y una escandalosa camisa de rayas gordas (siempre está en mangas de camisa).

—Juarecito.

—Juarecito.

—¿No era un pequeño camello?

—Quizá.

—¿Al servicio de Defoe y de Jonás?

—Yo nunca he estado metido en eso.

—Bueno, pues al servicio de Defoe.

—No lo sé.

—Aquella noche mató a un hombre.

—¿Qué noche?

—No me jodas, tío. La noche famosa, la noche de autos, la noche más importante de tu vida.

Guardé silencio. Una cosa así como febrero entraba por la ventana. Todo debía de estar floreciendo ahí fuera, pero tampoco me apetecía salir. El joven policía optimista, japonizante y simpático, hizo un esfuerzo para no perder su sonrisa:

—Aquella noche, Juarecito mató a un hombre con una dosis adulterada.

—No creo que Juarecito hiciera eso nunca sabiendo lo que hacía. Juarecito era un ángel mejicano que ni sabía cuál era el mensaje que portaba.

—Mejicano y maricón.

—La homosexualidad ya no es delito, digo yo. ¿Por qué le mataron?

—¿Y quién le había cargado al camello?

Me encogí de hombros.

—Defoe, tu querido Defoe, el difunto Defoe.

—Tampoco creo que Defoe conociese la calidad de lo que pasaba por sus manos.

—¿Cuál era tu función en ese ilustre gang?

—Ponerle un poco de literatura al asunto, que nunca supe que fuese asunto.

—Yo te diré cuál era tu función: introducir la droga entre los intelectuales y las clases altas, la pomada, los hight, los biutis, le gratiné.

—¿Y eso cómo se hace?

—Eso tú sabrás.

—Yo nunca hice nada.

—Tu presencia contagia, Jonás. Eres como un virus, como el virus de la gripe o del sida, yo qué sé. Todo lo que tú haces acaban imitándolo.

Volví a guardar silencio. Aquello me parecía literatura mala.

—¿No te defiendes?

El joven policía tiene una simpatía horizontal que invade. Es el Hiro-Hito de todo este laberinto. Pienso en la gata María, que ha quedado enroscada sobre mi catre, durmiendo su siesta de la mañana, sin duda bien follada por los gatos de medianoche. Respiro el sol amable de la hora.

—Es aburrido e inútil defenderse. Usted siempre va a tener razón. El Estado emite razón y razones como emite billetes de diez mil.

—Pero yo no quiero que te condenen.

—El viejo truco para darme confianza. No soy un membrillo.

—Estuviste en la muerte de Juarecito.

—Claro. Y lo mató en Ciudad Romana Jacobo Jacob o uno de los suyos. De eso no hablan los periódicos.

—Tú sabrás, que eres periodista. Luego, por la mañana, volviste a lo de Juarecito.

—Fuimos Hans y yo al entierro. Llevamos el ataúd de tablas de pescado, malamente pintadas de blanco, a través de los campos, buscando un cementerio. Ni Dios sabía dónde podía haber un cementerio. Debajo de la pintura blanca se leía «Muy frágil» o

algo así. Esas cosas que ponen en los embalajes. Pero Juarecito, realmente, era muy frágil. Jacob lo mató ¡no pasa nada!

—¿Y a qué tanto amor por aquel maricón?

—Era débil y bueno. ¿Por qué no cogen al asesino?

—En el entierro estuvisteis todos.

—No sé.

—Tengo la lista. No faltó ni el difunto Defoe.

—Entonces estaba vivo.

—Quiero decir, en fin, que sois, o más bien erais una mafia.

—Qué bonito. ¿Y Jacob no es una mafia?

—Si me ayudas te saco.

—Se está bien aquí. Jacob trabaja para el Gobierno.

—Luego irás a peor.

—Lo que usted diga.

—¿Sabes que leo tus libros?

—Gracias.

—¿Vas a colaborar?

—No.

—Retírese.

El pensamiento carcelario es el pensamiento altruista, el pensamiento para nada, el pensamiento que sólo piensa en pensar. La gente viene a la cárcel a pensar en cómo salir de la cárcel. Yo, que no quiero salir ni entrar, me dejo llevar por el pensamiento puro o natural, que es el pensamiento que se desborda, hace meandros y se pierde. El pensamiento filosófico tradicional es contra natura, porque la actividad natural, espontánea, del cerebro, no es ésta. No se piensa en línea recta, una cosa tras otra, dialécticamente. Pensar es dispersarse.

La lógica no es más que una siniestra herramienta de la que nace la dialéctica. La lógica tiende a empaquetar las cosas, a hacer un mundo museal, pero el pensamiento carcelario me parece a mí que es un pensar el mundo cuando no se puede vivir el mundo, ni quizá se desea.

Yo no escribo en la cárcel nada de lo que pienso, como quizá Sócrates renunció a escribir. Cuando el pensar es absoluto, la escritura se queda tan sólo en una miniatura de lo pensado.

Las cosas que me cuenta el policía simpático, las cosas que me cuentan las visitas, cosas en las que quieren hacerme pensar, me parece que no son sino momentos minutísimos del pensamiento, viejas anécdotas repetidas sobre las que no hay nada que pensar. Son, en todo caso, instigaciones al pensamiento práctico, concreto, útil, que sólo es un subpensamiento.

Quizá yo soy un narrador que tendría que haber narrado la cárcel. Lo que no soy es un filósofo, un pensador nato, de modo que me sorprende pensar tanto, aunque nada de esto que pienso tiene apenas la gracia desvanecida y ligera que veo pasar por el cielo de mi ventanuco.

De lo que estaré más cerca, seguramente, como siempre, es de la lírica.

Yo era un intelectual de izquierdas que había perdido el instinto moral, como todos los de mi raza, con la caída de los valores, el derrumbe de la utopía socialista y la victoria definitiva del capitalismo popperizado.

Creo que somos miles los que andamos así por Europa, disimulando con el pensamiento débil, con el hedonismo, con cualquier cosa, o sin disimular en absoluto, como yo. En aquella noche larga de la pardala y de tantas cosas lo comprendí: Lo que buscas no es tu vida ni tu muerte; lo que buscas es tu instinto moral, que lo has perdido o te lo han robado para siempre, porque ya no hay izquierda en el mundo. Perder el instinto moral es como perder la pluma, la única y vieja pluma con que uno sabía

escribir.

Por eso no escribo ni siquiera en las paredes de mi celda. A cambio de eso no he ganado nada o he ganado la Nada, el pensamiento altruista absoluto, que es el único pensamiento puro. El que jamás se piensa a sí mismo o sólo se piensa a sí mismo, sin saberlo.

Electa está sentada en la única silla de la celda. Sigue vistiendo de espía de la guerra del catorce. Se quita y se pone las gafas negras. Jacobo Jacob, detrás de ella, tiene un perfil entre griego apócrifo y futbolista de tercera. Lleva el pelo muy para atrás, chispeante de canas, y también juega con unas gafas de sol. En algo se les nota, no sé en qué, que están recién casados, aunque sean ya muy maduros. A lo mejor es que el matrimonio, a pesar de todo, confiere un halo.

—Sí, os habéis casado, seréis muy felices, os vais a vivir a Miami o así, porque esto del felipismo se acaba, y yo viviré más tranquilo en un Madrid sin Jacobo Jacob.

—Jonás, hemos venido en buen plan.

Yo estoy sentado en el catre, con la espalda contra la pared, como siempre, y tengo a la gata María en mis brazos. Jacob habla con una voz que se esperaría más viril:

—La Justicia ya no es lo que era y puede que hasta salgas a la calle.

—Si no me mataste aquella noche, supongo que se te han pasado las ganas.

—Como te ha dicho Electa, venimos en buen plan.

Y de vez en cuando se cogen una mano, lo cual queda un poco ridículo en una pareja tan mayor.

—Hemos venido a despedirnos, Jonás —dice Electa tirándome un beso en el aire, según su estilo—. Cuídate mucho. Sé que tendrás suerte y saldrás de aquí.

—Has trabajado por mí, marquesa, y sigues haciéndolo. Gracias. Pero la cárcel le vuelve a uno un poco ingrato.

—Sabes que te merecías algo peor, Jonás —dice Jacob con una sonrisa televisiva.

—Te agradezco la visita, Jacob, pero en otro sitio tendría que haber hablado contigo de la muerte del negro Yves, el chófer de tu mujer, de la muerte de Juarecito, del arrasamiento de La Celsa, de tu doble trabajo para el Gobierno y los neonazis...

—Se ve que en la cárcel se os para el tiempo, Jonás. Aquella famosa noche está muy lejos. Ya ningún periódico la recuerda.

—Yo soy periodista y la recuerdo.

—¿Y qué buscabas tú aquella noche, entre putillas, narcos y maricones?

—Eso a ti no te importa ni mereces que te lo explique. Un escritor, para escribir, necesita reorganizar el mundo, partir de..., bueno, en fin, vete a la mierda, nada que tenga que ver contigo.

Electa interviene con su gran estilo:

—En el fondo pienso que os estáis queriendo lucir ante mí. Los hombres os ponéis imposibles cuando hay una mujer escuchando.

—Sobre todo si es compartida.

—Jonás ¿quieres que salga un poco y habláis a solas?

—Gracias, Electa. Sé que Jacob ya no es peligroso ni quiere matarme. De modo que ha perdido todo interés para mí.

—Eres imposible.

—Estáis muy guapos.

—Un consejo, Jonás —dice Jacob, poniéndose las gafas negras y fumando el cigarrillo de ella—: Deja de hacerte el maldito y el rojo. Escribe lo más sensato que puedas, deja la noche y envejece tranquilo.

—Parecéis muy seguros de que voy a salir de aquí.

—A lo mejor nos estamos burlando.

—Hay que vivir en una dirección, en un sentido, Jacob. Ni ella ni tú necesitáis eso. Os basta con vivir o hacer la comedia de que vivís.

—¿Y qué dirección y qué sentido tiene la vida de un preso?

—Eres un hijo de puta, Jacob.

—Por supuesto. ¿Has encontrado aquí la santidad, la pureza de los gatos, de los que tanto escribes? Son unos bichos asquerosos.

—Ésta se llama María y es del carcelero. Mataría a veinte Jacobs por un día más de la vida de este bicho.

—Entonces lo que has descubierto es el ecologismo.

—Os agradezco la visita, pero me parece que somos tres desconocidos en una celda. Algo así como una función de teatro.

—Me duele mucho dejarte en ese estado moral, Jonás —dice Electa con sinceridad.

—Te aseguro que mi estado moral es tan bueno que ni siquiera existe. Y ahora os vais, por favor, que María tiene que mear.

EL policía simpático me ha convocado de nuevo esta mañana, no sé para qué. Tengo la vaga sensación de que las cosas se aceleran, aunque no sé qué cosas ni tampoco me importa. Una primavera previa se respira en el aire de hierro de la cárcel. En el despacho del policía simpático, hablando con él está Dimas, el padre de la pardala. Creo que me emociono por primera vez en muchos meses. El policía nos sienta muy lejos uno del otro. Dimas, que tiene la boina en la mano, me mira sin odio ni ira ni nada. Me mira más bien con una suerte de perpleja curiosidad.

—Conoces a Dimas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo conociste cuando lo de La Celsa?

—Sí.

—¿Quieres contarle lo de su hija desaparecida?

—Lo poco que sé ya lo he contado muchas veces. A su hija y a mí nos llevaron a una comisaría por error. Luego, Electa, la marquesa, fue a sacarla de allí, porque se lo pedí yo. Y no he vuelto a verla.

—¿Quieres decir que Electa...?

—Supongo que Electa, una vez que consiguió la libertad de la chica, se desentendió de ella y no hay más.

—¿Y por qué no se ha vuelto a saber de ella?

—No soy más que un preso.

Y me encogí de hombros.

Dimas, como ya había advertido yo aquella mañana, tiene, concéntrica a su figura apaisada, a su cara de gordo, una vieja nobleza de pueblo español, una inteligencia lenta y aguda, una paz cargada de algo: de sensatez, de memoria, de odio, de historia, de sabiduría, no sé.

—Usted ha dicho que mi hija se dedicaba a puta —me lanzó sin levantar la voz.

—Nunca he dicho eso. Creo que Onésima estaba allí por casualidad, curioseando mi coche, que tampoco era mío, sino de un amigo. La policía lo interpretó mal y eso fue todo.

Hubo un silencio. Comprendí el drama inconfesado de aquel hombre. Más que encontrar a su hija Onésima, viva o muerta, le atormentaba aclarar si la niña se estaba dedicando a la prostitución, su pequeña niña pardala.

—¿Sabe usted si está muerta?

—Yo no sé nada, no soy un policía. Supongo que la están buscando y que aparecerá.

—¿Qué hacía ella por allí?

—Ya se lo he dicho, pero yo qué sé.

—Ustedes se estaban aprovechando de ella.

—¿En qué sentido?

—Mierda.

—Mire usted, Dimas, todos hemos conocido algunas putas en esta vida, jóvenes y viejas. Su hija Onésima a mí no me pareció que se dedicase a eso en absoluto.

—Volvía tarde a casa.

La ingenua réplica casi me hizo llorar. Este hombre está buscando consuelo, me dije.

El policía y yo cruzamos una mirada. Luego él habló:

—Dimas no va a matar a nadie. Dimas ha comprendido que no va a encontrar a su hija a navajazos. Ya la estamos buscando nosotros. Le tengo a usted aquí el suficiente tiempo como para saber que usted, Jonás, no la mató ni siquiera la violó. ¿Puede usted añadir algo?

—Debo insistir en que mi encuentro con Onésima fue casual. Ella se encontró más bien con el rolls de mi amigo, que en paz descansa. Había varias personas mirando el coche. No sé nada sobre la vida o la muerte de Onésima, pero el poco tiempo que estuve con ella, en la calle y en la comisaría, me pareció casi una niña, una niña de

pueblo, curiosa y nada más. Le pedí a mi amiga que la sacase de la comisaría, porque ella puede hacerlo, pero no he vuelto a pensar en el caso.

Dimas no sé si me mira, tras la sombra de sus cejas salvajes:

—¿Entonces usted me asegura que la Onesita no...?

—Yo no puedo asegurar nada, pero he conocido algunas prostitutas en esta vida y su hija era más bien la imagen de la inocencia. Quizá esa inocencia la haya perdido...

Dos guardias me cogen por los brazos y me sacan del despacho. Bajo llorando las escaleras de mi celda. Como no dispongo de mis brazos, las lágrimas me caen por la cara. Vuelvo a la celda como a un hogar lleno de luz, de soledad, de silencio, donde me recibe mi propio olor adensado durante muchos meses.

Hoy salgo en libertad. Me condenan a la calle. No sé si podré soportarlo.

Majadahonda/Madrid, 2003.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.